PBT

Año XV. N.° 689

✻ 6 de Febrero de 1918 ✻

PREPARÁNDOSE PARA EL BAILE

JUANCITO EL CONQUISTADOR



En todos los números se publicará una de estas, historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



Salón de humoristas



CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional *al chiste que, a juicio de la Dirección resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.*

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva el título *Indulgencia*, firmado por *Clara Boya.*

EN UNA CATEDRA

Profesor. — ¿Qué consecuencias le parece a usted que ha de tener «inevitablemente» la amputación de una pierna?

Alumno. — Que el amputado se queda rengo. — *Saca Chispas.*

GEOGRAFICO

— ¿Dónde está el Mar Muerto? — pregunta el maestro.

— Yo no sé, — dice el alumno.

— ¡Cómo! ¿No sabe dónde está el Mar Muerto?

— No. Le aseguro que yo no tenía noticias ni de que estuviera enfermo. — *Un alemán.*

ENTRE CONYUGES

La irascible esposa. — No hay *calamidad* sufrida por mujer alguna, que no haya pesado sobre mi cabeza.

El amable esposo. — Gravísimo error, querida mía, porque tú nunca has sido *viuda.*

La irascible esposa. — He dicho *calamidad*, señor, y no *viudez.* — *X. X.*

EN LA ESCUELA

La maestra. — Detrás de un cerco hay diez ovejas; una de éstas salta al otro lado. ¿Cuántas ovejas quedarán?

Luisa, que es hija de unos pastores, levanta la mano y responde:

— Ninguna.

La maestra. — ¡Cómo, Luisa! Si son diez y una salta al otro lado, quedarán nueve.

Luisa. — Se equivoca, señorita. Porque si una oveja salta al otro lado, las demás la siguen. Usted conoce la aritmética, pero yo conozco a las ovejas. — *Sara Saragoni.*

EN EL CONFESIONARIO

Confesor. — Hágase la señal de la cruz.

Penitente. — En el nombre del padre, y del Espíritu Santo.

Confesor. — Y el hijo, ¿dónde lo dejó?

Penitente. — En la puerta cuidando la mula. — *Lili.*

EN EL CAFE

— Oiga, camarero; he encontrado una cana en la copa.

— Como el señor puede ver, le he servido bien. Me ha pedido Jerez viejo; ahí tiene la prueba. — *Lili.*

SABIDURIA

— ¿Cuándo empezó la guerra de los siete años?

— Eso... no lo recuerdo.

— Diga usted lo que sepa de esa guerra.

— Que terminó después de siete años. — *Martita.*

COSAS DE CHICOS

El maestro. — Pedro, ¿por qué cierras un ojo cuando escribes?

Pedro. — Porque si cierro los dos no veo. — *Un pibe cara-dura.*

¡GRAN COSA!

— Papá: ayer he visto un prestidigitador que hacía pruebas hermosísimas. En una de ellas cambió una moneda de veinte centavos por una flor.

— Eso no es nada comparándolo con las pruebas que hace tu mamita... Ella transforma un billete de cincuenta pesos en un elegante sombrero. — D. M. G.

METE... ORO

— ¿Por qué has puesto tu alcancía en la azotea?

— Porque tú me has dicho que se va a producir un meteoro, y yo he puesto la alcancía para ver si me deja algo en ella. — *A. P. J.*

¿.....?

— ¡Bah! Las precauciones no sirven para nada. Ya ves, mi sobrino se ha hecho vacunar hace dos meses contra la tifoidea y sin embargo se murió ayer.

— ¿Cómo?

— Aplastado por un tranvía. — *Tommy.*

NO VALE LA PENA

— El nene se ha tragado una moneda de diez centavos; hay que ir a buscar a un médico.

— ¡Cómo! ¿Gastar diez pesos para sacar diez centavos? ¡No vale la pena. — *Cant y Nero.*

ENTRE NOVIOS



— Ahí tienes mi anillo, Ernesto. No puedo casarme contigo porque amó a otro.

— ¡Perfectamente! ¿Quién es ese individuo y dónde vive?

— ¿Quieres matarlo?

— No. Quiero ver si me compra el anillo que acabas de devolverme. — *G. C. M. Chino.*

NO HABIA PELIGRO



— Pero, mujer, me parece que no tienes ganas de tomar el baño esta mañana.

— Es que el mar está tan agitado, que tengo miedo que me lleve consigo eternamente.

— ¡Oh, cómo se arrepentiría! — *Terzolo.*

MOMENTO OPORTUNO

El novio. — ¿Cuál es el mejor momento para abordar a tu papá?

La novia. — Por la mañana, porque usa zapatillas. — *Cant y Nero.*

ACTUALIDAD

— ¿En qué se parece la escuadra alemana al vino Mendoza?

— En que los dos están embotellados. — *Eugenio.*

DULCES

— Sí, querido Luis; los momentos que paso junto a ti son los más dulces de mi vida.

— Claro, como que siempre te traigo una caja de bombones. — *E. Lenouvel.*

¡YA LO SABIA!

Un pobre maestro muerto de hambre va a casa de un médico.

— ¿Qué enfermedad padece usted?

— Tengo horribles dolores de estómago.

El doctor, después de un detenido examen, le dice:

— En el estómago no tiene usted nada.

— Eso ya lo sabía. — *Negrita.*

UNA MAMA PRECAVIDA

— Señora, ¿por qué toca el piano con guantes?

— Porque no quiero despertar al niño que está durmiendo. — *Charlot.*

REFLEXION

¡Qué triste debe ser para los habitantes de Groenlandia el tener noches de seis meses de largo!... Sobre todo cuando tienen una suegra que va a pasar la velada con ellos. — *Conocedor.*



PÁGINAS FEMENINAS

LA ORIGINALIDAD Y LA AFECTACION

Así como las ciegas esclavas de la moda pierden su personalidad para convertirse en lo que podríamos llamar un objeto de industria, con la marca de la fábrica común, que no le permite distinguirse de la multitud, el deseo de buscar la originalidad sin un buen sentido que enfrene la fantasía en sus justos límites, resulta peligroso.

No ha de entenderse por originalidad lo raro y singular, sino la individualidad, bien destacada, sin apelar a lo extravagante, que la deforma. Consiste *en ser una misma y no una copia* o ejemplar de la vulgaridad.

El cuidado de una mujer elegante está en cultivar su personalidad, física, moral, e intelectualmente, para extirpar defectos y desenvolver gracias, pero no dejar de ningún modo *de ser ella*. Si no existiese la diferenciación entre los seres humanos, no existiría el amor ni la ilusión, y la vida se nos haría insoportable en la unidad sin variedad.

La mujer distinguida no gusta de confundirse con la multitud, sin que por eso la haga notar una extravagancia censurable. Es preciso un tacto exquisito para lograr este efecto, puesto que hay que conservar lo que pudiera llamarse marca del siglo y de la época, sin perder nuestra marca individual y propia.

Con demasiada frecuencia, en este deseo de originalidad se confunde la distinción nativa, debida a la educación, con el aire amanerado o fingido, que no constituye la distinción.

Hay personas dotadas de verdadera distinción y elegancia, que parecen ignorar que poseen este precioso don.

Hablan, andan, se sientan con tal naturalidad, que encantan; pero con tal sencillez, que las personas de escaso juicio se admiran pensando que tanto mérito tenga tan modesta apariencia. En cambio se encuentran otras personas afectadas, deseosas de aparentar lo que no son, y que cultivan estudiadamente la *pose*, por lo general contraria a la distinción real.

Así, en la cortesía nos son agradables las atenciones mutuas, prodigadas de un modo fácil por la mutua educación y cultura, pero nos fatigan las gentes *formalistas*, que nos obligan al tono ceremonioso y a sostener una atención continua para mil pequeños detalles insignificantes de cortesía codificada, que sin esfuerzo saben guardar las personas educadas y que los *poseurs* subrayan con mil reverencias y ceremonias absurdas, mientras suelen faltar a las más elementales reglas de la política.

Las personas de espíritu cultivado están aptas para todas las situaciones. Si el destino las eleva, pueden desempeñar dignamente todos los cargos, y no hacen mal papel ni en los salones, ni en la diplomacia, ni en las más altas esferas.

Otras que se educan sólo con un baño exterior, por más que pretenden observar a las demás y obrar de un modo distinguido, no saben sostenerse en aquellos puestos que atraen sobre sí toda la atención.

Se necesita que el hábito constante de las buenas formas constituya nuestra propia naturaleza, para que adquiramos la distinción natural. Este cultivo del espíritu y de la presentación externa no puede abandonarse en ningún momento, ni en la intimidad de la familia, ni aun a solas con nosotros mismos, si se desea adquirir la verdadera elegancia.

Las gentes ignorantes que viven lejos del mundo, sufren una gran desilusión cuando llegan cerca de un personaje político, artista o aristócrata, y lo ven sencillo y modesto hasta el extremo, sin comprender que ésta es precisamente la verdadera distinción.

Esas *poses* de persona importante, enfática, pagada de sí misma, son insoportables y no propias de las personas realmente célebres e ilustres, sino de las advenedizas y de todas aquellas que sin un valor cierto velan atentas a parecer personajes y desconfían del efecto causado.

Así, una dama segura de su propio valor, no se preocupa gran cosa de las apariencias externas y sabe ser sencilla y abdicar en muchas ocasiones de sus prerrogativas con un espíritu galante para todos.

La advenediza exigirá su tratamiento, no se cuidará de ser dulce y afectuosa, temiendo que se dude de su importancia, y en todo momento vivirá sacrificada a conservar las apariencias de su rango, más atenta a lo externo que a lo íntimo y fundamental. Estas personas tienen el castigo de su vanidad en el tormento que les produce.

La persona que pretende constantemente hacer resaltar sus méritos, revela poca discreción. Nada tan antipático como escuchar a cada momento: «Yo soy demasiado delicada», «Yo soy una señora muy seria», «Yo soy incapaz de cometer una mala acción». Precisamente una seguridad moral en nuestra conducta nos hace no notarla y que la vida se deslice tranquila, serena, como debe de ser, sin necesidad de estar vigilantes.

Voltaire ha dicho: «Nada hay tan fastidioso como las heroínas que nos quiebran los oídos con su virtud». Esto supone un gran orgullo y un envanecimiento de dones, de los cuales no debemos enorgullecernos, puesto que son debidos a una ventajosa situación, hasta cierto punto casual, que nos ha permitido desarrollarnos en un medio propicio para formar la conciencia y el sentido moral.

Las mujeres que desean humillar a las otras presentándose más trabajadoras, más serias, más hábiles, más clarividentes o dotadas de más experiencia, razón o sabiduría, rara vez se hacen simpáticas a nadie. Las gentes pretenciosas están siempre en ridículo. Los filósofos se encogen de hombros ante su necedad, los burlones se ríen de ellas y las gentes de buen sentido las soportan por cortesía.

Nada más desdichado que cuando estas mujeres sin cultura, dedicadas a la adoración de sí mismas, pretenden dar sus opiniones en materia de arte, ya de literatura, ya en un concierto o en un salón de pintura. En ninguna parte se nota más la ignorancia de las presuntuosas, y sería mejor que en vez de quererse hacer notar afectaran modestia, esperando oír la opinión de las personas que tienen una verdadera educación artística.

Hay otra clase de *pose* de afectación, que consiste en adoptar un aire contrario a lo que

CONSULTORIO

A Coquetona. — De tussor color crudo con adornos rojos y botones de nácar. Sombrero de cinta gros-grain. Sí; se publica trimestralmente. Para la otra consulta, diríjase a Sección Cines.

A Violeta blanca. — Sensibilidad extremada, veracidad, ambición. El horóscopo dice: evitar viajes por mar. La cinta puede ser a rayas blancas y negras, no muy anchas, con los bordes desflecados. No le aconsejo el macramé, pues no resultará.

A Pavira. — Está usted como la zerlina del «Don Juan»:

«Vorrei e non vorrei:
mi trema un poco il cor...»

Pese las ventajas y los inconvenientes, y decídase pronto, pues una situación así es harto difícil de sostener, sobre todo si se tiene en cuenta la inexperiencia de sus pocos años y el estar privada, desgraciadamente, de los consejos cariñosos de una madre.

A Habladora. — ¡Ay, amiga mía! Ese defecto es universal, y no tiene cura. Por algo se ha dicho que la primera máquina parlante la hizo el Señor de una costilla de Adán.

A Milena. — Bajo otro seudónimo me pide usted opinión sobre su asunto, en la creencia, tal vez, que tengo un parecer para cada amable lectora, y que si antes le dije que no, ahora diré que sí. Se equivoca usted, simpática embusterilla. Aunque me consulte usted con mil nombres distintos, contestaré lo mismo a su pregunta. Que no y que no.

A Diamela roja. — Depende de la amistad que exista entre ambas familias. Sin embargo, puede hacer la invitación, porque es preferible pecar por exceso y no por defecto. a) La cadena que le quedará mejor es la de azabache. El sombrero de gasa opaca y gamuza o todo de gamuza, que es la última palabra de la moda. b) Las tarjetas no llevan dirección; sólo el día de recibo. c) Generalmente una vez al mes; es menos molesto. La hora de 5 a 8 y sólo desde mayo hasta agosto.

A Alida. — Pereza, indecisión, carácter apocado, algo de mal genio, afectividad variable.

A Mamá triste. — No se aflija. Esas manchas desaparecen con el tiempo. Aunque el cutis es todavía muy suave para someterlo a cualquier preparación, puede usar el agua de benjuí y la miel pura. Frotará suavemente el rostro con un trapito fino de hilo impregnado de cualquiera de estas dos substancias. El agua oxigenada no le conviene por ser muy fuerte su acción. El talco arruga el cutis; use mejor polvos de arroz. No le recomiendo esa crema.

sentimos y permanecer inalterables en él.

Algunas mujeres de aspecto triste, a las que se les hace creer que les sienta bien la melancolía, la exageran hasta llegar a la elegía. Sus ojos tiernos parecen dormidos a fuerza de cargarlos de una languidez que no poseen. Otras de fisonomía expresiva la exageran abriendo los ojos hasta parecer exaltadas. Algunas, para aparentar vivacidad, alegría y gracia, llegan a la turbulencia y la tontería, fingiéndose aturdidas y locas.

Hay dos géneros de afectación: la de los grandes aires de persona importante, de maneras acompasadas, y la de aires ligeros con lenguaje enfático o infantil y gestos presuntuosos imitados.

Todas las que de un modo o de otro exageran sus maneras, queriendo hacerse interesantes se hacen sólo ridículas.

Existe otra afectación en aparentar que se nada en el esplendor y que, por consecuencia, los hábitos y los gustos son de una delicadeza grande. Estas son más difíciles de complacer que las que realmente viven con lujo y están acostumbradas al *confort*. Son pobres gentes que viven martirizadas y que no engañan a nadie, pues el hablar de su situación no es distinguido, y no caen jamás en tal defecto las personas de buen gusto.



Blusa sencilla en cachemire, crespón, franela o seda ligera. — Blusa Jersey, doble cuello bordado de terciopelo. — Blusa en terciopelo, guarnecida de cachemire o motivos bordados. — Blusa de tul plisado blanco y negro, cuello de tul blanco.

Todo lo afectado, aunque a primera vista alguna vez pueda agradar o deslumbrar, se deshace pronto, como las plumas del pavo real no bastan a disfrazar al ganso.

Sólo la verdad es bella, hábil y segura. La afectación es una falsa elegancia que ha variado con las épocas y las modas, mientras que la verdadera no cambia jamás.

Durante algún tiempo las mujeres, sobre todo las jovencitas, querían pasar por sílfides o espíritus puros, y renunciaban a alimentarse como todo el mundo. Las elegantes no tomaban vino, pan, ni pollos, huevos o carnes en público. Sólo un poquito de fruta o dulce. Querían que se dijera de ellas: «¡Qué aéreas!», y sólo se decía: «¡Qué tontas!» Muchas se desquitaban a sus solas con un bife sangriento y una docena de patatas.

Más tarde tuvieron la afectación de la ingenuidad, no sólo las niñas, sino las mujeres de edad madura, que resultaban altamente cómicas. En tiempos de María Antonieta se sintió la seducción de la vida rústica del Trianón, pero con tantos refinamientos, que estaba despojada de su realidad y su poesía; pero se afectaba el gesto descuidado, negligente, en contraposición con los cuidados aristocráticos de las épocas anteriores.

Las damas de la corte se llegaron a adornar con legumbres en vez de flores, diciendo que «las semillas de legumbres son *más naturales* que las flores».

Se confundía la naturalidad sencilla con la falta de cuidado que perjudicaba a la distinción.

Después pasóse a la reserva exagerada de una timidez que indica desconfianza de sí misma, y que hacía a muchas mujeres no hablar ni moverse en sociedad.

Hoy, con un examen de las épocas pasadas, todas convienen en el encanto de la naturalidad, sin afectación, guardando la distinción elegante de una buena educación; y sin pensar en la *pose*, que ya no adopta ninguna persona de buen tono.

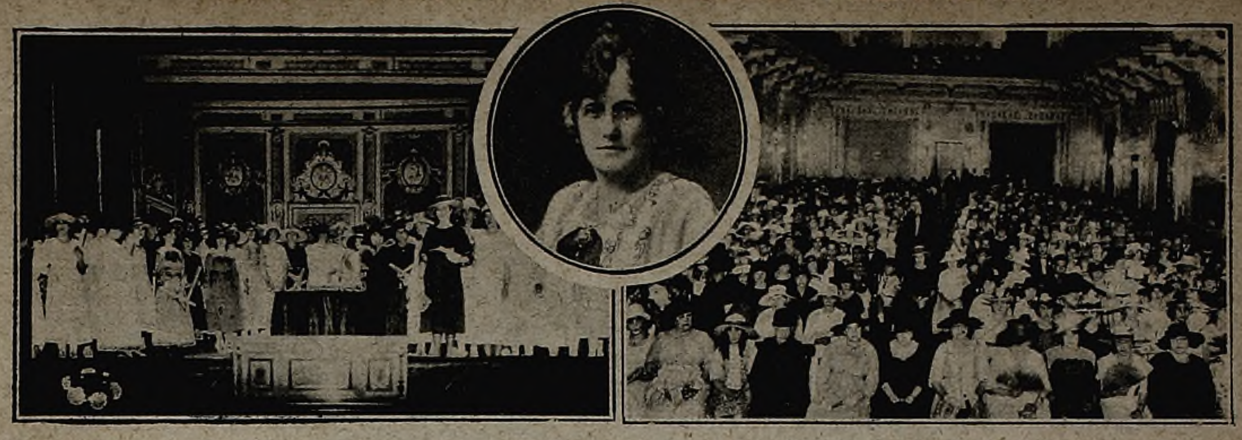
Una mujer de sociedad que desee ser elegante necesita un exquisito cuidado para no contraer ninguno de estos hábitos. Sus detalles pequeños forman reunidos el todo más importante. Donde más suele notarse la afectación es en la voz. Un bello timbre de voz es una cualidad semifísica, semiespiritual. La voz encierra algo tan simpático, que cautiva tanto como la belleza plástica más perfecta.

La dama elegante cuida su voz para mantener las cuerdas vocales en su estado cristalino, vibrante y metálico que dan la voz *argentina*, o voz de *oro*.

Si la Naturaleza no nos ha dotado de un bello timbre, puede adquirirse con trabajos de vocalización, cuidando de destruir los defectos del pronunciar, como los sonidos guturales, nasales, tartamudeo, etc. Del mismo modo con ejercicios y estudios puede aumentarse o disminuirse el volumen de la voz, su extensión, dándole elasticidad y soltura.

Hay que cuidar la voz con esmero si se quiere ser elegante. Las bellas voces dulces y vibrantes encuentran siempre el camino del corazón, y en más de un caso deciden del triunfo de una mujer y de su fama de discreción y de elocuencia.

ACADEMIA CENTRAL MENDIA



Alumnas premiadas en el acto celebrado el 26 en la Unione e Benevolenza.

Señora Nemesia Mendía de Echart, fundadora y directora de la academia.

Distinguidas familias que presenciaron la velada musical y distribución de premios de la Academia Mendía.

Aunque en nuestra Capital existen infinidad de instituciones docentes dedicadas a la educación de la mujer, son pocas las que realizan su misión en forma práctica, perseverante, eficaz, adaptando sus sistemas al carácter y al grado de inteligencia de cada alumna, a fin de que los resultados respondan al propósito que guió a los progenitores de aquéllas, al confiarlas a dichos centros educativos.

Una de las instituciones que realiza cumplidamente los propósitos de su fundadora es la Academia Central Mendía, instalada desde hace muchos años en la calle Santa Fe, No. 2074, la que cuenta con un núcleo selecto de distinguidas alumnas, cuyos progresos constituyen el mejor exponente de los métodos educativos implantados y proseguidos por tan renombrada Academia.

Hay que reconocer que tan brillante resultado se debe en gran parte a la fundadora y directora de dicho centro de enseñanza, señora Nemesia Mendía de Echart, que a su esmerada educación y a su amabilidad exquisita une una vastísima ilustración y dotes especialísimas para la enseñanza.

Hace pocos días tuvimos el honor de saludar a tan distinguida dama al desembarcar del transatlántico español «Infanta Isabel de Borbón», de regreso de su viaje a Europa, donde ha adquirido un gran caudal de modernos conocimientos para perfeccionar aún más su conocido y acreditado Método de Corte y Confección Sistema Mendía, el cual es hoy el predilecto de cuantas señoras y señoritas quieren por sí mismas confeccionarse sus vestidos y prendas interiores.

Una dama inteligente, un espíritu de observación exquisito, una profesora amante de la enseñanza como es la señora Nemesia Mendía de Echart, tiene que haber recopilado en su viaje detalles que le permitan renovar y modernizar los actuales procedimientos en beneficio de sus alumnas.

La señora Mendía se ha visto obligada a regresar a Buenos Aires, antes de lo que pensaba, para asistir a los exámenes, que en espera de su presencia, hubieron de demorarse hasta el 23 del mes último. Y el resultado de estos exámenes ha sido tan brillante como era de esperar, dado el prestigio de la Academia Mendía, de su ilustrada directora y de sus dignas colaboradoras, las distinguidas señoritas Rosalía y Clara Claudeville, valiosos elementos que figuran en ella como subdirectora la primera y profesora la segunda. La señorita Rosalía Claudeville ha desempeñado el delicado cargo de examinadora general de todas sus academias incorporadas, obteniendo resultados muy sastisfactorios. Muchas han sido las demostraciones de simpatía de que ha sido objeto esta digna representante, que con tanto acierto dirige la importante academia que nos ocupa, con la eficaz colaboración de la profesora ya mencionada.

La distribución de premios constituyó un acto solemnísimo, que se celebró el día 26 por la noche en el Salón Unione e Benevolenza, siendo presenciado por un grandioso conjunto de distinguídas familias.

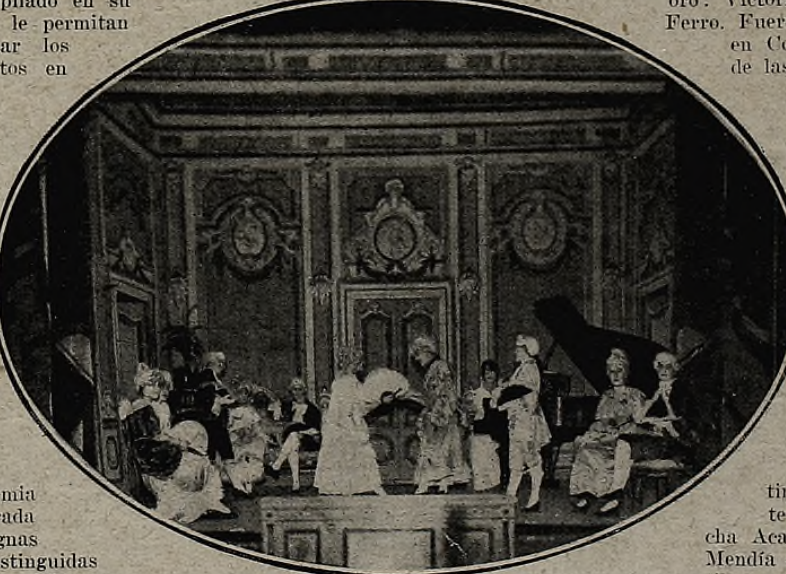
Precedió al acto una velada musical en la que lucieron sus notables aptitudes de hábiles pianistas las señoritas Marta Combet y María C. Vieu: Un interesante baile escénico titulado «Minuet» en el que realzaron su arte y su belleza las señoritas: Vamechi, Vadachino, Gnochio, Mato, Cianella, Martells, Persano, Combet, Milani y Joltolina acompañando al piano la notable profesora Elvira Giardini.

Sencillo e interesante fué el discurso pronunciado por la señorita Herminia Ravenna, en elogio a la señora Mendía de Echart, a la eficacísima labor docente de la Academia, y a la aplicación de sus alumnas.

El acto terminó distribuyéndose los siguientes premios: primer premio: señorita Felisa de la Puente. Premio honorífico: señorita Margarita Oyhanburu. Premios en Lencería: primer premio: señorita María C. Vieu, María E. Victorica, Pacífica Basili, María J. Frisoni. Segundo premio medalla de oro: María J. Milani. Labores: Premio especial: Apolonia Vanuchi, Medallas de oro: Victoria Cuenca y Celestina Ferro. Fueron además diplomadas en Corte y Confección cien de las discípulas de la Academia.

Muchas felicitaciones recibieron profesoras y alumnas, por el brillante resultado obtenido, que se evidenció en los exámenes y en la Exposición de Labores, instalada en los amplios salones de la Academia Central Mendía, por los que desfiló gran número de señoras y señoritas.

Réstanos, por último, felicitar sinceramente a la directora de dicha Academia, señora Nemesia Mendía de Echart, cuya modestia y perseverancia se ven compensadas con el renombre de que tan merecidamente disfruta.



«Minuet», baile escénico que constituyó uno de los grandes atraticvos de la velada.

UN PUEBLO QUE VIVE SIEMPRE EN CARNAVAL

SUS EXTRAÑAS CREENCIAS Y SUS CEREMONIAS HORRIBLES

Parece cosa extraordinaria, propia de una novela de viajes, y sin embargo, es realidad: en nuestros días, en pleno siglo XX, existe todavía en un apartado rincón del mundo un pueblo con una especie de civilización enteramente distinta de la nuestra, que se ha conservado invariable a través de los tiempos y que puede hasta cierto punto darnos idea de lo que debió ser la singular cultura de determinadas tribus.



La danza del lobo.

Este pueblo es el de los kuakiutls, nombre, como se ve, bastante dificililllo de pronunciar; vive en la montañosa costa de la Columbia inglesa, y está siendo objeto preferente de la atención de los etnógrafos y antropólogos, por sus extrañas costumbres.

Viven los kuakiutls en casas de madera, muy grandes y muy bien construídas, y usan trajes muy sencillos, en los que la prenda principal es un gran manto de lana o de plumas. Pero lo más singular de este pueblo es que parece vivir en un Carnaval perpetuo. Cuando se entra en una de sus ciudades, lo primero que llama la atención son unos figurones gigantescos, perfectamente labrados en madera, que se levantan delante de las casas. Generalmente, cada uno de estos figurones está formado por una porción de figuras superpuestas; la de más abajo abarca entre las piernas la puerta de la casa, y con esto puede calcularse cuál será la altura de la escultura completa.



Un kuakiutl en traje de baile.

Si se penetra en una de estas casas y se tiene en ella cierta confianza, pronto se verán otros objetos mucho más curiosos que los postes. Son toda una serie de caretas, cuidadosamente talladas en madera, grotescas las unas, horribles las otras, pero todas igualmente deformes y extravagantes. Muchas de estas caretas representan cabezas de pájaros; otras, de lobos, y no pocas son rostros humanos muy expresivos. Los kuakiutls usan estas caretas con mucha frecuencia, pues pintan en sus creencias religiosas papel importantísimo, y por consiguiente se las plantan apenas tienen que celebrar una ceremonia. La cara de hombre o de animal quiere representar un totem, esto es, un espíritu que cada uno elige como protector o patrón, y es creencia de aquellas buenas gentes que estos espíritus son los de sus antepasados. Sin vacilar puede asegurarse que no hay en el mundo constructores de caretas que aventajen a los kuakiutls en este arte; verdad es que el tallarlas constituye la principal ocupación de este pueblo. No es sólo lo perfecto del trabajo lo que en estas caretas admira, sino que también sorprende el ingenio que las más de ellas revelan. Muchas, en efecto, son mecánicas, y por medio de resortes o de hilos hábilmente dispuestos, hacen muecas o abren y cierran la boca, y hay otras dobles, que por el mismo procedimiento se abren de pronto y dejan ver una fisonomía enteramente distinta de la que representaban antes.

En uno de nuestros grabados se ve una careta de esta clase; cerrada, es la cara de un espíritu de mal humor, dispuesto a vomitar rayos y centellas contra los enemigos de sus protegidos; abierta, es el mismo espíritu, que ya se ha contentado y abre las manos para derramar dones sobre la humanidad.

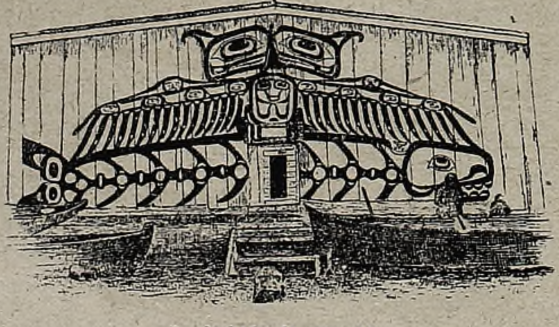
La veneración y respeto con que miran a sus totems los kuakiutls les hacen adoptar para cada uno cierta marca especial, que pintan en sus vestidos y en las fachadas de sus casas. Con esto y con las caretas, una aldea en día de fiesta ofrece una semejanza asombrosa con cualquier pueblo en día de máscaras, sólo que esta especie de carnaval tiene a la vez algo de solemne y misterioso que causa miedo en el que por primera vez lo presencia.



Una careta mecánica. Cerrada y abierta.

Y realmente hay motivo para amedrentarse, como se va a ver.

La organización religiosa de los kuakiutls consiste en un conjunto de sociedades secretas bajo la advocación de diferentes totems; algo así como cofradías, pero cada una con sus misterios, sus prácticas propias y ocultas al profano, y sus ceremonias especiales. La mayor parte de estas ceremonias son bailes alusivos a la historia del totem, y así hay la danza del lobo, la del salmón, la de Iakim, el genio que rige los peligros del mar; pero desde hace unos sesenta años, los kuakiutls han dado en la endiablada ocurrencia de imitar a ciertas tribus vecinas que practican la antropofagia. El origen de estas sociedades secretas es difícil de precisar. Se cree que los kuakiutls las han creado a imitación de las que antes que ellos tenía otro pueblo no menos extraño y de parecidas costumbres, el de los heiltsucs, pues las ceremonias de unos y otros son casi idénticas. En ambos pueblos, el que quiere entrar en una de estas sociedades secretas, si no es hijo de algún asociado, tiene que contraer matrimonio con la hija de alguno que lo sea, y, además, todo neófito tiene que someterse a pruebas soportables sólo en un pueblo donde el no estar afiliado a una sociedad sería deshonroso.



La fachada de una casa.



Trajes que dentro de su costo moderado, acusan en su índole originalidad y buena presentación.



Traje de baturro de pana negra, faja de lanilla, camisa y pañuelo de cabeza, para edades: de 4 a 6 años, $ 11.50; de 8 a 10 años, $ 13.50; de 12 .... $ 14.50



Disfraz de Zíngara, pollera de cretona fantasía, sobrefalda de satiné fino, bolero de pana con galón y medallas, pañuelo de cabeza y collar, para

edades: de 2 a 4

$ 14.50

6 a 8 10 a 12 años

$ 16.50 $ 18.50

Este mismo disfraz todo de raso y terciopelo, los mismos tamaños, a $ 22, 24 y............ $ 26

En sedas, rasos, gasas, tules y demás artículos esenciales para la confección y adornos de trajes de carnaval, nuestro surtido es extenso, selecto y variado.



Traje gaucho, chiripá y blusa raso algodón, con bordados, calzón espuelas, tirador, rebenque, facón, pañuelo y sombrero. Años: 3 a 5, $ 23; 7 a 9, $ 25; 11 a 13, $ 27

Traje estudiante Salmantino, pana, cuello encaje, cinturón charol, capa y sombrero raso algodón. Años: 3 a 5, $ 18.50; 7 a 9, $ 20.50; 11 a 13....... $ 22.50



Disfraz de Alsaciana, pollera de raso de algodón azul bleu, con ancho bies negro y lindo galón bordado, blusa y fichú de clarín, delantal con alforcitas y entredós.

Edades:: de 2 a 4

$ 7.50

6 a 8 10 a 12 años

$ 9.50 $ 11.50

En disfraces simbólicos y vestidos fantasía para bailes, encontrarán las señoras en nuestra casa un surtido variado y original.



INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a P B T Sección CINES
Av. Julio A. Roca 531



Francis Ford, el popular actor de la Universal Film.

PELÍCULAS ARGENTINAS

Activa la Lux Film la terminación de su primer película del señor Morando, «Ironías del destino», de la que es protagonista la señorita Margarita Celestini. Dicho film quedará terminado en los primeros días del mes actual.

* La Platense Film ha terminado en sus talleres la filmación de la primer película argentina, dirigida e interpretada en Buenos Aires por el señor Paúl Capellani.

La impresión de dicha cinta, cuyo título es «¿Hasta dónde?...», ha sido dirigida, técnica y fotográficamente, por el reputado «cameraman» señor Georges Benoit.

Los protagonistas de dicha obra han estado a cargo de la notable primera actriz Camila Quiroga y el conocido actor Paúl Capellani.

La exhibición privada se efectuará a fines del mes próximo, y es probable que el estreno se lleve a efecto en el mes de marzo.

Hay expectativa por apreciar los méritos directivos y escénicos del señor Capellani, de cuyo nombre se han hecho tan buenos augurios.

* A lo que parece, hasta el mes de abril no se estrenará la película «Los inconscientes», de la Marchesi Film, de la que es protagonista Gemma di Guelfo.

POR LOS SALONES

Cine Callao. — Entre los últimos estrenos exhibidos en este elegante salón, han tenido gran éxito «El hijo de la tribu», drama Butterfly, por Francis Ford, y «El poder», de la Blue Bird. Muy efectista e interesante «Las batallas de Arras y Messines», primera cinta patrocinada por el gobierno británico, que se exhibió el sábado a beneficio de la Cruz Roja inglesa, y que se repite hoy martes.

En esta semana estrenos: «El poder de un ideal», «La duquesita» y «Los jinetes de la noche».

Crystal Palace. — Conforme anunciamos, el viernes próximo se efectuará la velada extraordinaria a beneficio de los empleados de este salón. Un selecto programa cinematográfico y la cooperación de conocidos artistas serán el principal atractivo de dicho festival.

Cine Teatro Soleil. — Es el predilecto del público de aquella barriada, tanto por la amplitud y comodidades que ofrece a los espectadores, como por lo bien seleccionado del programa cinematográfico y los buenos números de varietés con que se completan las secciones.

The American Palace. — La empresa de dicho salón, situado en Córdoba y Callao, ha organizado para los días 9, 10, 11, 12, 16 y 17 un concurso de sociedades corales, centros criollos, máscaras, etc. Se adjudicarán diferentes premios en metálico y medallas artísticas. En la secretaría del expresado salón facilitan impresos con las bases de dicho concurso, que promete verse muy animado.

NUEVAS PELÍCULAS

Como de costumbre, se efectuó el sábado en el Select la exhibición privada de una nueva película de la Fox Film Corporation. Es de género dramático, titúlase «La pecadora inocente», tiene por protagonista a Miriam Cooper y por director artístico a R. A. Walsh, el hermano del famoso Georges.

* La Cinematográfica Sud Americana anuncia para hoy martes la segunda serie de «El fiacre número 13», de Ambrosio, basado en la célebre novela de Xavier de Montepin. La adaptación la firma el periodista italiano Pacchierotto y sus principales intérpretes son Alberto Capocci y Elena Makowska.

El jueves 7 se estrenará el drama Gold Seal «El fin de un viaje», por Helen Gibson y Val Paul, y «Los parientes del doctor Lanceta» (Lko).

La tercera serie de «El fiacre número 13» se estrenará el sábado, así como la cinta cómica de Nestor, «Por la escalera».

Se preparan los estrenos de la película en series «El as rojo», marca Universal.

* Anuncia la casa Nasti la cinta «La huérfana del ghetto».

CORREO

Joli. — Si nos remite su nombre y dirección, contestaremos a su enigmática misiva.

Juárez. — Igual decimos a usted.

Myriam. — Puede dirigir la carta con sólo el título del periódico y la ciudad, pues, como sabe, esas casas tienen apartado en correos.

J. M. F. S. — Hemos enviado a usted los datos que solicitaba.

Dorothy. — Le enviaremos por correo todo género de detalles una vez sepamos su dirección.

Varias lectoras del barrio del Norte. — Si nos remiten su nombre y dirección, les enviaremos todos los detalles.

Nelly. — Nos confunde su amabilidad y nos venga de sus pasados reproches. ¿Ve usted cómo se equivocaba? Si desea retratos, tenga la bondad de mandar su dirección.

Interesada. — Rogámosle enviar nombre y dirección.

Magali y Soria. — Diríjanse a la sucursal en ésta de la Fox Film: Corrientes 951.

C. M. S. — Podemos contestarle con detalles si nos envía nombre y dirección.

SALONES BIÓGRAFOS

Cine Majestic Theatre (Lavalle 843). — Biógrafo.—Estrenos diarios. Atracciones.

Cinematógrafo Callao (Avenida Callao 27). — Espléndido salón. Notable orquesta. Proyección de las más notables primicias de la cinematografía nacional, norteamericana y europea.

Crystal Palace (Corrientes 1550). — Día 5: «El precio del pecado» (estreno. Essanay), «Carlitos empapelador». — 6: «La mujer desdeñada» (11), «El lápiz envenenado». — 7: «Los dos derechos» (estreno). — 8: «La mujer desdeñada» (12.º). — Gran festival a beneficio de los empleados de este cine: selecto programa, varietés. — 9: «Hasta las heces», «Chuping Club». — 10: Vértigo sentimental», «La idea de Apolinario».

Gran Cine Imperial (Caugallo 771). — Día 5: «El secreto del bosque» (15.º episodio), «La traviesa colegiala. — 6: La mujer desdeñada (2.º), Dalila. — 7: «La picota», «Padre y patria». — 8: «La mujer desdeñada» (3.º), «La bailarina». — 9: «Amor que mata», «Detrás del trono». — 10: «El balcón trágico», «Flor de histeria», «América en la guerra».

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Cinema Eslava (Suipacha 686). — Estrenos diarios de las exclusividades cinematográficas de más éxito en Europa y Norte América.

Theatro Cine Soleil Palace (Corrientes 3150). — Películas Fox y Paramount. Estrenos diarios. Varietés.

The American Palace (Córdoba y Callao). — Estrenos diarios de las principales marcas. Todos los martes un estreno de la Fox Film.

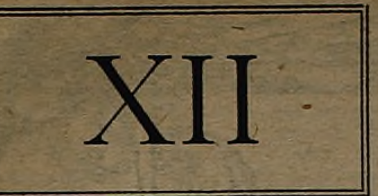
Cine Moderno (Corrientes 976). — Todos los días variado programa de la Sociedad General Cinematográfica. — Los lunes y viernes «El gran secreto» (dos series cada día). — Sábados y domingos: Cintas del programa Paramount.

Teatro Cine Social (Montes de Oca 1643). — Martes y viernes funciones populares. — Sección vermouth 0.10. Noche 0.20. — Jueves: noches blancas con reparto de jazmines. — Días 9, 10, 11, 12, 16 y 17, concurso carnavalesco con 500 pesos de premios.

Cine San Carlos (Lanús). — Grandes novedades. Programa de la North American y Cinematografía Sud Americana.



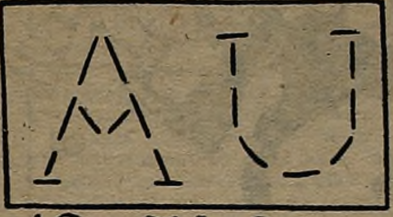
Jeroglífico periodístico



Preguntitas

¿Cuál es el hipo más peligroso?
¿Cuál es la madre más rica?
¿Cuál es el canto más grande?
¿Y el más chico?
¿Cuál es el pan más triste?
¿Cuál es el colmo de una suegra?
¿Cuál es la beldad más mortífera?

Logogrifo jeroglífico



12 5436

Diálogo charadístico

—¿Qué tal has pasado estas todo?

—Bastante mal; como ando tan mal de prima dos, tres quinta las noches tenía que caminar a paso cuarta tercera.

—¿Y fuiste a tercia prima en el concierto?

—¡Quiá! Tuve que enviar una disculpa.

—Pues buenas todo has pasado!

Comprimido

DDDDDA

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.° 689.

Al Anagrama:
JUAN DIAZ DE SOLIS.

A los Homónimos:
GRANADA — LIMA — CABO — BANCO.

A la Cualidad:
GENEROSO.

A la Criptografía:
LO MEJOR ES ENEMIGO DE LO BUENO.

Solucionistas

F. Appelbaum, Juan M. Magro, Margot Rivoire, Pedro Fernández, Benigno Esteves, Juan Morandé, Paula S. de Molina, Claudio Faddia, La Ñata, Silf Martirena, Manuel Pose, Pablo Costa Díaz, Mercedes Allievi, Cándido Fermino, Vicente Malbrán, Próspero Almeyda, León Da Costa, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

Hoy por ti, mañana por mí,

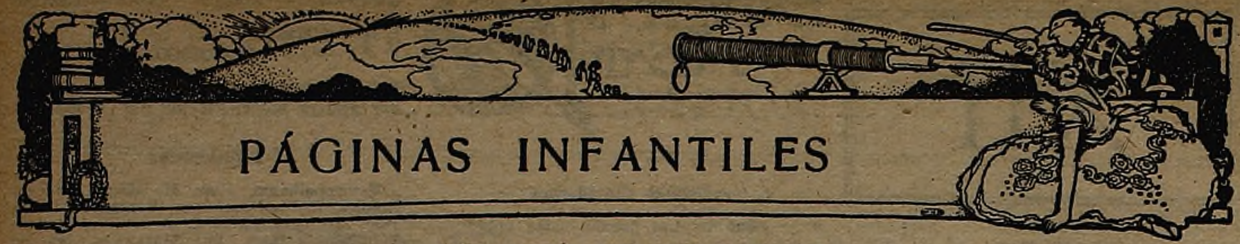
con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 9 de febrero; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.





ASTUCIA DE CAZADOR

JUAN Mateo era un antiguo caballero, que, cansado de la vida de la ciudad y de todas las preocupaciones, que ella acarrea, se había retirado a vivir en una pintoresca finca que poseía en el campo. Allí, en aquel apacible retiro, en medio de todos los encantos de la naturaleza, rodeado de las tranquilidades que producen el bienestar físico y la limpidez de la conciencia, el buen viejo esperaba pasar sus últimos días, en compañía de su esposa, una anciana que había sido su más fiel y amigable compañera.

Y, en efecto, la vida para los dos esposos se deslizaba tranquilamente; las largas veladas de invierno las pasaban leyendo libros o periódicos, por medio de los cuales estaban siempre al corriente de la ciudad lejana. Y cuando la primavera engalanaba los campos y barría las nieblas que empañan el cielo, gozaban con los paseos campestres, buscando flores o recolectando las primeras frutas.

Juan Mateo había observado que muy a menudo pasaba cazando el duque del Estribillo, acompañado de numerosos servidores.

Ante el tumulto de los caballeros, que sólo se dedicaban a la caza de ciervos o jabalíes, los animales pequeños como los conejos y las liebres, huían despavoridos y casi todos iban a estrellarse en el muro de la casa de Juan, buscando un refugio para escapar del furor de los perros, que los perseguían sólo por rabia.



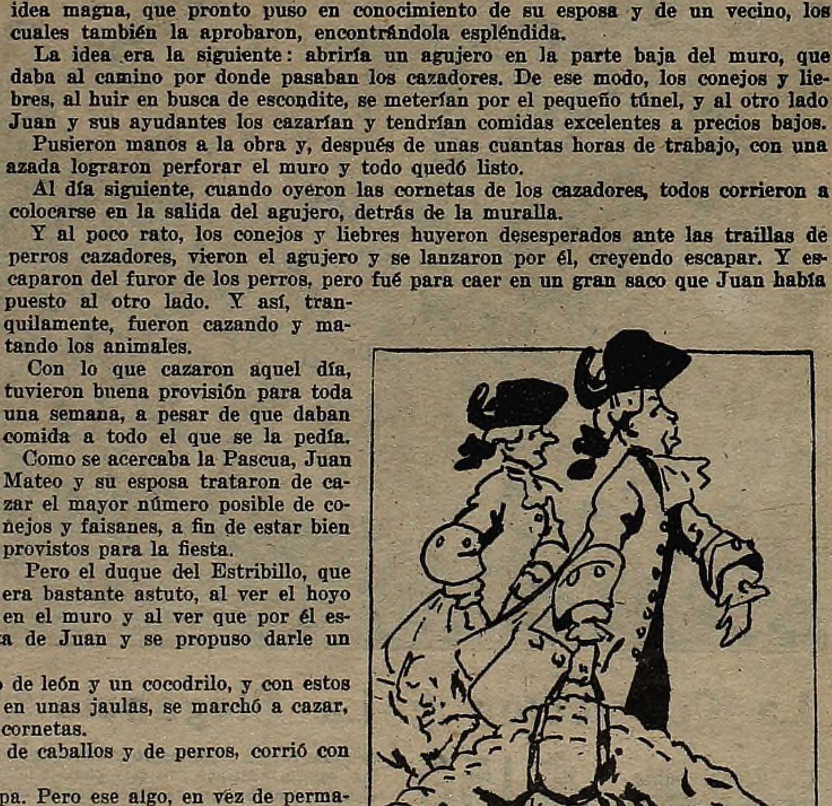
Al observar este hecho y ver la frecuencia con que se repetía, Juan tuvo una idea magna, que pronto puso en conocimiento de su esposa y de un vecino, los cuales también la aprobaron, encontrándola espléndida.

La idea era la siguiente: abriría un agujero en la parte baja del muro, que daba al camino por donde pasaban los cazadores. De ese modo, los conejos y liebres, al huir en busca de escondite, se meterían por el pequeño túnel, y al otro lado Juan y sus ayudantes los cazarían y tendrían comidas excelentes a precios bajos.

Pusieron manos a la obra y, después de unas cuantas horas de trabajo, con una azada lograron perforar el muro y todo quedó listo.

Al día siguiente, cuando oyeron las cornetas de los cazadores, todos corrieron a colocarse en la salida del agujero, detrás de la muralla.

Y al poco rato, los conejos y liebres huyeron desesperados ante las traíllas de perros cazadores, vieron el agujero y se lanzaron por él, creyendo escapar. Y escaparon del furor de los perros, pero fué para caer en un gran saco que Juan había puesto al otro lado. Y así, tranquilamente, fueron cazando y matando los animales.



Con lo que cazaron aquel día, tuvieron buena provisión para toda una semana, a pesar de que daban comida a todo el que se la pedía.

Como se acercaba la Pascua, Juan Mateo y su esposa trataron de cazar el mayor número posible de conejos y faisanes, a fin de estar bien provistos para la fiesta.

Pero el duque del Estribillo, que era bastante astuto, al ver el hoyo en el muro y al ver que por él escapaban los conejos, comprendió la treta de Juan y se propuso darle un buen chasco, para que no fuese pillo.

Hizo traer un gato salvaje, un cachorro de león y un cocodrilo, y con estos tres animales, cuidadosamente guardados en unas jaulas, se marchó a cazar, como de costumbre, haciendo sonar las cornetas.

Juan Mateo, en tanto sintió el bullicio de caballos y de perros, corrió con su mujer a poner el saco.

De pronto ¡zas! algo entra en la trampa. Pero ese algo, en vez de permanecer quieto, como los conejos, se sacude, grita y patea. Los terribles maullidos que se dejaron oír amedentran a Juan y quiere dar salida al prisionero: quita el saco y se queda petrificado de terror al ver un gato salvaje que, frente a él, enarca el lomo y eriza los pelos.

Segundos después se oye un nuevo gruñido, y por la abertura aparece un león diminuto, pero de feroz aspecto, que a la vista del pacífico campesino se

exaspera y ruge de un modo alarmante. Juan, con las piernas temblorosas y sudando de pies a cabeza, va a huir, cuando en el agujero siente algo que avanza penosamente arrastrándose: es un monstruo horrendo, ¡un cocodrilo!

El buen hombre se desmaya. Su esposa, más valiente que él, sale pidiendo socorro a grandes voces. Y el duque, riendo a carcajadas, entra, en compañía de sus servidores, a librarlos de aquellos animales, que no sirven para comer...

LA INFANCIA. Particularmente en la infancia, es cuando el alma se halla accesible a las impresiones y está pronta a inflamarse con la primera chispa que la toque. Las ideas entonces se asimilan pronto y son más duraderas. Se asegura que Scott debió su primera inclinación por las baladas y ese género de literatura, a los cuentos de su madre y de su abuela, oídos mucho antes de que supiera leer. La infancia es parecida a un espejo, que refleja en la vida ulterior las imágenes que le han presentado al principio. El primer goce, la primera pena, el primer éxito, el primer fracaso, la primera hazaña, la primera desventura, trazan el claro del cuadro de su vida.

Durante este tiempo, la educación del carácter progresa constantemente, como la del humor, de la voluntad, de los hábitos que tanta influencia tienen sobre la felicidad futura. Por más que el hombre esté dotado de cierto poder de acción y de reacción que le permite ayudarse a sí mismo y contribuir a su propio desenvolvimiento, independientemente de las circunstancias que lo rodean, la dirección moral impresa a su carácter en la primera parte de su vida, es de capital importancia. Colocad al filósofo más culto en medio de aflicciones diarias, de inmoralidades y de envilecimientos, y se inclinará insensiblemente hacia la brutalidad. Pero ¡cuánto más susceptible es el niño, impresionable y débil, en un círculo como éste! No es posible educar una naturaleza dulce, sensible al mal, pura de espíritu y de corazón, en medio de la vulgaridad, de la miseria y de la impureza.

Por consiguiente, los hogares domésticos, escuelas de los niños que después son hombres y mujeres, serán buenos o malos según las influencias que los gobiernen. De aquellos en que penetra el espíritu del amor y del deber, en donde la cabeza y el corazón dirigen sabiamente, en donde la vida diaria es honesta y virtuosa, donde el mando es dulce, bueno y amante, de esos hogares podremos ver salir seres sanos, felices, capaces cuando adquieran las fuerzas para ello, de seguir las huellas de sus padres, de marchar a su vez por una línea recta y sabia, y de esparcir el bienestar a su alrededor.

Si, por el contrario, se hallan rodeados por la ignorancia, la grosería y el egoísmo, tomarán esos defectos sin apercibirse de ello; llegarán a la edad adulta toscos y sin cultura, y serán tanto más peligrosos para la sociedad, si se hallan colocados en medio de las numerosas tentaciones de lo que conocemos por *vida civilizada*. «Haced educar vuestros hijos por un esclavo—decía un griego de la antigüedad,—y en vez de un esclavo tendréis dos».

El niño se ve impulsado, inevitablemente, a imitar todo lo que ve. Todo le sirve de modelo: copia las maneras, los gestos, el lenguaje, los hábitos, el carácter. «Para el niño — dice Richter — la época más importante de la vida es el instante en que, apenas salido de la cuna, principia a dibujarse y a modelarse por el contacto de otros. Cada maestro nuevo produce menos efecto que su predecesor, hasta que, por último, si consideramos la vida entera como una institución de educación, vemos que un navegante que da la vuelta al mundo, está menos influído por todas las naciones que ha visitado, que el niño por su nodriza». Los modelos son, pues, de la mayor importancia para formar la naturaleza del niño; y si deseamos obtener bellos caracteres, tenemos que poner a su vista bellos modelos. Ahora, pues, el modelo que se encuentra con más persistencia al alcance del niño, es la madre.

«Una buena madre — ha dicho Jorge Herbert — vale por cien maestros de escuela». En el hogar es «un imán para todos los corazones, una estrella polar para todos los ojos». Se la imita constantemente, y esa imitación la compara Bacon a «un mundo de preceptos».

VAPOR DE AGUA ATRAVESANDO EL CARTON.



Esta experiencia, que puede hacerse también con un pedazo de paño, con un trapo de lana y con otras mil materias, se ejecuta como sigue:

Se toman dos vasos de cristal, o dos copas, si no se tienen vasos, se coloca uno de ellos sobre una mesa y se echa en él una pequeña cantidad de agua hirviendo. Se cubre este vaso con una hoja de cartón y se coloca encima de éste, boca abajo, borde con borde, el segundo vaso, enjugado previamente, de manera que esté bien seco y claro; al cabo de algunos segundos, el vapor del agua, elevándose de la superficie del líquido encerrado en el primer vaso, atraviesa el cartón, llenando poco a poco el vaso de encima.

SOMBRAS CHINESCAS. La proyección de siluetas reales o imitadas de personas, animales, etc., sobre una pantalla o telón transparente se designa con el nombre de *sombras chinescas*. Es una distracción tan sencilla como divertida, que origina un gasto insignificante.

Luz. — Para obtener siluetas perfectas de contornos bien definidos, es preciso que la habitación esté a obscuras por la parte de los espectadores, y por la opuesta no haya otra luz que la empleada para la proyección. Esta, cualquiera que sea su intensidad, pues esto no es tan importante, ha de tener poca extensión; es decir, debe iluminar tan solamente la parte de la pantalla donde se han de formar las sombras. Para esto basta ponerla dentro de una caja abierta por un lado, lo suficiente para iluminar en la pantalla el campo de proyección.

En las sesiones de más importancia es casi indispensable la luz oxhídrica, el arco voltaico o una lámpara eléctrica de gran número de bujías. Cuando los niños se entretengan en sus casas basta una vela, una lámpara de petróleo o eléctrica ordinaria para obtener figuras limpias y bien definidas. Cualquiera que sea el foco empleado, gana muchísimo colocando detrás algunos reflectores que concentren la luz en el campo iluminado. La distancia y la altura a que debe colocarse depende de la clase de sombras, y fácilmente se determina por tanteo.

Pantalla. — El telón o pantalla se reduce a un lienzo blanco y delgado. El modo más frecuente de usarlo en las casas es sujetándolo con puntas al marco de una puerta abierta: de este modo los espectadores quedan en una habitación, y el niño operador en otra, libre de miradas indiscretas que pretendan investigar el secreto de sus invenciones. También es frecuente colocar el lienzo entre dos listones de madera, como suelen estar los mapas; puede ponerse como mejor parezca, con tal que no forme grandes arrugas que deformen las proyecciones. Las figuras se destacan con mucha más claridad humedeciendo el lienzo con agua de vez en cuando. Para ensayarse no se necesita pantalla: basta hacer las sombras delante de una pared blanca.

MAXIMAS. Trata de instruirte toda tu vida; no presumas, que la razón viene con los años.

* Las ciencias tienen sus raíces muy amargas, pero los frutos son muy sabrosos.

* Hay tres clases de ignorancia, que son: no saber nada, saber mal lo que se ha aprendido y saber una cosa que debe ser ignorada.

LA MONEDA GIRATORIA

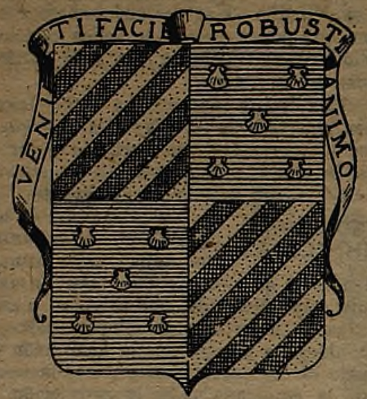


Tómese una pantalla de cartón (y decimos de cartón porque es la de más fácil manejo y no hay peligro de que se rompa) con la mano derecha, en la disposición representada en nuestra figura; con la mano izquierda, hágase rodar una moneda en la superficie interior del cono de la pantalla y, en el mismo instante, imprímase un rápido movimiento rotatorio a la pantalla: la moneda rodará dentro de ésta sin caerse.

Si se disminuye la velocidad rotatoria, la moneda bajará poco a poco, sin dejar de rodar, hacia el cono; y subirá, por el contrario, si se precipita el movimiento de rotación.

 **LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN** 

DELICADO. — En los últimos años del siglo XVI, aparecen en la ciudad de Gibraltar, Sebastián Delicado, como alcalde de la Santa Hermandad, y en los padrones de hidalgos de Córdoba, Martos y Jaén, varios individuos del mismo linaje. En el archivo de la iglesia de San Severino de Nápoles, figuraba Juan Alfonso Delicado, capitán de caballos y caballero de la Espuela de Oro. Muy conocido es también Micer Francisco Delicado, vicario de Cabezuela, vecino de Roma y célebre autor de «La Lozana Andaluza». Consta igualmente en la Relación de la gente del muy magnífico y clarísimo señor el marqués del Vasto, el alférez Hernando Delicado que asistió a la batalla de Pavía.



Viniendo a nuestros días, hace ya muchos años, el magistrado don José Delicado de Zapa, residente en Madrid, tenía en su poder una certificación de hidalguía y blasones, con un escudo partido y cortado. En el primero y cuarto cuartel, cinco bandas de sable en campo de oro; en el segundo y tercero, cinco veneras de plata en campo de azur, puestas, dos, una, dos. Por mote: *Venusti facie, robusti animo.*

Idéntica certificación poseía doña Micaela Delicado, vecina de Badajoz y habitante, por aquel tiempo, en la calle de la Sal número 22.

Entre las muchas personas de este apellido pueden citarse, ya lo lleven como primero, ya como segundo, a don Rafael Delicado, abogado; a don Antonio Manuel, presbítero; a don Luis María, ingeniero, y a don Juan Delicado de Marañón, del cuerpo de aduanas. Al general don Miguel de Imaz, a los capitanes don Eduardo y don Augusto Comas, a don Ramiro Ponce de León y a don César Hurtado de Mendoza, en Valverde de Leganés, callando otras, porque su larga enumeración sería inútil.

RIVERO. — Dícese que este apellido lo llevó por primera vez un caballero asturiano nacido en las riberas del Nalón, a quien se le llamaba Rivero precisamente por esta circunstancia. La casa solariega de la familia estuvo, a lo que parece, primeramente en el antiguo concejo de Oyoniego, hoy de Oviedo, y luego se extendió al concejo de Colunga.

Las armas de los Riveros, según Tirso de Avilés, son de sinople, con un río caudaloso que quiere representar el Nalón, y a orillas de él una roca, sobre la que se ve un castillo. De éste sale un caballero a caballo, armado, con la lanza al hombro y acompañado de un lebrel, todo ello en sus colores naturales. En las almenas del castillo hay una cruz de gules, y a cada lado del mismo un pino de su color natural.

RUIZ. — Una revista española publicó hace algún tiempo un origen del apellido Ruiz, que no parece muy fundado. Decíase que era el mismo de Rodríguez, ambos usados por el Cid Campeador.

No es admisible que los moros denominasen El Sid, no Cid, al caudillo castellano, porque tal título, que es tanto como señor o amo, no lo dan jamás los musulmanes a un infiel cristiano. Lo que parece más probable es que le apellidasen El Ruiss — diminutivo de Raís, cabeza, jefe, — o sea cabecilla, y de ahí el apellido Ruy o Ruiz, del famoso burgalés, que llevan, además de miles de familias españolas, muchas musulmanas de Marruecos.

ESCAMILLA. — Cuéntase de un caballero que con toda probabilidad fué el primero que usó este apellido, que siendo alcaide de un castillo, que asaltaron los moros de noche y despertó al graznido de unos gansos que había en la fortaleza, sin que pudieran los moros tomarlo, pues fué defendido valerosamente. Los de este apellido asistieron a la conquista de Baeza por don Fernando III el Santo. Sus armas son: en campo azul, una torre de plata, y encima y a cada lado un ganso de plata con pico de oro, y por orla ocho aspas de oro en campo rojo.

¿¡QUÉ MÁS DA!?

I

Hay un ranchito en la isla;
hay en el rancho un hogar;
en él viven inmigrantes;
llegaron tres años ha.

Tres años... aquel terreno,
que fué siempre un erial,
hoy es ya huerta, jardín...
¡trabajan con tanto afán!...

Le han puesto al rancho dos cruces,
en la puerta un gran parral,
y, en vez de rancho, tan sólo
barraca lo han de nombrar.

A esta tierra quieren mucho,
que pan y abrigo les da,
pero la suya no olvidan...
¡siempre nombrándola están!...

Aunque allí pasaron faltas
y tuvieron que emigrar,
culpan al hombre, no al suelo
tan rico como el que más...

II

Ayer pasé por el rancho;
sentadito en el portal
vi al patrón; estaba triste;
¡cómo no lo había de estar!...

Tienen un hijito enfermo
— quizá se les morirá; —
¡los lamentos de la madre
aun me parece escuchar!...

Hay en un cuadro una imagen
de la Virgen de Luján;
ante Ella la pobre madre
rogaba con ansiedad.

El nombre de nuestra Virgen
no le oía pronunciar,
y al preguntarle al patrón
me respondió: — ¿!Qué más da!?

Si la imagen no es la misma,
la Virgen una es no más:
¡su fe pide a la Fuensanta (*)
en la imagen de Luján!...

EDUARDO FLORES.

(*) Patrona de Murcia.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

CANCION INTIMA

I

En tus ojeras tristes, dosel de resplandores,
he visto la pureza gentil de tus amores.
Sitiales donde mora tu límpida mirada,
dijerón que tienen canciones de alborada.
Rimantes del ensueño del alma mía inquieta,
vibraron al unísono con mi ansia de poeta.
¡Eterna virgen pura! Saberte que eras mía,
más blanca que las flores de la Eucaristía!
¡Bendígote mil veces, ideal un día ilusorio
que tuvo la serena virtud del ofertorio!

II

Cruzaba mi sendero, fatal en la tristeza
de quien no tiene amores y aspira su belleza.
Y siendo así mi vida, preñábase de hastío,
que hacía neurasténico mi espíritu sombrío.
Un día a mí llegaste... cruzaste en mi camino,
y aromas se extendieron en torno el peregrino.
De tus amores santos hundíme en la delicia,
y fué a mi triste frente la más suave caricia.

III

Y ahora el alma mía de amor hállase plena,
y siéntote la amada de mi ansia y de mi pena.
La vida me sonríe... y, puro en mis canciones,
yo quiero hacerte dueña de amores e ilusiones.

IV

La miel de tus palabras se auna en mil diversos
encantos, que preludian el ritmo de mis versos.
Y bañas a mi mente de luz, y me ilumino;
me das así la dicha... y por allí camino.
Si siento que mi espíritu se agita en su lirismo,
la causa es que te siento aquí... dentro de mí mismo.
Así, en esa forma, así va mi cariño;
y así va tu pureza como un jirón de armiño.

V

La vida es lo prosaico, y son así sus cosas;
¡a tanto prosaísmo, cubrámoslo de rosas!
Hundirse en el análisis es gusto de profano;
¡no hallemos el misterio!; ¿a qué hurgar lo arcano?
Vivamos en la plena certeza de belleza,
y así será la vida gloriosa en su pureza.

VI

Cubierto de idealismo yo tengo mi cariño,
y quiero darte flores, y quiero ser un niño.
Si digo que te amo te digo lo que siento;
¡jamás ha de ocultarse lo que habla el sentimiento!
Amar es algo sacro, y eterno Indefinido:
preciso es que dos almas se hayan comprendido.
Amar es ser amado. ¡Dualismo que supone
la afinidad grandiosa que un justo Dios impone!
Sentir el infinito misterio del amor,
es como hallar la senda del más allá mejor.
Eleva tu mirada allá, donde no hay velos;
y dime: ¿no es impura la tierra ante los cielos?
Y así elevemos siempre la vida que sentimos,
que sueña eternamente... y que es la que vivimos!

Ernesto Campolongo.

PROPOSITO SENTIMENTAL

Amada, por la intensa tristeza sugestiva
que se advierte en la calma de esta tarde sutil,
despierta la sonata que encuéntrase cautiva
en la ideal partitura que sostiene el atril.
Disipa tu nostalgia de virgen pensativa.
Yo rimaré a tu lado mi madrigal gentil,
cuando tus manos suaves con gracia imperativa
recorran el sonoro teclado de marfil.
Al principiar la pauta te indicará la clave,
el tono aquel tan bajo, tan lánguido, tan grave,
que se anuncia en la sombra como el rumor de un canto.
Y Schubert, al auspicio fugaz de la armonía,
ungirá nuestras almas de azul melancolía
en un deshojamiento de pétalos de encanto.

Pablo F. Cherrutti.

A LIDIA

Es el cariño que por ti siento
llama en la noche de mi existencia,
porque eres santa, porque eres pura,
porque eres noble, porque eres buena.
Si en medio el tedio que me acibara
evoco el cielo de tu faz bella,
siento alegría, siento nostalgia,
siento contento, siento tristeza.
Brilla en mis horas de pesadumbre
de tu mirada la lumbre excelsa,
porque eres mi única ansiada gloria,
mi fe, mi anhelo, mi santa creencia.
Porque eres único lenitivo
de mis agudas hondas querellas,
de mi perenne ruda congoja,
de mi profunda torpe dolencia.
Y es el cariño que por ti siento,
llama en la noche de mi existencia,
porque eres santa, porque eres pura,
porque eres noble, porque eres buena.

Rómulo Cayo Santoro.

VESPERAL

Mientras brilló, sutil, en tu pestaña
aquel rayito de aquel sol de enero,
temblando, imaginélo prisionero
insecto de oro, en red de aleve araña.

Loco de amor, bajando la cabeza
díjete mi secreto. Y mi vocablo
entró en tu corazón como venablo
ocasionándote muda sorpresa.

Lenta, serena, gris, cayó la tarde:
y cuando yo me avergoncé, cobarde,
viendo la insensatez de mis motivos,
alcancé a distinguir que la discreta
respuesta a mis audacias de poeta
irradió de tus ojos compasivos...

A. M. Olivari.

VERNAL

El mar está muy triste...
Sobre su inmensidad
mis ojos nunca vieron
una tristeza igual.
Hay una niebla espesa
y la tarde es vernal.
Quizá el gris de la tarde
le infunde vaguedad...
Yo no sé... pero nunca
lo encontré tan letal.
Así, como tus ojos, así triste
está el mar...
Como tus ojos, grises, está...
Como tus ojos grandes,
y llenos de misterio,
está el mar...
También aquella tarde
era vernal.
También había niebla
y vaguedad.
Quizá fué el gris de mi alma,
quizá,
pero sentí muy hondo
un frío glacial...
Sin embargo la tarde era vernal...
....
El mar está muy triste
y mi alma está más.
Y hoy siento como entonces, siento
un frío glacial...
Sin embargo esta tarde,
como aquélla,
es vernal...

Dina D'Angelo.

VOZ DE ALIENTO

No te detenga soñador hermano
la maleza aparente del camino,
ni te importe la burla del mezquino
que pretende enlodarte en el pantano.
No te detenga el clamoroso oceano
que la envidia levanta ante el divino
bajel en que navega tu destino
por el mar tempestuoso de lo humano.
¡Prosigue en el seguro derrotero
en que encauzaste tu cantar primero,
y así demostrarás a los serviles
que a los grandes la burla no intimida,
máxime si el que lucha por la vida
tiene en su pecho bríos juveniles!

Emilio F. Masini.

NOCTURNO N. 3

Anoche, hermosa, en el jardín lozano,
muy unidos los dos, y mano en mano,
cual dos palomas que embriagó el amor,
sentimos nuestros pechos suspirantes,
a un tiempo conmovidos y anhelantes
al bañarnos la luna en su fulgor.
No sé por qué, más tu hermosura es tanta,
al besarte esa luz que todo encanta
que dudo si es un ángel o eres tú,
y en la embriaguez de la belleza tuya
quisiera hacer que de mis labios fluya
dulce canto de amor y juventud.
De esa luna feliz que te rodea,
cual una mariposa que aletea
en torno las bellezas de una flor,
tuve celos — sentí su alfilerazo —
y de ella te oculté con largo abrazo...
¡crispado abrazo de mi ardiente amor!

Alberto J. Biasotti.

GÉNESIS

Y el mundo estaba triste, solitario.
era un inmenso páramo sombrío;
el único murmullo era el del río,
que sonaba a repique funerario.
La tierra envuelta en fúnebre sudario
parecía decir: «La luz ansío»;
pero el cielo encapotado, umbrío,
cubierto estaba de negro vestuario.
Y el hombre, cuando se descorrió el velo
que cubría de sombras todo el cielo,
quedó sumido en éxtasis profundo..
La tierra se tornó resplandeciente,
nuevo sol la alumbraba vivamente.
¡Y éste era mujer, la luz del mundo!

Armando Novelli.

A UNA MUJER

Fijos los ojos, muy fijos,
para evocar un recuerdo,
y alteradas las facciones,
denotando sufrimientos;
crispadas, también, las manos;
en desorden los cabellos...
¡Y el corazón cómo late!
¡Y cómo se oprime el pecho!
....
Es que me falta tu risa,
es que me falta tu aliento,
¡y es que me falta la vida
sin tus miradas de fuego!

J. M. Marchetti Tarrés.

EL BUEN EJEMPLO



El ruso. — ¡Bièn, doña Austria! Siga usted mi ejemplo y verá cómo consigue el pastel.

Dib. de Soldati.

CORAZON DE TIGRE Y SUS GUERREROS Historieta



HERNÁN RUEDA.

UN MAPA DE LA GUERRA



La guerra despierta un enorme interés en todos los países; las conversaciones parece que no tienen otro tópico, los ingenios se esfuerzan por inventar artificios de guerra y mejorar los actuales; todos los esfuerzos, todas las energías parecen dirigidas únicamente a la gran contienda mundial.

Los yanquis, que cuando hacen las cosas les gusta hacerlas en grande, acaban de hacer un mapa que llama la atención, no sólo por su tamaño sino por su perfección.

Verdaderos maestros en carpintería, modelado, pintura, electricidad y construcción han intervenido en su confección. Comprende el mapa la mayor parte de Europa, todo el teatro de la guerra, y en él se ve perfectamente la topografía del país en exacto relieve. Mide el mapa cuatro metros y medio de alto por cerca de seis metros y medio de largo y tiene una ligera combadura para representar la redondez de la tierra. Es como si en una Tierra diminuta hubiesen arrancado la parte de la corteza terrestre correspondiente a Europa. Los llanos, las estepas, las montañas, los ríos, lagos y mares aparecen reproducidos con los colores naturales así como doscientas ciudades y lugares importantes de la guerra, puntos de interés en todos los frentes.

Estos puntos llevan cada uno una bombilla eléctrica, en comunicación con un cuadro de distribución que maneja un individuo a medida que va explicando con un largo puntero las alternativas de la guerra, la colocación de las fuerzas, los emplazamientos de las baterías, las trincheras, los campos de batalla, en una palabra, todo que de algún interés puede ser al aficionado a la estrategia. En el momento en que se enciende una de estas bombillas, el nombre y el número correspondiente al lugar iluminado aparece en un gran cuadro indicador que se halla en uno de los lados del mapa.

El aparato eléctrico puede hacerse funcionar automáticamente.

La despensa de los dreadnoughts

Cuando se hace a la mar uno de los grandes acorazados modernos lleva en sus bodegas provisiones suficientes para alimentar a un ejército. En sus espaciosas cámaras frigoríficas encierra cinco mil kilos de excelente carne de vaca, helada, es cierto, pero siempre fresca cuando llega a la mesa de los marineros. La harina se cuenta por millares de sacos de a cien kilos, con una etiqueta en la que consta la fecha de la fabricación como garantía de su buen estado. Las trescientas toneladas de harina se convierten en sabroso pan en los hornos de a bordo.

Las patatas se cuentan por centenares de toneladas y también se llevan zanahorias, nabos y otras hortalizas en conserva. A esto hay que añadir centenares de barriles de cerdo salado y montañas de carne ahumada, por si la duración del viaje acaba con la carne fresca.

Con el te, el café y el azúcar que embarca un dreadnought habría para surtir a una docena de almacenes. En la despensa van asimismo cantidades enormes de alimentos en conserva, pasas, mermeladas y otros postres, numerosos barriles de sal y millares de latas de leche condensada.

NOTAS MÉDICAS

VISIONES DE CARNAVAL

....

I

COLOMBINA

De ignorados jardines, tu silueta divina
me ha traido un perfume delicioso de flor,
y hasta he visto en tus ojos, mi gentil Colombina,
pasional y galante, siempre bello, el amor.

Bajo el eco sonoro de tu risa argentina,
de tus ojos divinos bajo el suave fulgor,
mi alma toda la angustia desolada, adivina,
del recuerdo siniestro de un lejano dolor.

Ahoga en besos y risas, — Colombina, sonríe!...
al dolor negro y torvo que en tu noche deslíe
la tristeza brumosa de un doliente pesar.

Y el rumor de los besos, que es rumor de pasiones,
sobre el lujo brillante de los áureos salones,
sea el eco que deja nuestro amor al pasar ...

II

PIERROT

¡ Oh, Pierrot, que en las noches solitarias de luna
vas rimando la endecha de la eterna pasión,
y llorando el olvido desdeñoso de alguna
Colombina coqueta, que fué ayer tu ilusión!...

Cuando el hondo silencio de la noche se aduna
con las crueles tristezas de tu buen corazón,
tú le cantas al astro de la noche cual si una
mujer pálida fuese, con sincera emoción...

¡ Oh, Pierrot, doloroso de las noches sagradas:
cuando, arriba, te escuchan las estrellas amadas
y la luna, la amiga del amor y del mal,
¿ qué te importa la vida, ni el desdén que te hiere,
si es que acaso, en el baile, Colombina no quiere
las ternezas galantes del audaz madrigal ?...

III

ARLEQUÍN

Me llegan tus carcajadas,
roncas, fugaces, veladas,
desde el lejano jardín;
pero inclinas la cabeza...
¿ por qué has puesto a tu tristeza
un antifaz, Arlequín ?

Manuel AGROMAYOR SANTIAGO

DE FLORES



La esquina de las calles San Pedrito y Merlo, inundada a consecuencia del mal estado de los desagües. La primera de ellas es paso obligado para los vecinos de tan importante zona.

DE CORDOBA



Después del banquete que los oficiales del 13 de infantería ofrecieron al teniente Gallastegui, con motivo de su traslado al Arsenal de Guerra, y al de igual graduación, Amuchategui, con motivo de su próximo enlace.



Fiesta infantil en casa de don Justo Villagra y señora Amelia Maldonado, con motivo de festejarse el onomástico de su hijita Angélica.

Reina Victoria

Los cigarrillos Reina Victoria son reconocidos supremos en calidad. Bajo cualquier punto de vista que usted lo juzgue, la conclusión a que llegará será siempre la misma — no hay otros cigarrillos que los puedan igualar.

El costo de la elaboración es grande — no se emplea en ella sino lo mejor de todo — pero el resultado de emplear materiales de primera clase es que los cigarrillos Reina Victoria son considerados supremos en calidad.



DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH



ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 6 de febrero de 1918 N.° 689

EN EL BALNEARIO

Doctor Leys. — Un momento, señor intendente: parece que no nos acuerdan los cinco millones.
Doctor Quartino. — Sin eso no podremos terminar la obra.
Doctor Llambías. — ¡Quién dijo miedo! Si no la terminamos a fuerza de pesos, la terminaremos a fuerza de sudor.

EL PASADO QUE VUELVE



Al través de la barrera del tiempo, sus almas ya no se comprendían. Ese olvido que se impone en el mundo de los hombres para dar paso a nuevas emociones, habíase acrecentado en el corazón de Ana.

Cinco años separada de Alberto; muertos el uno para el otro, vagando sobre terrenos inhospitalarios; ella, sola, sin hijos, a merced de una tía cargada de años, y él, arrastrando una vida licenciosa, en pos del amor fácil, buscando siempre la fuente donde aplacar su sed.

Los primeros años de matrimonio habían dejado sobre sus corazones juveniles algo así como una estela de remembranzas. Luego el destino fatal los separó; él siguió por la pendiente que le ofrecía la vida; y ella asombrada, vacilante, entregada a los impulsos de su corazón, era un enigma, como toda mujer libre y sola que está sobre el amor, cuya suprema ley es el instinto.

II

Fué el martes de Carnaval; bajo la policromía de los trajes, entre el parpadeo de luces, mezclábase al arrullo de las risas de los pierrots, payasos y Colombinas, la música de la orquesta y el ritmo de los corazones.

Desde las amplias ventanas de la sala lujosa, veíase el desfile de autos, carruajes y carros alegóricos, como también oíase el repique de cascabeles. Las serpentinas formaban bajo los altos focos cintas de llamas que caían y se agitaban y la luna melancólica, sonámbula en el espacio, parecía envolver con sus líricos efluvios a aquella caravana dispersa que bendecía a Momo.

III

Lloraban los violines, gemían las arpas. Las emociones eran prodigiosas; y en el estremecimiento de los cuerpos por la danza, lucían los trajes sus colores varios como también las fúlgidas lentejuelas. Las sonrisas enigmáticas de los rostros guarecidos por el antifaz, encendían las miradas y poblaban de ensueños los corazones.

Ana, disfrazada de Colombina, con una serenidad asombrosa se había sentado en un diván, distante de la multitud, con Alberto, sin conocerse, bajo una misma luz de esperanza. Buscaban la soledad, después de haber bebido una copa de champaña; en el coloquio del silencio sus almas querían contarse quizá algo de su propia historia.

Luego de hablar de cosas triviales, ella le dijo:

—El pasado indestructible se alza ante mí; no puedo derrumbarle, él me azota. ¿Por qué será que en las penumbras del corazón resuenan siempre aquellas voces antiguas que un día primaveral de juventud vinieron a llenarlo todo de dulces acordes?

La mano tibia, resguardada de anillos, hacía jugar en tanto una pantalla chinesca que iba de sus faldas a los labios y de aquéllos a su cabellera rubia.

Alberto insinuábale palabras centelleantes de emoción:

—Quiero ver sus ojos—le decía—libres de esa malla del antifaz que los oculta, como una nubecilla tenue a la pupila del sol; necesito verlos, saber si son dulces, tiernos o misteriosos, para hundir mi espíritu en sus abismos tenebrosos.

—¡Oh! imposible, —repetía Ana, —mis ojos son insondables como mi alma, en ambos aletea la sombra del dolor.

Entonces con una inquietud exótica, decíale Alberto:

—Al menos quiero saber su nombre...

—¿Mi nombre?—exclamaba ella; Colombina; y sus labios más se empurpuraban. Y entre la llama nocturna de las luces y el coro de risas, repetía: primero su nombre, después... el mío.

Alberto reflexivo, exclamaba: «Me llamo Pierrot».

En la contemplación de su talle elegante, de su belleza de mujer delicada entrecerraba los ojos para atraerla, soñadora y amante, allí, entre el alma de los violines y el titilar de las luces. Un instante después, en vaivenes rítmicos, sus cuerpos enlazados por la cadencia de un vals se perdían en el conjunto juvenil de parejas.

IV

—¿Eres tú?—díjole él, y, apartándola, vió elevarse su pasado y huir ligeramente toda su fantasía del presente.

En la intensa claridad del aposento, bajo una ira violenta, él se había sentado, lejos de ella. Ana hundiendo su cabeza entre ambas manos, lloraba amargamente. Sobre la alfombra el antifaz, la pantalla, un ramo de flores y el bonete de Pierrot, parecían surgir bajo la luz.

Un silencio triste y pesado reinaba entre los dos. Sus remembranzas se agrupaban; el pasado llenaba sus corazones.

Alberto sabía que en el espíritu de ella se albergaba el arrepentimiento.

Un rayito de luz, del día que empezaba a envolver al espacio, diríase que reía sobre los tules, sobre las gasas y sobre sus almas.

Huérfana de tranquilidad, con una gravedad austera, después de un rato de mutismo, Ana fué hacia él, y, con la armonía de su voz tan tierna, díjole: «Acompáñame nuevamente en esta adoración que nos había unido; dejemos los impulsos nuevamente formados en nuestros corazones, que se desenvuelvan, olvidemos el pasado borrascoso, vivamos la dicha del presente.

Sus palabras iban al encuentro de un deseo; y el tiempo, el recuerdo de la fiesta, les hizo olvidar todo. Más tarde ella dejábase acariciar por Alberto, que reía como un enamorado, que destina un instante de su vida al objeto de su amor.

V

El sol había descorrido su cortina de luz, y ponía un beso en todo lo que hallaba a su paso. En la calle un núcleo de máscaras doblegadas por el cansancio iban a recobrar el sueño; del conjunto surgía la voz de un violín que llenaba el espacio. En esa hora magnífica, sintiendo una mezcla de alegría y nostalgia, Alberto y Ana, que sondeábanse las almas en una mirada, y que escuchaban la música exquisita, exclamaban: «El pasado que vuelve».

FÉLIX B. VISILLAC.

Dib. de Soldati.



EL PERICÓN NACIONAL

A cada momento pasa
un matiné con puntillas;
es la dueña de la casa
que apurada busca sillas.

Rompe entretanto la orquesta,
y, a la voz de «Aura y se fué»,
empiezan su alegre fiesta
cambiando ligero el pie.

Con voz destemplada y llena,
arrugando el entrecejo,
terminante el jefe ordena:
«Aura a formar el espejo».

Mientras mi vecina ansiosa,
charla, ríe y coquetea,
en su hamaca silenciosa
la abuelita cabecea.

¡Y en su tiempo aquella anciana,
tan cansada y dolorida,
fué planta fresca y lozana
en el jardín de la vida!

La nieta, toda de rosa,
más rosada que una guinda,
acecha el baile curiosa
y estruja su boca linda.

Mientras miro con asombro
a la anciana dolorida,
suena: «La carguita al hombro».
¡Bastantes tiene la vida!

Y en el piso de baldosa,
donde el sol marca su paso,
la alpargata baila airosa,
blanda y suave como raso.

Dando brincos va la orquesta
retozando en cada nota;
y se enciende aquella fiesta
cuando llega «la grandota».

El pañuelo dominguero
se levanta coquetón
cuando avisa el compañero:
«A formar el pabellón».

¡Y yo veo en «la cadena»
cómo ofrecen sus dos manos!
En la hora de la pena
¿serán siempre tan hermanos?

Rebosando de armonía
la relación lisonjera,
con promesas de alegría
cruza luego bullanguera.

Mientras ríen las muchachas
y se enredan las parejas,
las chicuelas vivarachas
van pasando las bandejas.

Una voz grita mandona:
«Coronar a la mujer».
Y yo pienso: ¡Esa corona
de pesares suele ser!

¡Y en el piso de baldosa
donde el sol marca su paso,
la alpargata baila airosa,
blanda y suave como raso!

Flora Albina RYAN.

Dib. de Meco.

MOMO EN EL CONVENTILLO

—¿Qué le parece, don Tomás? ¿Estoy bien disfrazada?

—¡Eh! osté non prechisa punerse de rantifusa, non prechisa.

—¿Qué dice? ¡Véanlo al grébano insolente!

—Credo que mi espiego in Castiya, mi espiego.

—Vaya, lávese la boca.

—E osté vaya, lávese los piese, que se le van a venire grosso con il ballo.

—¡Mama!, venga, oiga lo que dice este tano.

—No li hagás caso, ya sabés qu'el pobre es medio tocao.

tengue. Quiere que le muestra lo traque de conde dal anno pasato?

—¡Ja! ¡jay!

—Ya mismo me lo voy a ponere.

—¡Cómo quedará el gringo de conde, mama!

—Como tayarín apoliyao, no más.

—Ahí viene Calixto: ¡vaya vístase, mama!

—¡Cómo te va mascarita!

—¡Ola, Calixto! ¡Qué bien le queda este traje de payaso!

—Y usted está muy linda de... ¿de qué es eso?



—Non habrá sido osté qui me gay tocate niente sicuro...

—Habrá sío su agüela.

—Mase dispacio con la famiglia, duña Presentaciune, que la mía non e cume la suya.

—Que más se quisiera.

—¡Ja! ¡ja! Into la mía famiglia non gay nesuna rubia di contrabando, ¿sa?

—¿Qué va a hacer mama?

—Dejame, que le voy a enseñar a este italiano lo qu'es contrabando, porque me parece que lo voy a contrabandiar de un moquete.

—¡Deca quieta la maceta, duña Presentaciune, deca quieta la maceta!

—Si no juera porque me van a yevar presa, se la ponía de sombrero a este deslenguado.

—¡Claro!, no vale la pena.

—Me punen nel eumprumiso, me punen, porque son muquieres.

—Y entonces, ¿pa qué provoca?

—Io non gay provocato; gay side la sua figlia.

—Yo no, mama, fué él que me dijo que me fuera a lavar los pies.

—Eso non e una ofensa, e un consiglio paternale.

—Pa eso estoy yo sola, ¿sabe?

—Todo es de envidia, lo que él no tiene para disfrazarse.

—¡Qué va tener, si de agarrao se come las uñas!

—Non mi haga reire que tengue un denti picate, que

—De gitana, pues: ¿no ve los flecos de seda?

—¡Cierto! No había manyao.

—¡Ecco, il conte di Parmesano!

—¡Ja, ja, ja!

—Non ride, non rire... ¿Ne ha viste cume tengo lu traque?

—Está un poquito arrugado.

—Gueno, aquí estoy yo: no hice más qu'encajarme el dominó.

—Ma deca se quiera el delantare, duña Presentaciune.

A usté no l'importa. ¡Miralo a don Tomás! no le queda del todo mal, ¿no es cierto?

—E mirame pur atrase, duña Presentaciune...

—Bueno, vamos.

—Vamos.

—Bueno, vámose no ma.

—¿Y quién lo ha invitao?

—Yo per acumpañarla para que nun vaya teniende la vela.

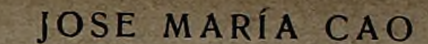
—¿Lo yevamos, ché?

—Y si a usted le gusta, mama...

—Güeno, déme el brazo, so gringo cochino.

—Véngese no má, priéndese, duña Presentaciune mientra io pongue una mano supra l'altra into lo peche. E ahora, mochece, sacale lo dispareco, sacale, e sigan no ma por dunde le gusta.

EÇE DEL CLÉ.



JOSE MARÍA CAO

Ha caído el viejo periodista que popularizara su firma con la chispa de su ingenio y la agudeza de su lápiz.

Con Cao se extingue un espíritu culto y laborioso, que llenó por largos años las páginas del periodismo metropolitano.

Su obra es bien conocida. Pero por sobre ella estuvo siempre una inmensa bondad de hombre generoso, que lo rodeó de unánimes y muy hondos afectos. Bajo este aspecto no era, por cierto, tan conocido como bajo el otro, porque es condición de la bondad sincera el prodigarse en silencio.

Es que Cao sabía desdoblarse para cumplir los deberes de su trabajo y aquellos otros más imperiosos de su corazón.

Es así cómo el sepelio de sus restos alcanzó todos los contornos de un sincero y profundo homenaje de justicia.

José María Cao.



La comitiva fúnebre en la estación Constitución.



Algunos de los oradores en el acto del sepelio.



Inhumando los restos en la necrópolis del Oeste.

NOTAS GRÁFICAS DE ACTUALIDAD

HOMENAJE

Durante el homenaje que se efectuó el 27 en la Recoleta, en memoria del doctor Aristóbulo del Valle, y cuyo acto fué organizado por el Club Radical intransigente que lleva el nombre del eminente estadista.



OFRENDA

Los compañeros que fueron del finado señor Pablo Ferrari, en el departamento de Obras Públicas de la Municipalidad, en el acto de colocar una placa de bronce en la tumba que guarda los restos de aquél en el cementerio del Oeste.



Placa que se colocó ante la tumba del señor Ferrari.

CULTO EVANGELICO



Público que asistió al acto inaugural de las obras de ensanche de la Iglesia Evangélica de Flores.



CONGRESO METODISTA.

Miembros concurrentes al congreso anual de la Iglesia Metodista, que bajo la presidencia del obispo Oldham, se celebró en el templo disidente de la calle Junín.

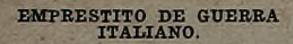
RECEPCION

Durante la recepción hecha en el Plaza Hotel a la colectividad belga el 22 por la tarde por el ministro de Bélgica, señor Melot.



DEMOSTRACION

Banquete con que los amigos del doctor Luis C. Villarroel obsequiáronle, el 24, en el Club del Progreso, con motivo de su próximo enlace.



EMPRESTITO DE GUERRA ITALIANO.

Empleados de secretaría del Nuevo Banco Italiano trabajando por el quinto empréstito de guerra italiano.



NUEVO AVIADOR

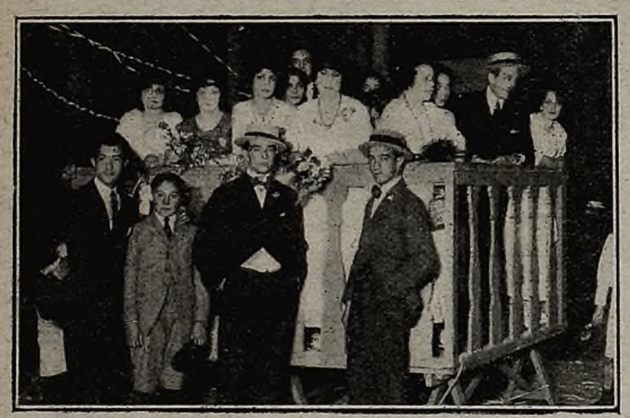
Teniente de navío don Raúl R. Moreno, que acaba de obtener su brevet de aviador en la Escuela de Aviación de la Armada.



UN CASO DE PRECOCIDAD ARTISTICA.

Señorita Berta M. Reyes, recibida de profesora superior de piano cuando aun no cuenta 12 años de edad, obteniendo las más altas clasificaciones y medalla de oro. Actualmente sigue cursos de perfecionamiento.

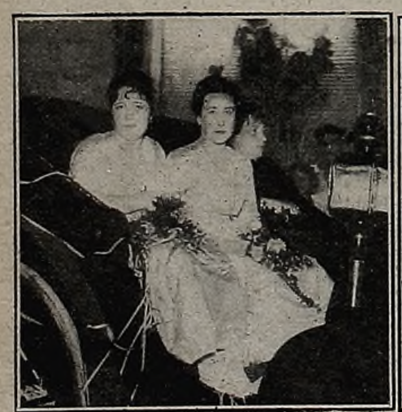
CORSO DE FLORES EN LOMAS DE ZAMORA



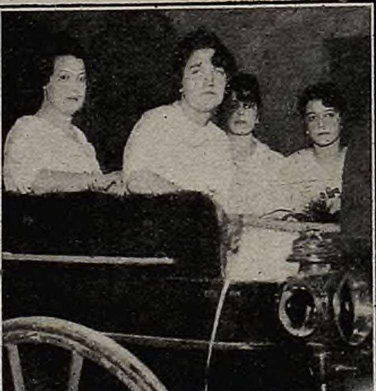
Palco de las señoritas de Gramajo, Acosta, Devoto y Casal.



Palco de las señoritas de Tufró, García Storni y Ezeiza.



Coche ocupado por la familia de Santa María.



Coche de las señoritas de Maciel.



Palco de las señoritas de Calabert, Flores y Serres.

Fot. Naftaly.

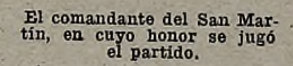


DE MAR DEL PLATA

EL PARTIDO DE POLO JUGADO EN CHAPADMALAL. — FOTOGRAFIAS DE LA PLAYA.



Los jugadores de Polo: Señores Santamarina, Martínez de Hoz, Jack y Luis Nelson, Robirosa y Zuberbhüler.



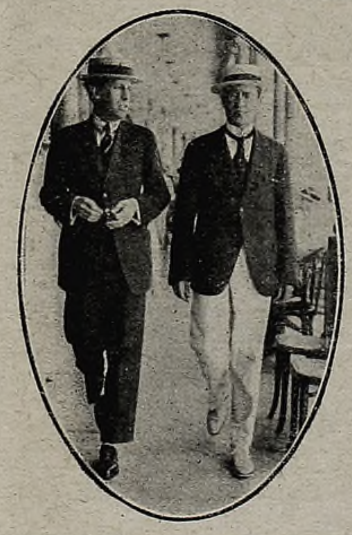
El comandante del San Martín, en cuyo honor se jugó el partido.

Señorita Acevedo y señor Martin Alzaga.



Un grupo de espectadores.

Doctor Indalecio Gómez y sus nietos.



Señor de Larrechea y C. A. Saggese.



Señoritas de Solari Parravicini.

Fots. Bonín y Freitas.

LAS PRIMERAS MÁSCARAS

Hay gentes impacientes que no esperan la llegada del Carnaval y se lanzan bastante antes a los bailes de máscaras, metamorfoseadas.

La señora Gabriela, la piadosa, podría hablar de esto. Desde que se anuncia aquel espectáculo no se da punto de reposo en su piso principal, derecha, conforme se entra en la calle de la Ruda.

— *Tié usté*, por un *casual, señá Gabriela*, eso que usan las moras? — pregúntale, entrando de sopetón, la carnicera de al lado.

— *¿Cuálo, señá Bastiana?* Usan tantas cosas...

— Una túnica y unos bombachos.

— Lo tengo, pero no es *pa usté*.

— Será *pa* quien pague mejor el disfraz...

— ¡Ay, hija! No lo tome en ese sentido, que no es esa la *cuestión*. Es que *talmente* no podría embutirse en lo que hay, porque es *pa* quien sea más estrecha y más larga que usté. ¡Digo! Y además lo tengo comprometido.

— Lo siento, porque quería hacerle a mi esposo una mala pasada. ¡Figúrese que va a ir al baile! Un hombre con cinco hijos...

— ¡Qué atrocidad! ¿Y los lleva a todos? ¿Por qué no los trae y los vestiría de diablillos?

— ¿Qué está diciendo?

— No haga caso; está una trascordada... Bueno, pero ya que no traje de mora, puedo proporcionarle un dominó.

— ¡Ni dominó, ni brisca! No me *miente* tales juegos. Ellos y la bebida, y sobre todo las mujeres, son la perdición de mi Casto. Yo quería ir de mora para que me confundiese con la otra, ¿entiende?

— Pues vístase de jardinera, o de marquesa; es lo mismo — prosigue la señora Gabriela, que sólo está para su negocio: — esos trajes le caerían muy bien.

— ¡Y que Casto me conozca! Un vestido que no se me caiga.

— Ya lo encontraremos. ¡Mamerto!

— ¿Qué quiere? — pregunta el dependiente, un mancebo carrilludo y feo, un ser de esos que no inspiran ni amor ni odio al bello sexo.

— Pase al cuarto a esa señora y enséñele todas las novedades: que elija.

Condúcela el muchacho y siguen entrando clientes.

— Quiero *pa* este — dice una moza, señalando con la cabeza, por no sacar las manos del mantón a un joven con pañitoros y pantalones de odalisca — un terno de paje.

— Está bien.

— ¡Ah! Y *pa* mí otro de *paja*, porque hemos de ir iguales. ¿sabe *usté?* Yo soy la *raspa* del *prencipal* de enfrente. Pero no se lo diga a mi dueña.

— ¿No sabe que la sirve *usté?*

— ¡Ay, qué salida! ¡Je! ¡je! — exclama el joven riéndose. — Pero que tié *muchísima* gracia.

— *¿Usté* también sirve *ayi?* — se atreve a interrogarle la señora Gabriela, por decir algo.

El chulapo se indigna y contesta amoscado, dirigiéndose a su compañera:

— Oye, tú, ¿qué si yo sirvo? Vamos, dila algo. M'ha tomao por otro. ¿Tengo trazas de doméstico?

— Dispénsala — intercede la moza — hay gente *iznorante*. No saber quién eres, un hombre tan popular...

— ¡Ave María! *Pué* que sea el Maura.

— Por lo menos es tan conocido como él. Este es *naa* menos que el *Chaleco*, el mejor músico de Madrí, *respetive* al manubrio. ¿Conque hay lo que pedimos?

— Aquí no; pero *pué* que lo encuentren en el museo de hombres célebres — contesta la señora Gabriela, despidiéndolos con un gesto feroz.

Salen y se llena la casa de mujeres que pretenden indumentarse de charras, de bebés, de reinas, de esclavos, de cantineras, de magas...

Algunas no encuentran lo que desean; otras revuelven trapos y cintas hasta hallar lo que las acomoda y entran con lo escogido al cuarto de pruebas donde Mamerto, armado de aguja y tijeras se esfuerza convenciéndolas de que todo les sienta a la perfección.

De repente en el cuarto mencionado ármase un escándalo horrible. Oyénse frases demasiado gráficas primeramente; después chillidos y azotes.

— ¿Qué pasa, Mamerto? — grita la dueña.

— Nada.... que se han conocido las dos señoras que están ahí adentro y se están poniendo motes feos y se quieren hacer picadillo.

Ni Mamerto ni la señora Gabriela consiguen separarlas. Crecen los gritos; llegan los guardias, aráñanles las contendientes y ellos se encargan de conducir a la comisaría a *Bastiana*, la carnicera y a la *Perifollos*, la que iba a ser pareja de baile de Casto, atravesando algunas calles de la corte, vestida la primera de bailarina napolitana y de soldado napoleónico la segunda, ambas, respectivamente, mostrando como trofeo en sus crispadas manos añadidos y cabellos auténticos de la cabeza de su rival.

— ¡Camará! — perora un golfo contemplándolas — ésas no han querido ni aguardar la hora del baile *pa* lucir el disfraz.

Y le replica otro:

— Es que son muy impacientes algunas.



Dib. de R. Tomey.

J. VÍCTOR TOMEY.

LOS DON JUANES DE VERANO

El estío dilata las ilusiones. Cuanod llega el verano, la juvenil mediocridad ambiente se expande bulliciosa por las playas. Y es de ver a los empleados de poco sueldo haciéndose la galana cuenta de que son personajes. A la modesta deuda de su menguado crédito se le hacen algunas ampliaciones: lo imprescindible para adquirir un traje de gabardina, unos botines claros, tres o cuatro camisas rayadas y el consabido «canotier». Con tales aditamentos elegantes, desaprensión y ninguna idea concreta sobre arte, carrera u oficio, el joven se precipita en paseos y reuniones. Nuestro héroe, que es empleado público o cobra quince pesos por hacer apuntes nimios en los libros de un banco, tiene un anhelo íntimo. Su impudor lo confiesa: «Casarse con una muchacha de posición». Y no se crea que estima el dinero como medio de lucha: tal el soldado su fusil. No aspira ni siquiera a convertirse en un discreto administrador de los bienes de su presunta cónyuge. Aspira a vivir de modo facil, alegre y desenfadado, aunque sea dilapidando la fortuna atrapada.

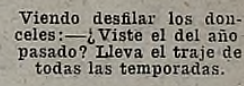


Las tres Gracias... burlonas: —¿Te fijas en el pavote? ¡No se da cuenta que nos reímos de él!

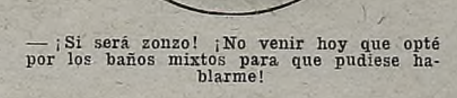
En la rambla de Pocitos. — «El arsenal del amor». Don Juanes de varios calibres. Puro tiro ligero.



Una a quien no le interesa el amor: — ¡Cómo está enredada la política, Dios mío!



Viendo desfilar los donceles:—¿Viste el del año pasado? Lleva el traje de todas las temporadas.



—¡Si será zonzo! ¡No venir hoy que opté por los baños mixtos para que pudiese hablarme!

Y acicálase del modo más prolijo y, mientras permanece en la rambla, todo el tiempo se le va en descubrir cuáles son las familias con más fortuna arribadas de Buenos Aires. Una vez en posesión del dato, busca al pisaverde osado que puede apechugar con la presentación y al que acaso pudiera preguntársele:

—¿Pero quién le ha presentado a usted?

Dicho se está que entre ellos se entienden. Y saben recurrir a la hipérbole cuando se trata de deslumbrar a la apetecida burguesita:

—Voy a presentarle a Juancito del Arroyo, sportsman distinguidísimo y poeta de exquisita espiritualidad.

En todo hay una amable exageración. «Del» es un aditivo momentáneo, lo del «sport» va por el clandestino donde juega,

sea como sea, quiere entrar a saco en la familia:

— Deja a Dorila que se divierta ahora. De todos modos, ¡en cuánto salgamos de Montevideo no lo va a volver a ver! — advierte cauta la mamá de la hurí.

— ¿Y si el mocoso se nos presenta en Buenos Aires luego?

La cónyuge le tranquiliza experta:

— ¡Si no tiene ni para el pasaje!

Llega marzo y diez, veinte, cuarenta idilios concluyen del modo más cruel:

— No vengas al vapor, porque papá es muy capaz de echarte al agua.

Y he aquí ya al burócrata acicalado, y al empleadillo petulante viendo fenecer su ilusión al tiempo en que los turistas abandonan las playas. Hasta que se hundan los meses del invierno y arribe caluroso el estío. Entonces reaparecerá el Don Juan intrépido del traje de gabardina, y los botines claros y las camisas rayadas y el fresco «canotier».

La comedia principia...

ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.



El nebete proyecta: — ¡También, cuando yo pueda tener una novia como aquella gorda!...

cuando tiene varios pesos disponibles, algún boleto; y en cuanto a lo de poeta, resulta «camino abierto» para que la joven le pida un verso y el galán estampe cursi en el abanico, tras de pensarlo mucho, alguna rima de Bécquer:

— Creí que me iba a salir mal, pero me inspiró su presencia.

Es lo más seguro que los amores no lleguen a formalizarse nunca, pues el padre de la burguesita, un caballero que enriqueció por distracción, mira con malos ojos al mozalbete que,



Mientras cae el crepúsculo. — ¡Yo no salgo hasta que no esté obscuro, porque me desteñí toda!



LA BARCA

La barca sobre el lago adormecido
extrañando tu ausencia nos espera:
mírala balancearse en la rivera,
acaso temerosa de tu olvido.

Mi conjuro de amor, como un gemido
que apenas en mi voz se tradujera,
pugna por reclamarte, y ni siquiera
se atreve a reclamar: —¿Por qué te has ido?..

¡Oh, mi remera, no lo sabré nunca!...
La duda, siempre cruel y siempre trunca,
se ensañará sobre mi vida triste,

cuando viendo la pálida comarca
lleve mis desengaños en la barca
sin poder preguntar: — ¿Por qué te fuiste?...

Octavio E. LOBOS

Paseo de los Lagos (Salta).

Pebetes de la semana

Los niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes, a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, C. Pellegrini 340.



Roberto Antonio Bruera

Adelina Zanzotti

Julio Héctor Grotto

Rocha Mariñas Peña

Margarita S. Olga Biancardi

Coco Céspedes

Susanita Bouthemy

Juan B. A. Lambruschini

Bruno Quintana

Oscar B. Lambruschini

SIN CARETA

Mes y medio hacía que Carmen y Luisa andaban atareadísimas preparando sus disfraces de Carnaval, tarea grata porque tiene por causa alimentar esperanzas y acariciar ilusiones.

Habían pensado las muchachas ir el lunes al baile de un teatro del centro, donde era proverbial la galantería culta y de buen tono de los concurrentes. Seguro que llamarían la atención con sus trajes de italianas, copiados fielmente de una cupletista a la moda.

Lo llevaban muy en secreto, aunque parezca raro que las mujeres puedan guardar ninguno. Sólo estaba al tanto de aquellos proyectos y de aquellos trabajos misia Remedios, la madre de Luisa, que iba en auxilio de las muchachas dándoles tal cual consejo sobre la colocación de este encaje o de aquella flor.

Irían a la una de la madrugada, cuando ya estuviera el baile en todo su apogeo y con la confusión y el bullicio fuera más difícil reconocerlas. Además se harían teñir el pelo de rubio (las dos eran morochas).

La finalidad de este proyecto, era la siguiente:

Carmen, que se había peleado hacía tres meses con Juancito Rivas, acariciaba la ilusión de reanudar las relaciones, mediante unas explicaciones algo humillantes para ella, que le sería más fácil dar ocultando su vergüenza con el antifaz.



Luisa también había tenido un novio formal, tan formal que estaban para casarse cuando se lo birlaron con malas artes las locas de González, atrapándolo para la más chica de ellas. Y ella quería ir al baile para agarrar por su cuenta a las ladronas (así las llamaba) y ponerlas de vuelta y media, diciéndole de paso a Enrique lo que era su nueva novia, lo que había hecho con los infinitos novios que antes tuvo. Quería ir para desahogar todo el estrilo contenido en su pecho contra aquellas niñas, que andaban bastante mal paradas en las lenguas de la parroquia, y que arteramente le habían robado su amor.

Todas las tardes acudía Carmen a casa de su amiga, donde confeccionaban los disfraces. Las exnovias, despechadas, comentaban sabrosamente y por anticipado los incidentes que en la noche del lunes habían de ocurrir en el baile. — Te aseguro — decía Luisa — que si esas locas de González conservan un resto de vergüenza, no esperan el final del baile con las cosas que van a oir de mis labios. Aunque Enrique no vuelva conmigo, sólo por lo que lo quiero, por lo que lo he querido, no puedo consentir que se case con una mujer que lo ha de poner en ridículo. ¡No faltaba más!

Carmen, por su parte, hablaba menos. Cosía, meditabunda, y a veces una sonrisa plácida delataba la interior satisfacción que sentía, pensando en que unas cuantas palabras dichas entre las muchas bromas del carnaval, desharían aquel error que mantenía a Juancito lejos de ella.

Y pasaban los días y el carnaval se acercaba. En las puertas y en las vidrieras de los negocios, se veían esas caretas de cartón, grotescas o inexpresivas, de payasos, de personajes, de hombres bigotudos, de caras tan indefinidas que no se sabía si eran de hombre o de mujer. Luego los antifaces de percalina o de raso, rojos, azules, verdes, negros; amen de los confettis, paquetes de serpentinas, aparatos perfumadores y pomos de esencias, como los que encierran colores para pintar.

La gente también anunciaba la llegada de Momo.

Las mucamas, al anochecer, eran más ruidosas en sus bromas y más fáciles a las bromas ajenas: casi todas llevaban ya salpicaduras de papelitos multicolores en el no muy bien peinado cabello. Los chicos desfiguraban la voz, agudizándola chillonamente como las máscaras y repetían el eterno *¿Me conoces?*

El sábado, Carmen, que había estado ligeramente enferma, y ausente por lo tanto de la casa de su amiga unos días, recibió la visita de Luisa.

— Nena, comprendo que estarás enojada conmigo por no haber venido a verte, pero... ¡tantas ocupaciones, la pereza que tengo siempre para salir y el saber que la cosa no era de cuidado!...

— Disculpada, hijita. Lo esencial es que ya estoy bien del todo y que pasado mañana podremos ir al baile.

— Es el caso, Carmencita, que también venía a eso: yo no voy.

— ¿Cómo dices?

— Que no voy al baile. Lo siento mucho, créemelo, pero se han puesto así las cosas y no voy. Vas a ver... Te explicaré y vos te darás cuenta. Antes de que vos te enfermaras, Aurelio, aquel mozo ingeniero, empezó a afilarme. Yo no le hacía caso, te juro que no le hacía caso: ya sabes qué me era profundamente antipático, pero el otro día recibí una carta tuya, conversamos por la noche y le dije que «sí». Yo no quería, pero mamá se enteró y dice que es un gran candidato... buen muchacho, formal, con una carrera de porvenir... y que no andan los tiempos como para desperdiciar ocasiones como ésta...

— Pero — replicó Carmen asombrada — si vos siempre te has reído de él, y le has llamado zonzo, otario... y ahora vas a dejarte que Enrique caiga en manos de las locas de González...



— Ya ves, nena, es cosa de empezar a hacer la máscara sin ponerse la careta. Así como así, estamos en vísperas de carnaval.

— Tenés razón. Eres máscara sin careta. ¡Hay tantas así en este mundo!

Se separaron las amigas con menos cordialidad que de costumbre. Carmen no podía convencerse del inopinado cambio de Luisa, y a ésta no le cabía en la cabeza el asombro de aquélla. ¿Qué tenía de particular la cosa?

Llegó el lunes. Carmen fué al baile decidida a reconquistar a Juancito Rivas. Bailó con él y fué inmediatamente reconocida, a pesar del disfraz y de la careta, quedando reanudado el amoroso idilio.

Luisa, en cambio, conversó con el ingeniero, sin disfraz ni careta, y no la conoció.

Roberto Bueno.

Dib. de S. A. Smith.

EL CARNAVAL DEL OTRO MUNDO

Entre las molestias que causa la *grippe*, ninguna es mayor que la de desvelar al enfermo. Ni aun la morfina — lo digo por experiencia — logra derramar en las venas del atacado por el mal reinante un poco siquiera de sueño, único bálsamo conocido para nuestras penas y dolores. El pícaro *trancazo*, después de derribarme en la cama y de tenerme como amarrado en ella, me martirizaba horriblemente. Un amigo vino a visitarme, y al hablarle yo de mi tenaz insomnio, me dijo:

— Hoy va usted a dormir lo mismo que cualquiera de los siete durmientes.

— ¡Cómo! — exclamé yo. — ¿Sabe usted de algún medicamento?

— ¡Este! — me contestó, entregándome un libro de versos.

Marchóse mi amigo, y yo me abalancé al tomo de poesías, como un náufrago de la *Medusa* a un vaso de agua fresca.

Aquello fué maravilloso. Ya desde los primeros versos del *atrio, liminar* o *vestíbulo* — que tales nombres dan nuestros flamantes modernistas a lo que los antiguos llamaban prólogo y Quevedo *delantal*, — empecé a bostezar de un modo desaforado. El primer soneto me hizo dar lo menos catorce cabezadas, y antes de concluir de leer cierta oda quintanesca *A la invención del suero antirrábico*, ya la medicina de mi amigo había producido su efecto. Quiero decir que ya roncaba yo como un bienaventurado.



— ¿Dónde estoy? — me pregunté, dirigiendo en torno mío miradas de asombro.

Y había, en efecto, motivos sobrados para que me maravillase. El lugar en que me encontraba era una especie de templo gótico, de tan colosales proporciones, que la vista no alcanzaba a vislumbrar los límites de las inacabables arcadas. Innumerables naves sostenidas por altísimas columnas se cruzaban formando intrincados laberintos, mil veces más confusos que el laberinto *árabe*. Lámparas de temblorosos resplandores lanzaban de trecho en trecho su triste y pálido fulgor. Cuando se me acostumbraron los ojos a aquellas «tinieblas alumbradas», eché de ver que las losas que formaban el pavimento eran lápidas de sepulturas; que cada pilar, según las inscripciones grabadas en ellas, era un depósito de cadáveres, y advertí también que en las bóvedas había símbolos y figuras fúnebres, señal de que detrás de ellas yacían amontonados millones de difuntos.

— Esto debe de ser — pensé yo — el palacio de la muerte.

En las inscripciones mortuorias podía seguirse paso a paso la historia de la escritura: caracteres cuneiformes, jeroglíficos, signos sáncritos y hebraicos, letras griegas, latinas y góticas...

— ¿Duermo o sueño? — me preguntaba, cuando lo que vi paralizó mi pensamiento.

De aquí y de allá legiones de muertos, saliendo unos de los fustes de las columnas, descolgándose otros de las bóvedas, brotando éstos del suelo, cuyas losas se iban levantando como tapas de otras tantas cajas, y acudiendo aquéllos como en oleadas procedentes de todos los puntos del horizonte, llenaron, o mejor dicho, rellenaron un abrir y cerrar de ojos el inmenso edificio.

¡Válgame Dios! ¡Qué diversidad de trajes; qué de caprichosos atavíos! Y todos, el rey y el mendigo, la hermosa dama y la desarrapada *golfa*, el caudillo y el recluta, el obispo y el sacristán, todos llevaban caretas tan idénticas, tan igualmente pálidas, como si todas se hubieran vaciado en el mismo molde.

— Las hago yo — me dijo una viejecilla desdentada que se puso a mi lado, sin duda con el propósito de servirme de Ariadna en aquel confuso laberinto.

— ¡Tú!

— Sí, yo. Soy la Muerte. Cuando pongo la mano en un semblante... ya lo estás viendo, la misma palidez, los mismos ojos sin brillo, la misma demacración.

— De modo que...

— Esa es la última careta que el hombre se pone... Muchos de ellos todavía tratan de disfrazarse para asistir a este Carnaval mío... Pero de poco les sirve. ¿Ves? Aquel señorón que viene lleno de galones, aquel magistrado que tan elegante se pavonea con su birrete y su toga, aquel diplomático que tan orgulloso se muestra con sus cruces y sus bandas, aquella dama que se envuelve en rasos y terciopelos, aquel rey que ciñe corona, aquel guerrero que blande la espada, aquella joven que agita una palma, todos pretenden conservar los disfraces con que mutuamente se engañaron en la vida. Como si no supiera yo lo que significan todas esas exterioridades... como si no estuviera en el secreto.

Y la viejecilla se reía con una risa que me helaba la sangre.

Yo no apartaba los ojos de los fatídicos enmascarados: unos llevaban del brazo a sus amadas, y por cierto, que me daba envidia ver aquellas parejas fieles a su amor, aun después de la muerte; otros se paseaban solos en medio de la multitud, manifestando hacia los muertos el mismo desprecio que en el mundo mostraron a los vivos. Grupos de chicuelos que acababan de entrar, como espantados, en el palacio de la Muerte; viejos que parecían satisfechos de haber sacudido la carga de la vida; doncellas llorosas que sentían la nostalgia de su interrumpida primavera juvenil; mozos vigorosos arrancados a la vida en lo más lozano de su juventud.... Muchas de aquellas máscaras, al pasar por mi lado, me miraban indiferentes y se alejaban silenciosas; otras, deteniéndose, me dirigían la consabida pregunta carnavalesca:

— ¿Me conoces?

— ¡Oh, ya lo creo que las conocía!

Eran seres para mí inolvidables: amigos de mi infancia o de mi juventud, mujeres a quienes amé, compañeros de trabajo, artistas que me hicieron sentir estremecimientos de lo bello...

Una comparsa de niños pasó cerca de mí: los había vestidos con trajes lujosos, ceñidas las sienes con mustias coronas, los había también ataviados con pobres galas, último halago de madres cariñosas... Los había, por último, desnudos, que no conservaban del mundo en el que entraron por sorpresa ni aun la señal de un beso en sus demacradas mejillas.

— ¿Quiénes son éstos? — pregunté a mi Adriadne.

— Son expósitos... No tengo necesidad de ir a buscarlos: a millares me los mandan de los establecimientos benéficos.

— ¿Y esos arrogantes mozos, que en correcta formación con banderas desplegadas hienden con marcial y orgulloso continente la multitud, quiénes son?

— Soldados. Ahora vienen aquí por regimientos. Míralos. ¿Ves qué gallardos, qué miembros tan fornidos?... Parecían conformados para una larga y sana vida. Pues ahí los tienes: con casacas rojas no se conoce al pronto la sangre, pero fíjate... Todos tienen el pecho desgarrado... ¡Cuánta melancolía en sus ojos vidriosos! ¿Verdad? Al caer heridos mortalmente, pensaron sin duda en el valle natal, en los hermosos lagos de su país, en la doncella de ojos azules. Te digo — siguió la vejezuela — que es cosa de desternillarse de risa ver cómo todo ese rebaño de imbéciles va al matadero.

— ¿Y la gloria? — le pregunté yo.

— ¡La gloria!... Mira...

Y a una señal de la vieja, la multitud que llenaba el inmenso templo se deshizo, se desvaneció al tiempo que se desvanecía también mi fatigoso sueño.

Zeda.



¡BLACK, MI BUEN BLACK!...

¡Ola, mi querido Black! ¿Esperándome? ¡Qué bueno eres! Hoy vengo de buen humor, Black. Vamos a charlar.

Sí, sí. Te comprendo. Dices que me quieres. Ya lo sé. Y sé que tu cariño es sincero, Black. Tú no puedes hablar, pero expresas bien tus sentimientos con esa mirada tan dulce, ese gesto tan humilde, tan suave...

¿Si yo te quiero? ¡Ah, sí! Te quiero muchísimo, Black.

Aquí, para entre nosotros, te diré que te quiero más que a mi Celia y a mi amigo Juan, porque en ti no he descubierto jamás un gesto airado de protesta o mal humor. Exceso de egoísmo mío, Black, porque yo no soy un animal como tú. Na. Tú no tienes derecho a ser egoísta. Eres un perro.

Me amas porque sí. Yo te amo por eso. Si mañana te sublevaras, te mataría a palos. Para eso soy un hombre.

Pero dime, Black: ¿Por qué abandonas a tu amada Lulú cuando yo te llamo? ¡Caramba! Es cierto. Eres un animal.

Deseo ser generoso. Ve a gozar de las dulzuras del amor de Lulú, ve, mi buen Black. Tú no tienes que gastar formulismos. Los papás de ella no te exigirán que representes la ridícula comedia del noviazgo. La amas, te ama y basta. ¡Qué estúpidos son Lulú y tú, Black! ¿Por qué no se civilizan y humanizan? Eso que hacen ustedes está mal. ¿Que es ley natural? ¡Pero si la Naturaleza es una gran embustera! La Naturaleza está equivocada. ¿Que no? Pregúntaselo a la sociedad. Lo que ha hecho ella es lo verdadero, lo justo, lo exacto, lo sublime. Obedecer ciegamente al sentimiento, es un solemne disparate, una bestialidad. Para ser más felices, hay que disimular, fingir...

Y tú dices que no, Black. Pero ¿qué entiendes tú de todo esto, animal?

Si fueras un razonador, un hombre, ¡cuánto mejorarías tu condición! Esconderías tus sentimientos, que manifiestas con tanta ingenuidad; en vez de ser leal serías receloso y desconfiado. ¡Ah! ¡Tú no sabes cuán dichosos son los hombres así!

Para ellos, sábelo, ser leal es lo mismo que ser idiota. La franqueza candorosa de que haces alarde, Black, es una tontería. Seguir el impulso del sentimiento es obrar a lo bruto. Hay que guardar las formas, querido Black.

Pero tú no eres tan sutil como para comprender esto.

Oye Black: Si tú fueras hombre, entenderías de filosofía, de política, de psicología y ¡qué sé yo cuántas cosas más! ¡Qué feliz serías entonces, querido Black!

Además, si fueras hombre, cuando vengo de mal humor no te echarías a mis pies mirándome con ojos tristes y compasivos. No vendrías a lamerme las manos. Me morderías, me insultarías... ¡Dirías que soy un perro!...

Y, ¡qué cosa curiosa, mi buen Black! Yo quisiera cambiar mi condición por la tuya...

C. A. LOPEZ BLOMBERG.

De Nuestro Mundo Social

Señorita Elmira Díaz

Srta. Herminia Dallavía



Señora de Llanzó





Fots. F. Bixio y Cía



Anochecer en el campo

Iba el llano a dormirse... Del estero
el vuelo alzó la astuta becasina,
y un vaporoso manto de neblina
sobre los campos se extendió ligero.

El trebolar rizó suave pampero,
al caer de la lluvia lenta y fina;
y se insinuó la noche campesina,
perfumada de menta y de romero...

En los distantes ranchos los fogones
se encendieron; los canes cimarrones
lloraron su dolor y hambre de paria...

Revolaron los torvos lechuzones;
y la obscura campiña solitaria
poblóse de fantásticas visiones...

La hierra

Le tocó ser primero a un colorado,
de aspecto grave y cornamenta aguda,
el cual cayó bajo la mano ruda
de un mozo que pialaba "de volcado."

A dos lazos, después, asegurado,
quedó entre aquella turba corajuda,
y allí le fué, sobre la piel velluda,
candente hierro, en forma de A, estampado.

Al punto, entonces, como fiera herida,
levantóse la res, embravecida:
otro lazo silbó; rodó un ternero:

y más allá, bajo los seculares,
gigantescos ombúes, de un cordero
chirriaban los sabrosos costillares.

Julio Díaz Usandivaras.

Tormenta

Tarde clara, de cálido verano:
era ya prolongada la sequía;
el ancho campo, rojo se advertía;
y no cantaba un ave en todo el llano...

De pronto, dibujóse en el lejano
horizonte, que fiero obscurecía,
plomiza nube, al tiempo que se oía
el retumbo del trueno soberano.

Sopló luego el pampero; en furia loca
entre la densa polvareda echaron
a correr, relinchando, los baguales.

La lluvia refrescó los pastizales,
y de la tierra dura como roca
vahos de rico olor se levantaron.



La partida del regimiento.

EL CASO DE TERESA



VERÁ usted es interesante —me dijo el doctor Jiménez.

—La familia Galíndez me había llamado para un caso urgente. Acudí en seguida y me encontré con que la hija menor, Teresa, que tendría unos diez y siete años, acababa de sufrir un ataque, según decía la madre, y estaba sin conocimiento. Así había sido encontrada poco antes de mediodía en una butaca del hall de la casa.

Analicé a la enferma detenidamente y me quedé perplejo: se trataba de una enfermedad desconocida y me hallaba sin poder diagnosticar. Hice llamar a otros médicos, declarando francamente mi incompetencia, pero todos coincidieron conmigo: ninguno sabía de qué enfermedad se trataba.

Volví por la noche: en la salud de la enferma no se había producido ninguna novedad. Parecía dormir profundamente. Sólo advertí que su semblante estaba más demacrado. Procedí a un nuevo examen y como obtuviera el mismo resultado negativo del anterior, aconsejé al señor Galíndez que hiciera la denuncia a la policía por las dudas. Pero la señora, que estaba angustiada y que temía el escándalo con perjuicio del buen concepto de su hija, me rogó que aplazásemos ese trámite hasta el día siguiente.

Toda la gente de la casa fué sometida a un prolijo interrogatorio, pero nadie sabía nada, nadie había percibido absolutamente nada.

Al retirarme, el portero me preguntó que como seguía la niña; le contesté que lo mismo que por la mañana y salí. Aquella pregunta me pareció natural, pero por el camino empecé a recordar algunos detalles de ese pequeño diálogo. La voz del portero temblaba imperceptiblemente y había palidecido, bajando rápidamente los ojos, cuando lo miré para contestarle. Pensé que todo aquello fuera cortedad de genio y alejé la sospecha que se me ocurría de que aquel hombre pudiera saber algo de lo que le pasaba a Teresa. Ya en mi casa, empecé a revolver mi biblioteca, buscando nuevas luces en mis libros, cuando acudió otra vez a mi memoria el recuerdo del portero. La sospecha empezaba a obsesionarme. A eso de las doce no pude contenerme más y volví a casa de Galíndez, vi a la muchacha, que no reaccionaba y por último pedí que llamaran al portero, dejándome solo con él.

La señora hizo un gesto de asombro. ¿José? — preguntó extrañada. Es hombre de confianza. Estará durmiendo ya.

— Entonces lo despertaré yo mismo — dije, y sin dar explicaciones me hice indicar el camino de su alcoba. Me acerqué en puntas de pies, di un golpecito muy suave en el vidrio de la puerta y noté que el hombre se incorporó violentamente en el acto. Deduje de ahí que no dormía y esto despertó grandemente mi curiosidad.

— Abra usted, José — le dije.

Él hombre permaneció indeciso breves instantes, pero abrió.

—¡Cómo! ¿duerme usted vestido?

—Sí, doctor, por si me necesitan adentro.

La respuesta era satisfactoria. Lo miré fijamente y volvió a bajar la vista.

— Pero usted está turbado: ¿porqué?

— No, señor, soy siempre así.

—Está nervioso.

— Es que me ha sorprendido que usted viniera a despertarme; no me explico... francamente!

— No interprete mal mi visita — le dije. — Quiero conversar con usted. Haga memoria, trate de recordar bien y tal vez pueda ayudarme a salvar a la enferma, cuya vida corre serio peligro.

Las mejillas de José se encendieron súbitamente.

Aproveché ese momento para exigirle que me mirara fijamente. Obedeció, pero sus ojos bailaban y se iban de un lado a otro, como rehuyendo los míos.

— ¡ Fijo! — exclamé.

En aquellos ojos vi un reflejo extraño; pero fué un relámpago, porque al instante volvió a desviarlos.

— ¡ Fijo! — volví a exclamar levantando la voz.

Entonces se me rebeló.

— Señor — me dijo con acento firme que contrastaba con su entonación temblona de antes.— Usted no tiene derecho a sospechar de mí, y por otra parte será inútil que trate de molestarme más. Yo no tengo nada que ver con esas sospechas que adivino en su actitud y vuelvo a repetirle que no sé nada, que no he visto nada, que no he oído nada; no pierda el tiempo buscando en mí el remedio para la enferma y aprovéchelo en practicar su ciencia antes de que sea tarde.

— ¡ Bravo! — repuse. Es que mi ciencia no basta. Pero no importa; me ayudará la policía, y usted será el primero en entenderse con ella.

Contaba con el efecto de estas palabras, pero entonces fuí yo el que tuve que desviar la mirada. Los ojos de aquel hombre se clavaron en los míos con un centelleo tan poderoso, tan terrible, tan dominador, que me corrió un escalofrío. Casi me sentí dominado por un poder extraño y absoluto. Me costó gran trabajo evadir la mirada de aquellas pupilas que trataban de penetrar en las mías profundamente.

— Estoy obedeciendo — me dijo con tranquilidad — pero ahora es usted el que no quiere mirarme.

Yo lo había comprendido todo; ya sabía cuál era el mal de Teresa, y José se dió cuenta de esto; por el gesto de *eureka!* que hice instintivamente.

— Bien — exclamó — estoy en sus manos, hasta cierto punto, porque nadie podrá probarme la verdad cuando usted me acuse; por consiguiente, usted convendrá conmigo en que la policía no es el remedio más indicado.

— Sí — respondí, — el remedio está en su mano únicamente.

— En mi voluntad, si llegamos a entendernos.

—Diga sus condiciones.

—Secreto absoluto, garantías completas para mi libertad, ni denuncia, ni explicaciones a la familia... ¿entiende?

—Lo prometo.

—¿Bajo palabra de honor?

—¡Bajo palabra de honor!

—Que la habitación de la niña quede sola, y nadie sepa que yo he entrado en ella.

—Eso es difícil...

—No puede ser de otra manera.

Fuí. Me costó trabajo convencer a la familia de que debía ser así; me llenaban de preguntas, querían saber a qué obedecía ese misterio, y hasta me pareció que la madre desconfiaba de mis pocos años.

—Prometo que dentro de diez minutos Teresa estará sana, argumenté por fin, y ante esta poderosa esperanza todos accedieron. Yo mismo los acompañé hasta una pieza de labores, que quedaba en el primer piso de la casa, y cuando regresé a la alcoba de la enferma, ésta había abierto ya los ojos y estaba como anonadada. Aun no había recobrado el conocimiento, como si acabara de despertar de un profundo letargo. Corrí a la pieza de José, pero éste había desaparecido. Lo llamé, lo busqué por todos lados, pero no estaba. Llamé entonces a la familia. Todos se abalanzaron sobre Teresa, con lágrimas de alegría. La niña empezaba a recobrar sus sentidos y vi con satisfacción que el peligro había pasado.

Vinieron después las palabras de gratitud, las protestas de reconocimiento.

—¡Doctor!, doctor!; ¡a usted se lo debemos!; no lo olvidaremos nunca!

Entonces lo llevé aparte al dueño de casa.

—Señor Galíndez—le dije.—Yo no soy quién ha curado a Teresa. ¿Me comprende? Pero ante todos, absolutamente ante todos, yo seré su salvador. Le digo esto porque me obliga un deber de conciencia, pero no me pregunte más, porque nada más puedo decirle. Y sobre todo, le ruego un silencio completo. Usted mismo sacará muy pronto deducciones, que acaso le indiquen la razón por la cual yo debía estar solo para efectuar esta cura milagrosa. Ellas tal vez lo impulsen a acudir a la justicia. No lo haga, porque nada sacaría con ello.



Cuando salí, mi coche no estaba en la puerta. Al día siguiente el cochero me explicó que el portero se había hecho conducir urgentemente a una farmacia y por el camino tomó un automóvil, pretextando de que así andaría más rápido, diciéndole de mi parte que podía retirarse a descansar porque yo pasaría la noche en la casa de Galíndez.

Como el hombre se extrañara de que yo me hubiera olvidado de esa orden, le dije que con mis preocupaciones no me había acordado, pero que así era efectivamente, y lo despaché.

Poco más tarde una carta anónima acabó de descubrirme este caso extraño.

«Me voy—decía.—Si me quedara, reincidiría. Y para que no me juzgue mal, sepa que he obrado bajo el influjo de un amor más poderoso que mi corazón y que mis fuerzas.

«Ella leía plácidamente: la luz brillaba en sus cabellos de oro con rayos fascinadores, que le formaban una eureola sutil; sus dedos pequeños y rosados jugaban graciosamente con el diario que sostenían; estaba sola... No pude resistir más: llevaba dos años resistiendo! Me acometió un ansia desesperada de ser dueño de aquella criatura que siempre me hubiera despreciado, y en un arranque ciego penetré súbitamente; ella levantó los ojos y yo, clavándole los míos, le ordené que durmiera. Se durmió en seguida y más de lo que yo hubiera deseado. En ese momento oí pasos que se acercaban y huí. Después no tuve ocasión de acercarme a ella hasta que usted me la ofreció. Lo felicito por su perspicacia y espero que sabrá mantener su palabra empeñada».

Tal es el caso de Teresa—concluyó el doctor Jiménez. Ahora ya puedo faltar a esa palabra: ¡hace tanto tiempo de esto!

JULIO MC. DONELL.

Dib. de Pibernat.



Querido hermano nuestro...

Querido hermano nuestro de la vieja alquería,
sed valiente cruzado de la casta poesía;
y que besen tu mente los miríficos austros
de los vagos ensueños al vagar en tus plaustros.
En los regios escudos que ornarán tus blasones,
que se estampen los lises de tus mil ilusiones;
y nos cantas los viajes a través del Averno
por la Estigia eternal en tu verso tan tierno;
y, al vagar por los bosques con tu potro alazán,
cántanos de los faunos, del caprípede Pan;
y, al bogar en la linfa del tranquilo Aqueronte,
cántanos las canciones de la musa bifronte;
cántanos de la vida sus canciones también,
Hipo puro de Apolo. ¡Nuestro hermano. Amén!

OSCAR ALBERTO IBAR.



* LOS RESENTIDOS

Son resentidos, según Nietzche, los hombres que teniendo en su persona una falla sensible, tratan de engañarse a sí mismos, haciéndose la ilusión —¡o forjando el preconcepto! —de que nada significan las condiciones eximias que les faltan.

De *resentidos*, convénganlo conmigo ustedes, está el mundo lleno.

Vean, si no, a ese panegirista de la ociosidad que dice:

—No veo que haya motivo para elogiar a Suárez. Ciertamente que es trabajador. Pero eso no alcanza a ser una virtud, en tanto que resulta indicio de inferioridad. La hormiga es trabajadora. Y el buey uncido, el asno y el camello.

Y se queda tan ufano en el diván, pensando nos persuadió de que su indolencia lo pone por encima de cuantos mortales sudan y se desviven en la lucha cotidiana.

Existen también filósofos de la cobardía que sentencian a cada rato:

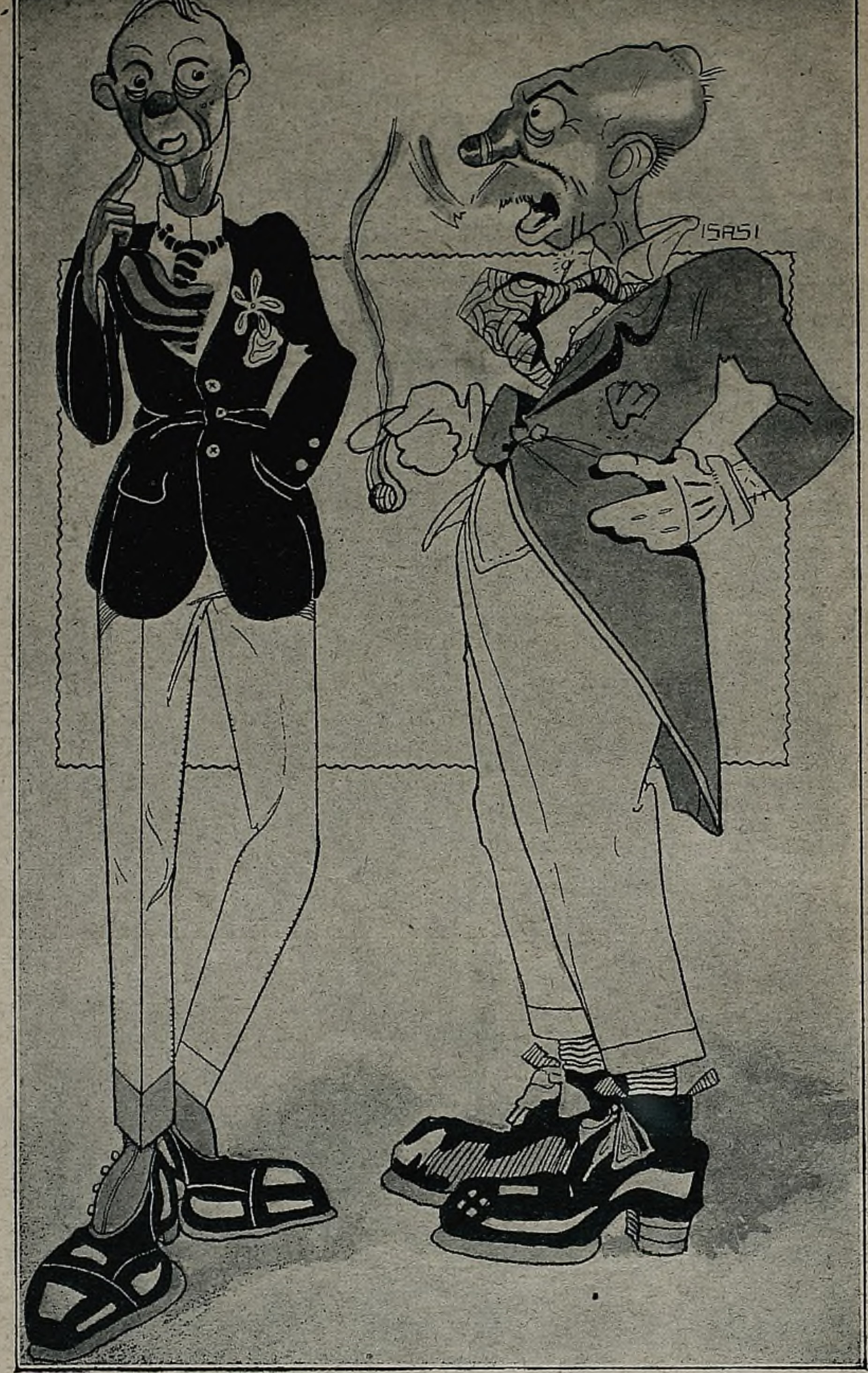
—El valor es un resabio de barbarie. El que asesina tiene valor. El ladrón que asalta un domicilio exponiéndose a que le descerrajen un tiro, es ya un valiente. Valor no es ni siquiera estoicismo, condición positiva por excelencia. El hombre enérgico de verdad soporta impávido media docena de golpes y exclama con Temístocles: «¡Pégame, pero escucha!»

Y ¿qué decir ante el aforismo: «El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso», que a nadie convence y por los siglos de los siglos se repite?

Esta reflexión peregrina debió hacerla, viéndose compadecida, la mujer de Picio, uno de los mortales más horribles de que la Historia conserva noticia.

Sucede que todo el mundo es afecto a vivir de apariencias.

No nos importa tanto el ser felices como el que crean los demás que lo somos. El tieso hidalgo de la novela clásica que se echaba migajas de pan sobre las barbas para que las gentes no adivinasen sus prolongados ayunos forzosos, en lo psíquico halla hoy trasuntos mil.



Todo el mundo tiene algo de *resentido* a nuestro modo de ver, aunque convenga hacer distingos entre el *resentimiento* lógico y el arbitrario.

Es humano—y lógico por ende—que quien no está en vías de haber fortuna se sugestione o haga por sugestionarse, a fin de no sentir el aguijón de la envidia cuando le impongan de la inmensa riqueza de un pariente o el vecino de la otra cuadra:

—¡Bah, la dicha no es dinero!

Por el contrario, es malvado que un *literatoide* desprecie a Rodó, que ha escrito obras taumatúrgicas; o que dos mujeres perdidas denigren a una muchacha honesta, creyendo que así malbaratan lo que para ellas resulta inasequible: la virtud.

Hemos podido constatar que todos los fracasados suelen ser grandes negadores.

Les pasa lo que a los ciegos de aquel país que gobernaba un tuerto. De buena gana habríanle sacado el ojo sano, con lo que quizá no hubiese podido seguir siendo rey. Y todos hubieran quedado iguales, que era lo que se buscaba.

El *resentido*, más que repulsión, debe inspirarnos lástima.

Piénsese en que se trata de un ser incompleto, tan incompleto como si le faltara un brazo o una pierna. No habría, en rigor, por qué indignarse ante un imbécil que niega talento, o un haragán que se mofa de la actividad, o un corrompido que despotrica contra los espíritus austeros.

Máxime que es posible respondan a una profunda convicción íntima tales negaciones, porque, como dijo Ortega Gasset en su mejor conferencia de Montevideo, al canalla los actos del hombre íntegro se le antojan una farsa: «Hay sordos ante la nobleza, como hay sordos ante el estampido del cañón».

¡Y harto tienen con su desgracia!

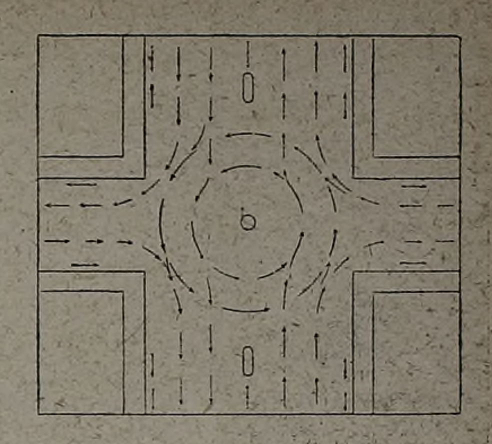
VICENTE A. SALAVERRI.

EL TRÁFICO EN LAS GRANDES CIUDADES

En todas las grandes ciudades como la nuestra, y sobre todo en determinadas horas del día, el tráfico en las calles es tan grande, que el tránsito se hace difícil, las comunicaciones se retrasan, el amontonamiento de vehículos retrasa la vida comercial, molesta y desorganiza la circulación; por eso cuando los habitantes de ciertas poblaciones se cuentan por millones, como sucede en Londres, Nueva York, París, Berlín, el problema requiere estudios para su solución, y una reglamentación sin la cual el tránsito se haría poco menos que imposible, y desde luego peligroso.

Así lo han entendido las autoridades municipales de esas grandes urbes y han encargado a personas expertas el estudio de las causas que entorpecen el rápido tráfico y los modos de evitarlo.

Los expertos de Londres ven como causas de parálisis en el tráfico de la capital inglesa, el que sus calles no son anchas, ni están trazadas como las de las ciudades modernas, que en muchas vías los quioscos, los derribos, las obras de pavimentación, de trabajos de subsuelo, entorpecen y reducen a la mitad el camino de los vehículos cuando no lo interceptan del todo. Aumentan las obstrucciones las paradas de los coches de punto, los carros parados por la carga y descarga, los tranvías, sus cruces y cambios, los mercados y puestos callejeros, el no guardar la línea los diferentes vehículos, el cruce de las calles y los accidentes, las caídas de caballos, etc., etc.



Sistema rotatorio con los vehículos lentos en los bordes.

Estas causas de congestión que a Londres se refieren, son las causas de la congestión de todos los grandes centros, pues si bien es verdad que Nueva York es una ciudad moderna, con anchas y rectas vías, hay calles viejas y, como tales estrechas y tortuosas, donde la velocidad de los vehículos no puede ser grande. Por eso todas las grandes ciudades tratan de ensanchar las vías angostas, único remedio a este mal. Los refugios, al pie de los faroles y los andenes o bulevares centrales, son otros tantos obstáculos para la buena circulación; pero los primeros no pueden suprimirse, pues son la salvación del peatón. Los carros, carretones y vagones pesados, al no seguir una línea marcada, entorpecen el tráfico de los más veloces; serio y peligroso obstáculo, pues hacen que los más rápidos se salgan de la línea para adelantarlos.

Colombus Circle, en Nueva York. El problema de la circulación de carruajes se ha resuelto allí por el sistema rotatorio.

Las compañías de gas, las de electricidad, las de tranvías, conducción de aguas, telégrafos y teléfonos, tienen el derecho de cortar el tráfico, o, por lo menos, de dificultarlo con sus constantes obras, y los expertos de Londres han pedido se dicten disposiciones para evitar tan frecuentes obstrucciones. En cuanto a las paradas de coches de plaza, exigen que se quiten de las grandes vías de circulación y se pongan en las calles cercanas de menos tránsito y prohibir que anden de un lado para otro con el *alquila* levantado. Se hace igualmente necesario reglamentar la carga y descarga de mercancías en las grandes arterias, prohibiendo que estas operaciones se hagan a ciertas horas del día, y señalar a los vehículos lentos calles y vías especiales para su tráfico.

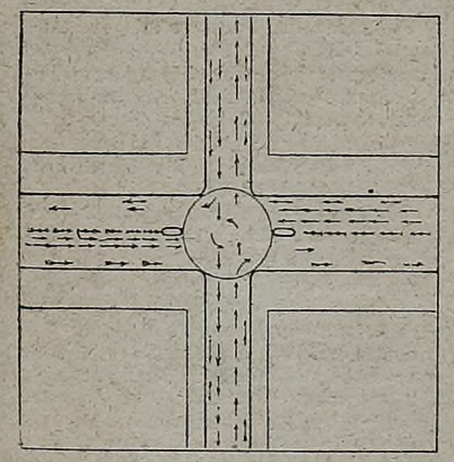
También tienen regularizado el servicio de tranvías y sus paradas.

Más de la mitad de los accidentes que ocurren en la calle se deben al cruce de los peatones y atropellos de los vehículos de los ciclistas, a la poca pericia de cocheros y chauffeurs y al subir y bajar de los tranvías en marcha.

El 57 por 100 de los accidentes automovilistas obedecen a la incapacidad de [illegible] s que se les da el diploma sin tener la debida experiencia y maestría, por lo que la oficina encargada de reglamentar el tráfico debe proceder con severidad en la otorgación de certificados de aptitud.

En varias capitales europeas se procura que se quiten de las pequeñas vías los andenes centrales, y que se aumenten los refugios.

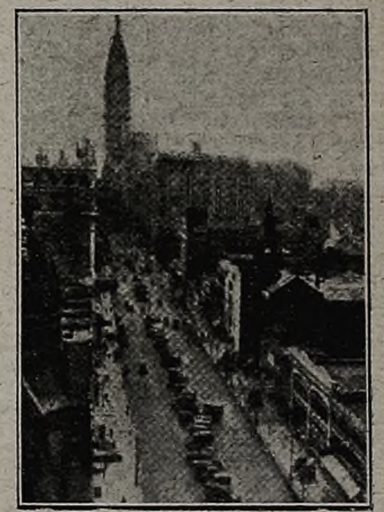
Hace algún tiempo un neoyorkino, Mr. Eno, hizo un estudio para el tráfico de vehículos de Nueva York en el llamado Columbus Circo, donde todos los días ocurrían accidentes, y se le ocurrió el llamado «sistema rotatorio» para que todos los vehículos vayan siempre en la misma dirección, siempre a la derecha, en la forma que indica nuestro grabado.



Sistema de circulación en bloque; eficaz, pero todavía deficiente.

Un coche o vehículo cualquiera, que venga de la bocacalle de la derecha para bajar por el sur, tendrá forzosamente que dar casi una vuelta completa al circo y tomar la derecha. A primera vista parece que se da una vuelta innecesaria, pero está probado que ésta es la única manera de que el tráfico no se interrumpa, se haga con mayor rapidez y se eviten multitud de accidentes.

La comisión encargada de regularizar el tráfico en Londres, a pesar de haber presentado el informe, sigue aún haciendo sus estudios para mejorarlo, y no es raro ver en la capital de Inglaterra unos señores armados de lápiz, papel y cámara fotográfica que desde una azotea, un tejado o una torre examinan una calle, toman notas, apuntan, impresionan clisés hacen planos de las vías congestionadas, cuentan los coches, tranvías, autos, carros y vagones que pasan en un tiempo dado y el de peatones que cruzan de una acera a la otra, datos todos que para sus estudios de oficina tienen en cuenta los en-



En París y en Filadelfia los vehículos parados tienen que alinearse en el centro de la calle, dejando así el tránsito libre.

tal de estaciones es de 22. Esto en lo que se refiere a las líneas a nivel, pues a ello hay que añadir el servicio subterráneo del Anglo Argentino, que tiene 13 kilómetros y medio de extensión, 84 coches disponibles y de ellos 64 en servicio diario, 14 estaciones y 594 empleados.

Durante el indicado plazo, el desenvolvimiento de dichas empresas ha sido como sigue:

Anglo Argentino (línea a nivel): Recorrido 59.122.255 kilómetros; número de pasajeros 215.518.028 en 3.299.906 viajes con un producto bruto de 20.241.639 $ m/n.

Anglo Argentino (línea subterránea) — 3.022.476 kilómetros recorridos por los coches en 220.616 viajes. Pasajeros transportados 22.064.219. Producto bruto: 2.206.421.90 pesos m/n.

Lacroze de Buenos Aires: 13.499.351 kilómetros de recorrido en 558.931 viajes, conduciendo 38.303.563 pasajeros. Producto bruto: 3.940.534 $ m/n.

Puerto y Ciudad de Buenos Aires: 1.271.547 kilómetros recorridos en 70.586 viajes, conduciendo en total 3.090.968 pasajeros. Producto bruto: 296.913.30 $ m/n.

Eléctricos del Sud. — Recorrido: 807.211 kilómetros; número de viajes 67.377; pasajeros 2.779.465. Producto bruto: 277.346.50 pesos m/n.

Totalizando, en esos nueve meses de 1917 el recorrido de los coches de todas las compañías fué de 77.752.840 kilómetros, en 4.217.416 viajes, con un transporte de 281.756.243 pasajeros. El producto bruto total fué de 26.962.854.95 $ m/n.

Respecto a automóviles, a juzgar por las patentes obtenidas, hay en nuestra capital 9.567 coches distribuídos en esta forma: Autos particulares: 3.576; de cochería: 73; de carga: 456; de alquiler: 5.462.

A esto hay que aumentar 3.123 coches, o sean 714 particulares, 809 de cocherías y 1.600 de plaza; 56 furgones fúnebres; 5.293 bicicletas de paseo y 267 de carga y 50 motocicletas.

Respecto a carros hay 7.917 de cuatro ruedas; 8.079 de dos; 1.234 breacks y charrettes de reparto y 2.748 carros de mano.

Si todos los vehículos y todos los tranvías estuvieran en un momento dado en circulación, sumarían más de 40.000 vehículos.

El tráfico en la calle San Martín, de Buenos Aires.

El tráfico en la avenida Alvear.

cargados de descongestionar arterias y facilitar el tráfico.

En Buenos Aires, en la Avenida de Mayo, se emplea como es sabido el sistema de que los coches desalquilados vayan en línea junto a la vereda, dejando el centro para los que transportan pasajeros.

Para darse mejor idea de la importancia que los medios de locomoción tienen en Buenos Aires, anotamos los siguientes datos que se refieren a los nueve primeros meses del año anterior:

Las cuatro líneas de tranvías de la capital tenían en la citada fecha una extensión total de 782 kilómetros y 957 metros: con 3.274 coches de los que diariamente prestaban servicio 2.247; y un personal de empleados y obreros de 9.698 personas. El número to-

Aspecto de la Quinta Avenida, de Nueva York.

El entredicho entre los autores argentinos y la crítica del Uruguay

Enrique García Velloso, que provocó el entredicho, prohibiendo la representación de sus obras en el Uruguay.

Esta información podía titularse muy bien «Tempestad en un vaso de agua o aquí no ha pasado nada». Creer que la crítica del Uruguay tiene malquerencia para los autores argentinos es un dislate.

Sus mayores virulencias las guarda para los «de casa». Aquí somos infinitos los que tuvimos que desertar del templo de Talía por la excesiva rigurosidad de los censores.

Si yo estreno mañana un sainete, me lo juzgan los Aristarcos amigos con la propia severidad que si se tratase de D'Annunzio y la más celebrada de sus tragedias.

¡Son inflexibles estos críticos!

Cabe discutir, ahora, si tienen o no tienen razón para ser así. Yo creo que no la tienen. Los censores que han visto mucho, que vivieron intensamente, suelen ser tolerantes. Saben que la diatriba encona, pero no corrige. Por el contrario, un espíritu sabio, entre cuatro líneas amables, deja una reserva prudente que el autor interpreta.

Decir las verdades demasiado desnudas, en materia de crítica, lleva al desprestigio del autor comentado. ¡Cómo gozarían los ventrudos burgueses viendo la «paliza» que propinaba Bonafoux al «rey de los cuentistas» sudamericanos, al intenso y trágico Horacio Quiroga!...

Y sin embargo, los intelectuales conscientes saben que, con todos sus defectos, el autor de «Cuentos de amor, de locura y de muerte» tiene condiciones eximias.

Alberto Novión, autor dramático, nacido en el Uruguay, que imitó el gesto de García Velloso.

Para corregir, hay que ser incisivo, suasorio. La intemperancia no conduce a nada. El Uruguay es todavía —a despecho de su legislación avanzadísima en muchos órdenes— un país ingenuo. Los Adanes son apasionados, las Evas románticas...

Hombres de su tiempo, los críticos están con esta corriente común. El mejor de ellos —a despecho de su mediana prosa— Julián Nogueira, es el más acre en sus apreciaciones. Tiene facultades analíticas extraordinarias. Pero no se puede substraer al ambiente y peca quizá por exceso de buena intención (ingenuidad, que hemos dado en llamarle ahora).

Rigurosos y todo, en el cacareado conflicto, yo creo que los Aristarcos de la muy invicta ciudad de San Felipe y Santiago están en mejor terreno que sus adversarios eventuales, los autores de allende el río. Ellos no persiguen a los dramaturgos argentinos. Sueñan con un teatro digno y fuerte. Van a los estrenos y pocas veces descubren un atisbo de lo que se apetece para el porvenir. Exactamente igual que Juan Pablo Echagüe, por no citar sino un caso.

Sin la compresión de «Jean Paul», dicen lo mismo que éste de los estrenos, aunque en una forma más rotunda, sin los párrafos acicalados e intencionadísimos del crítico de *La Nación*.

A García Velloso le pareció, tras el estreno de «La batalla de Samotracia», que se exageraba la nota con su obra. Error profundo. Lo que han hecho con él aquí lo han hecho con Herrerita, con Bianchi, con Pérez Petit, con Pacheco, con todos los en el Uruguay nacidos.

Cree la crítica que es preciso escribir obras para la inmortalidad. (¡Lírico ensueño!). Y los autores argentinos piensan con igual razón, que hay que ir al éxito de público, lógrese como se logre. Decir «Mi obra va por las 200 representaciones» es el ideal.

Ahí está la causa del conflicto: la diferente forma de encarar una misma cuestión. Culpa del ambiente. La Argentina, país ubérrimo, influencia comercialmente el arte; y aquí, en la tierra, un poco contemplativa de Rodó, pensamos en la Gloria que, a su vez, se ríe de nosotros..

ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.

No existiendo diferencias étnicas fundamentales entre uno y otro pueblo creemos que toda manifestación discorde que pueda hallarse en los gustos de ambos públicos, debe atribuirse a causas puramente circunstanciales. Corresponde así a la crítica poner los de relieve. Lo afirmativo de su obra consistirá, pues, en suscitar, por eficaces estímulos, la revelación y el dominio de la verdadera superioridad del arte en abierta lucha con la antojadiza imposición de la moda.

Elzear Santiago Giuffra

Elzear S. Giuffra, el Aristarco de «La Razón», encara el «affaire» como puede verse.





Siempre he considerado una insensatez creer que es posible instaurar un estado de guerra a fondo entre el Uruguay y la Argentina: ya sea guerra política, ya económica, ya meramente literaria.

La historia de ambas naciones es un todo que tiene sentido nada más que a condición de realizar una síntesis armoniosa y fraterna.

¿Y cómo es posible que leves ceños del amor propio, —que no tarda jamás mucho tiempo sin que vuelva a su cauce natural, —levanten esa realidad tan bella de la unidad esencial, heroica, redentora de nuestro pasado?

Siempre ha sido un axioma el que la vida del Arte nace cuando ha sido ya consolidado un estado político cualquiera. A la sombra de un estable orden de cosas, la poesía, la literatura adquieren vuelos caudales.

Nuestra literatura platense, —palabra feliz y comprensora, —es hija legítima de la tradición, y la tradición de las dos orillas del gran río está representada por esas manos que en el escudo argentino se juntan para sostener el imperio del gorro frigio.

Mario Falco Espalter

Mario Falco Espalter, crítico de «El Bien Público» emite su opinión.

[illegible]

Ismael Cortines, de «La Democracia», que es también autor dramático, da su voto.

UNA ANÉCDOTA DE PRESIDIO

En el café, donde de ordinario nos reuníamos todas las noches para el comento de cosas que a nosotros se nos antojaban de palpitante interés, modalidad en la que acaso entrara por mucho el sentido de la profesión, pues en su casi totalidad éramos periodistas, y el que no estudiantes con aficiones literarias, fué presentado cierta noche, por uno de los concurrentes, un sujeto de extraña catadura.

A poco de presentado a la reunión, supimos que el advenedizo también había sido estudiante, pero que las alternativas de la vida, entre otras muchas cosas, habíalo impulsado a tener que desempeñar funciones de soldado en el presidio de Sierra Chica.

La conversación, en la noche de referencia, se explayó en la narración de una serie de anécdotas, a cual de ellas más interesante.

El recién llegado observaba atentamente sin intervenir para nada en lo que allí se decía. Mas así que observó que la cháchara languidecía como natural consecuencia del repertorio que iba en vías de agotarse, con toda habilidad se ingirió en la conversación echando su cuarto a espadas con el siguiente caso, del cual, según nos dijo, había sido el descubridor.

Todos quedamos suspensos de lo que iba a decir. Con cierto gracejo que denotaba una buena dosis de cultura, el ex estudiante comenzó a decir así:

Cuando entraba de hora y se me apostaba como centinela en el adarve del paredón que circundaba el presidio, solía contemplar, con un sentimiento de inmensa pena, la ringlera de penados que sacaban a trabajar, a las canteras unos y a emparvar trigo o pasto los demás.

A la distancia veía el amplio círculo formado por los custodias, dentro del cual se desenvolvía el trajín de los penados, endosados en sus uniformes rojos que resaltaban violentamente sobre el verde esmeralda del alfalfar, o el amarillar del trigo que abrillantaba el sol.

Era aquél un cuadro de semoviente policromía. Lástima que a la pureza de un azul intenso cual el que ostentaba habitualmente el cielo en ese lugar, y a la opulencia de color que era toda una orgía de luz para el ojo escrutador de tales cosas, soplara un aire de tragedia que amusgaba en flor a muchas vidas.

La evocación de aquel cuadro formado a base de tantos dramas y tragedias, le arrancaron amargas reflexiones filosóficas.

Fué aquél el discurrir de un hombre bueno que penetrara el inmenso dolor cobijado en ese lugar.

—La sociedad es injusta,—dijo,—enhebrando el hilo de su interrumpida exposición. Bien que ella sea un organismo con sus naturales movimientos defensivos, mas esto no debiera obstar para que pusiera mayor empeño en prevenir los hechos nacidos de su propia incuria.

Convengo, por ejemplo, en que los delincuentes sean los miembros enfermos de una sociedad. Pero ¿Ha hecho algo la sociedad para remediar o aliviar siquiera la enfermedad de esos miembros de los que sin dolerse trata luego de eliminar aislándolos? Por de contado que no. Y es filfa cuanto se diga en contrario.

Sin embargo, como obedeciendo a un movimiento de verdadera inconsciencia, todos son a pedir penas extremas contra el delincuente del cual desconocen la epopeya y hasta las circunstancias en que se cometió el hecho por el cual piden el mayor correctivo. Además, los establecimientos carcelarios no son escuelas de ortopedia moral. Por el contrario, si el allí conducido logra conservar, como por arte de birlibirloque, un asomo de sensibilidad moral, la forma en que actúa la cárcel sobre él, se encarga de anestesiarla, la mayoría de las veces para siempre. Es la cárcel, vamos al decir, a manera de copela donde se funden los nuevos caracteres de las gentes nefarias.

Debido a ello, sin duda, fueron estos temas motivo de largas disquisiciones de parte de algunos antropólogos, mas en conclusión no creo que se haya llegado a nada concreto, práctico.

Y, por último: ¿Desempeñan las cárceles funciones de profilaxia social? Pienso que no, juzgadas por el estado en que se encuentran actualmente. Cuando después de largos cautiverios, cuyas penurias me rehuso describir porque el cuadro resultaría asaz sombrío, alguno de ellos recobra su libertad, tornándolos, en consecuencia, a la vida civil y social, han de presenciar el espectáculo humano en forma desconcertante.

Rotos los vínculos que a la sociedad los ligó alguna vez, y cerrada, por contera, toda corriente afectiva, la vida ha de carecer para ellos de verdadera significación.

Pero recién caigo en la cuenta de que he asumido el papel de un *magister dixit*, y mi propósito no fué tal, sino el de narrar una anécdota con la cual pretendí prolongar la velada, amenizándola en lo posible.

Allá voy, pues; pero antes me han de disculpar ustedes la digresión en que me he inmergido. Esto no fué más que el resultado de una reminiscencia libresca, mechada con algunos toques de observaciones reales, pues si bien los libros adiestran mucho, la realidad es madre más fecunda en enseñanzas proficuas.

Repito que era grande la pena que me embargaba cuando presenciaba el trabajo de los penados. Y, si allí no se les permitía hablar, sin que eso fuera ripio para que lo hicieran a hurta cordel, valiéndose para ello del lenguaje de las manos, es de presumir lo que ocurriría dentro de los pabellones.

Angustia pensar que en tales pabellones se sepultaran vivos tantos seres. Mas volvamos al campo donde llevaban a trabajar a los que observaban buena conducta. Era un don de los dioses poder salir a trabajar. Pero ¡guay del que cometiera una falta! A ése se le encerraba en una celda disciplinaria y se olvidaban de él, por espacio de mucho tiempo. Este ejemplo cundía en el presidio en forma de enseñanza eficaz. De ahí también, más que el respeto, el miedo cerval que le habían cobrado al director del establecimiento. De cuanto ocurría fuera o dentro del presidio, él se enteraba, por cuya causa habían dado en creerlo dotado del don de la ubicuidad o de una extraña facultad zahorí que le permitía penetrar, según ellos, hasta en lo que pensaban.

Por eso, así que llegaba al lugar donde se hallaban trabajando, era de ver el sentimiento de temor que se dibujaba en la expresión del rostro de la mayoría de los penados.

Echaba una mirada de inspección, y luego se retiraba a prudencial distancia para leer con toda comodidad el diario.

Insensiblemente, a medida que leía, se iba dando vuelta hasta quedar por completo a espaldas del lugar donde trabajaban los presos. Cuando éstos más lo creían enfrascado en la lectura del diario, burlando su autoridad, se hablaban haciéndose señas.

Siempre que algún penado, en las circunstancias descriptas, lograba hablar con algún compañero de infortunio, de fijo que, cuando era integrado a los pabellones, el que tal falta había cometido, era castigado ejemplarmente con toda severidad. Ese ya no volvía más al trabajo de las canteras.

De ahí el miedo supersticioso que le habían cobrado al director. Ninguno acertaba con el medio de que se valía para saber quiénes hablaban. Yo fuí, empero, el que tuvo la suerte de descubrir la zalagarda.

Como dije al principio, siempre que sacaban los presos a trabajar, aun cuando yo no fuera el custodia de ellos, los observaba con interés, por espíritu de curiosidad y, de esa suerte pude ver, en cierta ocasión, que, de entre las hojas del diario que el director simulaba leer, se desprendían unos reflejos como de espada que brillara al sol. Al fin logré apresar el secreto.

Todo él consistía en acomodar con cierta habilidad, entre las hojas del diario, un espejito de mano en el que se reflejaban las escenas que se producían en el campo donde trabajaban los penados. Así, mientras simulaba leer, acechaba hasta los más insignificantes movimientos, identificando a los que hablaban por la numeración que en caracteres blancos y grandes llevaban en el gorro y en las espaldas, a cambio de los nombres. Esta simple estratagema le valía al director el poder infundir entre los presos, más que respeto, miedo, y mantener, de esa suerte, la disciplina que él se proponía.

ANTONIO CELLINI.



Después de la batalla de Chemin des Dames. Las banderas de los regimientos que tomaron parte en la acción.

El general Byng.

Una joven inglesa trabajando en un taller militar de carpintería.

Aviadores franceses en una calle de Verona.

Camellos que prestan servicio al ejército británico en Palestina.



Salvación milagrosa.

LA VUELTA DE LAS CARABELAS



Entrando al puerto después de un largo viaje desde Nueva York.

Algunas bodegas prontas para recibir cereales.

Un conjunto de antiguos barcos a vela que la necesidad ha hecho rejuvenecer.

FUÉ en alas del viento, a velas desplegadas proa a lo inmensamente ignoto y temido del Atlante, que vinieron aquellos bravos conquistadores de la tierra americana con el estandarte de Castilla. Y aquella hazaña, gloria de Colón y de España, fué también gloria de las carabelas que la realizaron con sus quillas.

Muchas otras llegaron en pos de ellas, con sus elevados mástiles y sus gallardas siluetas, como soberanas de los mares y fueron carabelas igualmente las que llevaron, para asombrar a Europa y despertar su codicia, los primeros tesoros de las Indias. Y así por luengos años, cada vez más grandes y más soberbias fueron y vinieron a través del gran desierto marino.

Hasta que un día un barquichuelo antiestético, que echaba grandes bocanadas de humo negro y se movía pegando en el agua acompasados aletazos, se presentó como sucesor del poético velamen; y de aquel barquichuelo fueron hijos los grandes navíos modernos con sus turbinas y sus hélices.

Los cascos de madera, los gloriosos cascos que a impulsos de la brisa dieran en más de una ocasión la vuelta al mundo, encontrando siempre nuevas tierras y nuevas cosas, desaparecieron poco a poco, eclipsados por esos otros poderosos campeones del progreso.

Cargando frutos de nuestra tierra.

Y así como aquellos de los conquistadores venían a traernos civilización y a llevar oro, estos otros venían a traer máquinas y a llevar espigas doradas.

Era una fiebre de ir y venir, de traer y llevar: nuestro amplio puerto resultaba pequeño, y en los diques se apiñaban, unos al lado de otros, esos enormes y complicados mecanismos en cuyas popas flameaban las banderas de todas las naciones.

Y cada vez más grandes, más veloces, más lujosos, más seguros.

Ante esos prodigios, la visión de aquellas carabelas de antaño parecía un sueño: ¡ Débiles cascarones atrevidos que se aventuraban sobre las olas desafiando quijotescamente a las tempestades! ¡ Temerarios aventureros los que en ellas se lanzaban a la ventura, despreciativos de la muerte! Porque ese viento que los empujaba era el mismo viento traicionero que desataba sobre ellos los ciclones.



Mástiles y más mástiles.

Un pailebote en el dique número 2.

Pero poco a poco los diques fueron quedando vacíos. Los lujosos transatlánticos dejaron de visitarnos, atraídos y reclamados por la guerra a otras rutas y a otras misiones o sepultados alevosamente en el fondo del océano.

Y los viejos marinos, con la mano callosa delante de los ojos y la mirada en el horizonte, vieron avanzar, en cambio de las gruesas chimeneas, los altos mástiles y las hinchadas velas, como bandadas alegres de gayiotas.

Eran barcos que venían a traernos y a llevar otra vez, a reanudar las febriles transacciones del comercio. Pero eran barcos sin máquinas, sin hélices, cascos de madera, como el de la Santa María.

Y ahí están, en el puerto, formando un conjunto pintoresco de viejas y elegantes embarcaciones, con sus bodegas abiertas, como bocas pedigüeñas, cargando los productos de esta tierra generosa para llevarlos allá lejos, donde arde la vorágine, a alimentar a los valientes que luchan por la libertad de su patria y la del mundo.

Ahí están: son peregrinos de los mares, que se lanzan a merced de los vientos y a despecho de los piratas: son audaces cascarones, como aquellos de los aventureros..... ¡ Son las carabelas, que han vuelto!



Un huésped de la Dársena Sur.

UN CARNAVAL HISTÓRICO

Y conviene advertir, porque toda advertencia es poca en estos tiempos de tan delgado hilar, que son estas líneas sencilla y monda efeméride carnavalesca; de ningún modo hallazgo ni descubrimiento histórico, toda vez que el crimen cuya gacetilla voy a escribir, consignado está en cien historias, y es, por otra parte, tan moderno, que no hay que desempolvar códices ni descifrar jeroglíficos para encontrar acerca de él datos y noticias a porrillo. Scribe, el famoso libretista, sacó partido de aquel crimen de estado para escribir el libro de la ópera de Auber *Gustavo III* o *El baile de máscaras*, libro que más tarde aprovechó Verdi para escribir la partitura de ópera tan vulgarísima como *Un ballo in maschera*.



Quedamos, pues, en que el hecho es conocidísimo; pero allá va el relato para quien no le conociere.

I

Presenta la historia a Gustavo III como un príncipe ilustrado, valiente, emprendedor, simpático en alto grado, digno de llevar sobre sus sienes la corona que oprimió las de Gustavo Wasa y Carlos XII.

El que lea la historia de su reinado sin saber en qué época vivió, le tomaría, bien por un monarca de caballerescas y legendarias edades, bien por uno de aquellos grandes príncipes que en los comienzos del siglo XV quebrantaron el poder oligárquico y, aliándose con el pueblo, fundaron las monarquías absolutas sobre las ruinas de los castillos feudales.

Todo eso fué a fines del siglo pasado; el desgraciado monarca sueco, cuyo trágico fin prepararon los aristócratas descontentos y vengativos.

A la vuelta de su gloriosa campaña contra los rusos en la Finlandia, metió en cintura a los nobles que usurparon en Estocolmo el poder real, y ellos fraguaron el ardid que acabó con la vida del monarca cuando éste, animado por el generoso espíritu de la antigua Caballería, preparábase a capitanear a los príncipes y nobles franceses desterrados por la Revolución, y al frente de ellos afianzar el trono de Luis XVI y de María Antonieta, que a toda prisa venía al suelo entre la indiferencia, el egoísmo o la ineptitud de las demás testas coronadas. Anónimos y rumores sin cuento llegaban a Gustavo III avisándole del complot tramado en contra suya, mas el valeroso príncipe se encogía de hombros y contestaba a los alarmistas con el mismo razonamiento que formulara César en los idus de Marzo: «El golpe, una vez recibido, es menos fuerte que el temor continuo de recibirle».

Esta misma despreocupación del monarca le salvó de varias tentativas contra su persona. Durante el verano anterior a la fecha del crimen, los conjurados intentaron asesinarle en su residencia real de Haga, a pocas leguas de Estocolmo. El príncipe acostumbraba a pasar días enteros trabajando o cazando en dicha posesión. Allí le espiaban continuamente. Una noche se quedó dormido en un gabinete del piso bajo y con las ventanas abiertas. Los conjurados, que pudieron entonces cometer su crimen a mansalva, quedaron confundidos, y no se atrevieron a la iniquidad de asesinar al príncipe solo, dormido y desarmado.

Así por este estilo se desbarató por tres veces el plan de los conjurados; pero llegadas las fiestas de Carnaval, quedó convenido en que el disfraz y la careta fueran los encubridores más a propósito para el crimen.

II

Ocurría todo esto en el primer tercio del año 1792. Llegó la noche de Carnaval del 16 de marzo y con ella el gran baile de máscaras preparado en el teatro de la Opera.

Cenando estaba el rey momentos antes de la fiesta cuando recibió un anónimo en que *Un enemigo leal* le aconsejaba que no fuera al baile aquella noche, y en caso de hacerlo desconfiase de los grupos de máscaras que se formarían a su entrada en el salón.

El rey rompió la carta y fué a la Opera, situada a pocos pasos del palacio real.

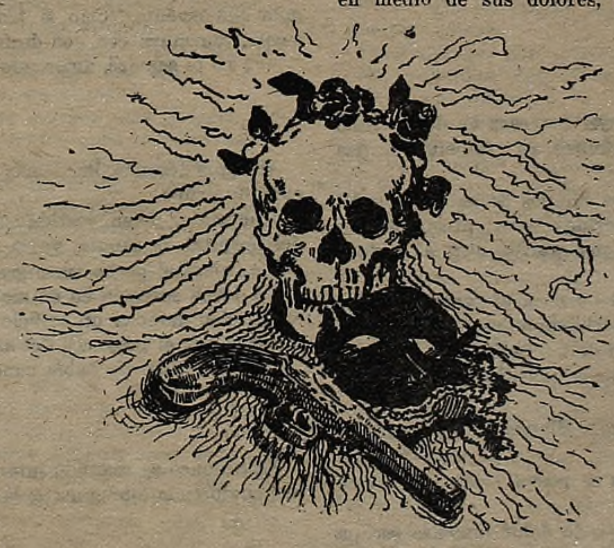
No había llegado a la mitad del salón cuando un grupo de máscaras rodeó al monarca, apartándole del séquito de oficiales que tras él habían entrado en el baile. Sonó entonces un pistoletazo, y entre la confusión y desorden consiguientes el rey, gravemente herido, se desplomó en brazos del conde de Armsfeld. El proyectil le había entrado por la espalda, junto a la cadera izquierda. Repetidos gritos de «¡fuego!», dados sin duda por los mismos conjurados y repetidos por los alarmados circunstantes, aumentaron la confusión y el desorden; el rey fué llevado a su cámara en brazos de los oficiales; los concurrentes huyeron del salón, que quedó sembrado de flores, cintas y antifaces. Junto al charco de sangre que señalaba el sitio donde cayó el rey, fueron recogidos un puñal intacto y una pistola humeante: el instrumento del crimen.

Alguien ordenó que se cerraran las puertas del teatro, y una vez colocados en ellas los oficiales de policía, fueron saliendo los concurrentes uno a uno y descubriéndose los rostros. Sin embargo, ya habían salido en los primeros momentos muchas máscaras, entre ellas varios conjurados. Cuatro de éstos quedaban en el salón al comenzar el reconocimiento, y conservaron la serenidad suficiente para salir sin infundir sospechas. El último máscara que salió, levantó su antifaz ante el oficial de policía y exclamó con extrañeza y enojo:

—No creo, señor mío, que sospechéis de mí.

Aquel hombre era el asesino.

El rey murió lentamente varios días después, conservando, en medio de sus dolores, sangre fría bastante para dejar arreglados los asuntos del reino y asegurada la tranquila posesión de su sucesor.



Cuando la noche del crimen le enteraron del poco éxito logrado en las averiguaciones, cuentan que exclamó refiriéndose al asesino:

—¡Ah! ¡Quiera Dios que no se le descubra!

Sin embargo, no tardó en terminarse con éxito el proceso. Un armero de Estocolmo reconoció el arma, que había vendido días antes a un antiguo oficial de guardias llamado Ankarstroem.

Preso éste en su domicilio, confesó el crimen y los nombres de sus cómplices, que eran de la más linajuda nobleza sueca.

LUIS ROYO VILLANOVA.



CUENTOS DE LA GUERRA * # LA PROMESA



La guerra se había declarado; sangrienta, sin cuartel. El pueblo entero de Francia responde al llamado de la patria y corre a alistarse en las filas del ejército, a oponer con sus pechos una muralla infranqueable para el invasor.

Roberto Dupin, fué de los primeros.

Abandonando una posición brillante, su joven esposa, y su hogar, vistió el sagrado uniforme de los heroicos hijos de la vieja Francia.

Blanca Merville, su esposa, entró a formar parte del cuerpo de enfermeras de un hospital de sangre, inmediato a la línea de fuego.

Y ambos esposos, en el frente, él con su brazo y ella con su abnegación sublime, contribuían a labrar en el libro de la Historia una página de gloria imperecedera para la heroica nación amenazada por el teutón.

*

Roberto Dupín, en las trincheras del Marne, con los pies sumergidos en el fango, rodeado por sus compañeros de armas, disparaba su fusil.

A su alrededor zumbaban las balas; los shrapnells explotaban lanzando una lluvia de proyectiles; los cañones rugían y las ametralladoras rasgueaban el aire esparciendo la muerte por doquier.

Una orden telefónica, mandaba asaltar y tomar, «costase lo que costase», una trinchera enemiga, que debido a su posición, en la cima de un montículo de tierra, sembraba la muerte en las filas francesas.

Los franceses, calando la bayoneta, saltaron fuera de la trinchera y con ímpetu irresistible se lanzaron al asalto del reducto enemigo.

Una descarga cerrada los recibió; y luego otra y otra...

Los franceses caían, pero los que quedaban indemnes, proseguían su carrera, con los ojos fulgurantes de odio.

Roberto Dupin marchaba al frente de la compañía.

Una bala enemiga le dió en mitad del pecho.

El joven se detuvo; llevóse una mano al corazón, soltó su fusil y cayó de espaldas en la ensangrentada hierba.

Los valerosos franceses cayeron sobre la trinchera alemana y después de corta pero furiosa lucha, lograron rendir a sus ocupantes.

*

Nunca como hasta ahora, la mujer francesa ha demostrado ante el mundo su abnegación sin límites, su exquisita ternura y su grandeza de alma.

Con sus albos trajes, recorre los campos de batalla, prodigando frases de consuelo a los heridos leves; prestando auxilio a los graves y murmurando una oración ante el soldado muerto.

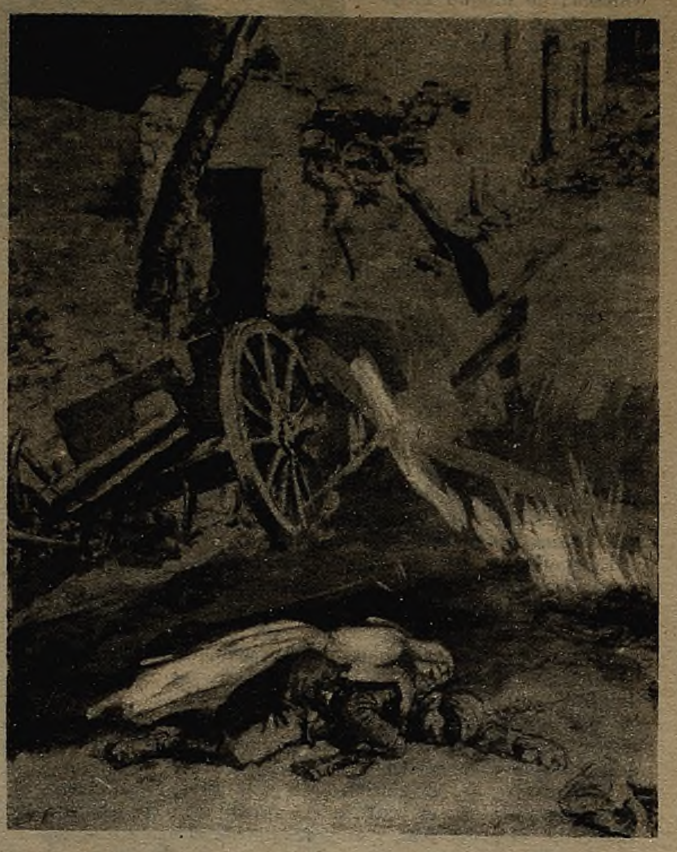
Blanca Merville, en el hospital de sangre, junto a varias enfermeras, esperaba a que las tinieblas se enseñoreasen de la tierra para acudir en auxilio de los heridos.

Un armisticio, por mutuo acuerdo, se concedió para levantar a los heridos.

Entre las enfermeras se encuentra Blanca, que practica ligeras curas a los caídos.

De pronto se detiene y sus ojos se posan sobre una forma humana que yace en el suelo.

Se arrodilla ante ella y un grito de dolor inmenso escapa de sus labios.



—¡Roberto!...

Este nombre tuvo la virtud de hacer volver en sí al herido.

Incorporándose a medias, con esfuerzo supremo, murmuró con dulcísimo acento de ternura.

—¡Blanca!...

Una bocanada de sangre le cortó la palabra y cayó hacia atrás exánime.

Blanca, fuera de sí, se arroja sobre Roberto, retira los rubios cabellos esparcidos sobre la frente del joven, y besándolo suavemente, como si temiera despertarlo de su eterno sueño, murmura con voz desfalleciente:

—¡Yo te seguiré, amor mío!...

*

Minutos después, las demás enfermeras se detenían ante un extraño grupo.

Una mujer joven, vestida con el blanco traje de las mujeres del hospital de sangre, yacía en el suelo y posaba su cabeza rubia, sobre el pecho ensangrentado de un soldado muerto.

La joven sostenía en su mano un revólver de ordenanza, y en su sien derecha un orificio sangriento mostraba la herida causada por el proyectil del arma.

¡Blanca Merville había cumplido su promesa!

*

El cañoneo se reanudó intermitente, iluminando con rojizos resplandores la lobreguez de la noche...

Dib. de Duval.

JOMER B. VILLA.



EL MESÓN TRÁGICO



ESCENAS DE LA VIDA RUSA

(Continuación)

—¿Te tropezaste con ellos, madrecita? ¿Y qué hacía ella?

—Nada. Estaba de pie. El también. Al percibirme, me dijo ella: «¿Adónde vas corriendo? Vuélvete a casa.» Y yo me volví.

—¿Y tú te volviste? Bueno, adiós, Febiniuchka. Y la aldeana siguió su camino.

Las palabras de la obrera habían hecho una penosa impresión en Akim. No quería creerlas, y, sin embargo, habían dicho la verdad. En efecto, aquella noche Advotia había ido a buscar a Naum, que le esperaba en la sombra densa que proyectaba sobre la carretera el inmóvil muro del huerto de cáñamo. Un abundante rocío había mojado cada tallo y un fuerte olor, hasta el punto de dificultar la respiración, se esparcía por los alrededores. La luna acababa de salir, ancha y de un rojo de sangre, en la bruma negruzca. Naum oyó a lo lejos los pasos precipitados de Advotia y se dirigió a su encuentro. Acercósele ella, pálida y jadeante; la luna alumbraba de lleno su semblante.

—¿Qué? ¿Lo traes? — preguntó él.

—Sí, lo traigo — respondió ella con voz vacilante —. Pero quiero advertirte, Naum Ivanitch...

—Dámelo, si lo traes — interrumpió él tendiendo la mano.

Ella sacó de su seno una especie de cartucho. Naum se lo arrebató en seguida y se lo guardó en su bolsillo.

—¡Ah, Naum Ivanitch — dijo ella lentamente y sin quitarle ojo de encima —, condeno mi alma por ti!

Entonces fué cuando la obrera se acercó a ellos.

Cuando Akim estaba sentado en el banco con aire de disgusto, Advotia no hacía más que entrar y salir. Seguíala él con los ojos. Por fin, cuando ella entró una última vez para descolgar del muro una pequeña *duchegreika*, no pudo contenerse más y dijo en alta voz, como si hablese consigo mismo:

—Es sorprendente que estas mujeres tengan siempre que corretear. Que se estén un instante en su sitio, no hay que pedírselo. Eso no reza con ellas. Pero corretear por la mañana y por la noche, eso sí que les gusta, ¡vaya!

Advotia oyó sin chistar lo que decía su marido; solamente a la palabra noche hizo un movimiento involuntario de cabeza y pareció turbarse un poco.

—Ya se sabe, Semenovitch — dijo ella con despecho, — que cuando te pones a derrochar elocuencia...— y sin decir más, salió dando un portazo.

La elocuencia de Akim, efectivamente, no era del gusto de Advotia. Cuando por las noches hacía de narrador ante sus huéspedes, ella bostezaba o salía sin hacer ruido.

—¡Derrochar elocuencia! — repitió Akim, mirando la puerta cerrada. — No he gastado bastante contigo.

Se levantó y se golpeó la cabeza con el puño.

De modo singular transcurrieron muchos días después de aquél. Akim miraba siempre a su mujer como si estuviese a punto de hacerle una pregunta; pero Advotia evitaba sus miradas, y los dos permanecían en un silencio forzado que rompió por fin el marido con algunas observaciones desagradables acerca de las mujeres en general. Advotia no chistaba nunca. Aquello no podía durar ya mucho tiempo, y era inevitable el estallido, cuando ocurrió un suceso después del cual toda averiguación era ya superflua.

VII

Una mañana, Akim y su mujer iban a desayunarse (a causa de los trabajos del estío, el mesón no tenía ningún huésped), cuando de pronto se oyó en la carretera el ruido de una telega que fué a detenerse bruscamente ante el portal. Akim miró por la ventana y frunció el entrecejo. De la telega bajó, sin apresurarse, Naum. Advotia no le había percibido; pero cuando la voz del recién llegado resonó en el vestíbulo, su cuchara tembló en su mano. El ordenó a su criado que metiese el caballo en la cuadra. Por fin la puerta se abrió y entró.

—¡Buenos días! — dijo quitándose su gorro.

—¡Buenos días! — respondió Akim entre dientes. — ¿De dónde te trae Dios?

—De la vecindad — respondió el otro; — vengo de casa de su señora.

—¿De casa de mi señora? — repitió Akim, que continuaba sentado. — ¿Por algún negocio?

—Sí, por negocio. Advotia Arefievna, se la saluda.

—¡Buen día, Naum Ivanitch! — respondió ella, después de lo cual todos se quedaron callados unos instantes.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienen ustedes ahí, una copa? — dijo Naum de pronto.

—Sí, una copa — contestó Akim poniéndose muy pálido; — pero no es buena para ti.

Naum levantó los ojos con sorpresa.

—¡Cómo! ¿No es buena para mí?

—No, no lo es para ti — la mirada de Akim echó chispas y su mano golpeó la mesa. — Yo no tengo nada en esta casa que sea bueno para ti, ¿lo oyes?

—Pero, ¿qué tiene, Semenovitch?

—¿Yo? Nada. Eres tú quien tiene demasiado, Naum Ivanitch. He ahí lo que tengo — el viejo se levantó temblando de cólera mal contenida. — Que vienes demasiado a menudo por aquí, ¡ya ves lo que tengo!

Naum se levantó también.

—¿Estás en tus cabales, hermano? — dijo con fría sonrisa. — Advotia Arefievna, ¿qué le pasa?

—Soy yo quien te habla — exclamó Akim con voz entrecortada. — Vete, te digo. ¿Qué tienes tú que decir a Advotia? ¡Vete!

—¿Qué quieres decir? — preguntó Naum con intención recalcada.

—Yo te digo que salgas en seguida de aquí. ¡Dios! ¡Ahí, ahí tienes la puerta! ¿Me comprendes ahora?

Naum dió un paso adelante.

—¡Por el cielo! No os querelléis, padrecitos — balbuceó Advotia, que hasta entonces había permanecido como petrificada ante la mesa.

Naum le lanzó una mirada.

—No se inquiete usted, Advotia. ¿Para qué querellarnos? ¡Ah, hermano! — continuó volviéndose hacia Akim. — ¡Cómo gritas! ¡Cómo te acaloras! ¿Se ha visto nunca echar a alguien de tal modo, y menos de su propia casa?

—¿Cómo de su propia casa? — exclamó Akim estupefacto.

—Sí, sí. De su propia casa — replicó Naum mostrando sus dientes blancos.

—Pues qué, ¿es que acaso no soy yo el amo de esto?

—No, en verdad. Esto no es tuyo.

—Pues, ¿de quién?

—Tienes la cabeza muy dura, hermanito. Esto es mío.

Akim abrió unos ojos tamaños.

—¿Qué charlas? Parece que has comido belladona. ¿Qué diablo de propietario puedes tú ser aquí?

—Vaya, no hay que tontear contigo — dijo Naum con un movimiento de impaciencia. — ¿Ves tú esto? — continuó él sacando del bolsillo un papel sellado. — ¿Lo ves? Es un contrato de venta, ¿comprendes? La venta de tu mesón. Yo he comprado tu mesón, lo he comprado a tu señora, Lizaveta Prokhorovna. Ayer firmó el contrato en B... Soy yo, pues el amo aquí, y no tú. Desde hoy lía tus bártulos — añadió Naum guardándose otra vez el papel en el bolsillo, — y que mañana no se sienta aquí tu olor, ¿me oyes?

Akim se quedó inmóvil, como si el rayo le hubiese herido.

—¡Bandido! — exclamó por fin con voz temblorosa. — ¡Bandido! ¡Eh! ¡Fedka, Mitka, mujer, mujer, préndele, detenedle!...

Había perdido por completo la cabeza.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Menos bestialidades, viejo! — dijo Naum con un gesto de autoridad.

—¡Pero préndele, mátale, mujer! — gritaba Akim haciendo vanos esfuerzos para arrancarse de su puesto. — ¡Granuja,

bandido! ¿No hay bastante con ella?... ¿Quieres también quitarme la casa y todo?... Pues no... espera... Eso es imposible... Yo iré... Ya iré yo mismo... ¡Cómo! ¿Quitar así de golpe?... ¡Espera!...

Y sin tomar su gorro, se echó fuera de la estancia.

—¿Adónde vas tan corriendo, Akim Semenovitch? ¿Adónde corres tú, padrecito mío? — dijo la obrera Fetinia, con la cual había chocado al salir.

—Déjame. Voy a casa de la señora a buscar justicia — exclamó desesperado. Y al ver la telega de Naum que aun no había sido desenganchada, saltó a ella, empuñó las riendas y, fustigando con toda su alma el caballo, partió al galope en dirección de la casa señorial. «¡Oh, nuestra madre; oh, nuestra señora! — repetía a lo largo del camino — no me dejes perecer. ¿No te he servido siempre con celo?» — No cesaba de excitar al caballo. Todos los que le encontraban se echaban a un lado y le seguían con mirada sorprendida.

En un cuarto de hora llegó a la mansión señorial; detuvo bruscamente su caballo ante la escalera, saltó de la telega y se lanzó impetuosamente a la antesala.

—¡Eh! ¿Pero qué es eso? — balbuceó espantado un lacayo que dormía sobre un banco.

—¡La señora! ¡Es preciso que yo vea a la señora! — dijo Akim con voz imperativa.

—¿Ha ocurrido algo?

—No pasa nada. Pero quiero ver a la señora.

—¿Qué modo de hablar es ese? — preguntó el lacayo cada vez más sorprendido.

Akim volvió en sí.

—Tenga la bondad, Piotr Efgrafitch — dijo con un profundo saludo — de hacer saber a la señora que Akim pide permiso para verla.

—Está bien. Ya iré. Se lo diré. Pero parece que estás borracho. Espera ahí — murmuró el lacayo alejándose.

Akim bajó lentamente la cabeza. El brío de la desesperación se extinguió rápidamente en su alma desde el instante en que había franqueado el umbral de aquella casa.

Lizaveta Prokhorovna sintió también gran confusión cuando se le anunció la llegada de Akim. En seguida mandó llamar a Kirilovna.

—Yo no puedo recibirle — dijo con agitación tan pronto como apareció. — Me es absolutamente imposible. ¿Qué voy a decirle? Ya te dije que vendría a darme quejas — añadió ella con despecho. — Ya te lo dije yo.

—¿Y por qué ha de recibirlo la señora? — replicó tranquilamente Kirilovna. — No es imprescindible. ¿Para qué va usted a tomarse ese disgusto?

—¿Y qué voy a hacer?

—Si la señora me lo permite, seré yo quien le reciba.

Lizaveta Prokhorovna levantó la cabeza.

—Hazme ese favor, Kirilovna — dijo. — Háblale, dile que me ha sido necesario..., pero que por lo demás... En fin, tú verás lo que le dices. Te lo ruego, Kirilovna.

—No se turbe la señora — replicó la sirvienta, que se fué en seguida haciendo sonar sus zapatos.

Algunos instantes después, el discreto sonar de sus zapatos se hizo oir nuevamente, y Kirilovna volvió a entrar en la estancia con la misma placidez en el rostro y la misma sagacidad astuta en la mirada.

—¿Qué? — le preguntó la señora. — Akim...

—¡Oh! Nada. Dice que todo es la voluntad de Su Gracia, señora; con tal de que la señora tenga salud y contento, para él le queda aún con qué vivir hasta el fin.

—¿No está quejoso?

—¿De qué había de estarlo?

—¿Pues entonces para qué ha venido? — replicó la dama con cierta incredulidad.

—Vino a pedir a la señora el favor de eximirle de pagar su renta para el año próximo.

—Vaya que sí. Hay que eximirle — replicó vivamente Lizaveta Prokhorovna. — Ya lo creo. Y dile que le recompensaré. Te lo agradezco mucho, Kirilovna. En cuanto a él, ya veo que es un buen aldeano. Espera un poco; dale esto de mi parte — y sacó de su mesita de trabajo un billete de tres rublos. — Toma, dale eso.

—Sí, señora — respondió su acompañante. Y entrándose tranquilamente en su alcobita, se metió tranquilamente el billete en una cajita de caudales que tenía a la cabecera de su lecho. Miraba todo su dinero contante y sonante, y la suma era bastante redonda.

VIII

Con su relato, Kirilovna había tranquilizado a su señora. Pero, en realidad, su conversación con Akim había pasado de modo muy distinto de como ella había contado. He aquí cómo:

Habíale hecho llamar al cuarto de los criados. Akim había rehusado ir, diciendo que no era Kirilovna a quien quería ver, sino a la señora. A pesar de esto, acabó por obedecer. Habló a Kirilovna sola. Entró en la habitación, se detuvo en seguida, se apoyó en el muro cerca de la puerta, abrió la boca y no pudo pronunciar palabra. El valor de la desesperación se había substituído en él por otra forma de desesperación, una especie de impasibilidad taciturna y abatida. Kirilovna le miró fijamente.

—¿Desea usted ver a la señora, Akim Semenitch?

El no pudo más que hacer un movimiento de cabeza.

—Pues no puede ser, Akim Semenitch. Y después de todo, ¿para qué? Lo hecho no se puede deshacer; no conseguiría más que causarle un disgusto. Por lo tanto, ella no puede recibirle a usted, Akim Semenitch.

—No puede... — repitió él, y se calló unos instantes. — Así, pues — repitió con lentitud — ¿el mesón es cosa perdida para mí?

—Escuche usted, Akim Semenitch. Ha sido usted siempre un hombre de buen sentido. Ha sido la voluntad de la autoridad, y ya lo sabe usted bien, eso no puede cambiar. Discutamos lo que discutamos, no nos serviría de nada, ¿no es eso?

Akim se cruzó las manos a la espalda.

—Piense usted mejor — continuó Kirilovna; — ¿no valdría más rogarle a la señora que le rebaje su renta? Además, usted tiene su *isbá* en la aldea.

—¿De modo que el mesón es cosa perdida para mí? — repitió Akim con las mismas inflexiones de voz.

—Akim Semenitch, ya se lo digo a usted, es imposible, lo sabe usted mejor que yo.

—Sí... ¿En cuanto ha vendido ella el mesón?

—No sé. No sabría decirlo. Pero, ¿por qué está usted de pie? — añadió ella. — Siéntese.

—¡Oh! Nosotros podemos estar de pie..., somos aldeanos... Muchas gracias...

—¡Usted un aldeano, Akim Semenitch! Si usted es uno de los primeros entre la gente de servicio. No hay que desolarse así. ¿No quiere usted un poco de te?

—No, gracias. No es necesario. ¿De modo que el mesón está vendido? — añadió él separándose de la pared. — ¡Infinitas gracias! Nosotros la saludamos, buena señorita...

Y girando lentamente sobre sus talones, se alejó. Kirilovna le miró salir, se arregló el delantal y se fué a reunir con su señora.

—Parece ser, en efecto, que yo me he vuelto un hombre de servicio — se dijo Akim deteniéndose ante la puerta cochera. Hizo con la mano uno de esos ademanes que quieren decir: ¡Se acabó todo! Volvamos a casa.

Y sin acordarse de la telega de Naum que le había llevado, tomó a pie el camino del mesón.

Aun no había andando una versta, cuando oyó a su lado el ruido de una *telega*.

—¡Akim Semenitch! — gritó uno.

Levantó Akim la vista y halló a uno de sus conocidos, el sacristán de una iglesia vecina, Ephrem, apodado el *Topo*. Era un hombrecillo excesivamente pequeño y mal conformado, con una nariz muy puntiaguda, unos ojos de ardilla y una trenza de pelos negros.

—¿Vas a casa? — le preguntó a Akim.

Akim se detuvo.

—Sí, a casa voy — dijo.

—¿Quieres que te lleve?

—¡Gracias!

El sacristán le hizo sitio, y Okim se sentó en la *telega*. Ephrem, que parecía volver de las viñas del Señor, se puso a fustigar con las riendas de cuerda su flaco caballejo, que partió al trote, fatigado, sacudiendo la cabeza sin brida.

Casi una versta caminaron sin decirse una palabra.

Akim seguía inmóvil, y Ephrem canturreaba en voz baja, agitando siempre sus riendas.

—¿Adónde has ido así, sin gorro, Semenitch? — preguntó de pronto; y sin aguardar respuesta: — Me juego lo que quieras a que te lo has dejado en prenda en la botillería. Tú eres un borracho: te conozco, y te quiero precisamente porque eres un borracho. Tú no eres un asesino, un ladrón, un hombre injusto; pero eres un borracho. Ya hace tiempo que debían haberte recluído a ti, porque es el tuyo un villano modo de beber. ¡Hurra! ¡Hurra! — gritó él con todos sus pulmones.

(Continuará).

DE MENDOZA

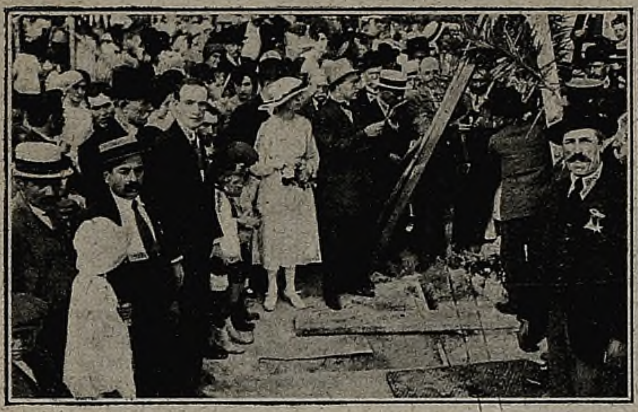


Paseo y picnic al lugar Los Papagallos, en honor del artista Fernando Fader, llegado recientemente a Mendoza.



En Los Papagallos. Bailando la «cueca» durante la fiesta campestre en obsequio al pintor Fader.
Fot. Villalón.

DE AVELLANEDA



Acto de colocar la primera piedra del edificio de la Logia Masónica. En dicho acto fué madrina la señorita Ernestina Dalto y padrino el señor Antonio Fresán.



Niño Enrique Hipólito Juan Pablo Ledesma y sus padres y hermanos, después de recibir el agua bautismal, acto que apadrinaron el comisionado señor José Sarobe, en nombre del presidente de la república, y la señora Damila Palacio.
Fots. Barindelli y Martella.





LA MUERTE DE LA SERPENTINA

N el cesto, entre sus compañeras, la serpentina rosa soñaba un sueño de su mismo color: veía cielos rosados, labios rosados, pétalos de rosa esparcidos, exhalando dulcísimo perfume.

—«Cuando me lancen al aire, — pensaba la serpentina rosa — caeré en el seno de una niña hechicera, de alguna virgen de diez y siete años, — seno que el primer latido de amor aun no consiguió agitar misteriosamente. — Caeré allí como en su nidal la paloma, y al choque de mi enroscado cuerpo, el cuerpo se estremecerá de indefinible emoción. El golpe sordo de la serpentina rosa retumbará en el alma nueva, en el capullo de alma. ¡Ah! Que no tarden en arrojarme al aire... Que llegue pronto mi vez».

Y la vez no llegaba. Serpentinas verdes, amarillas, bermejas, azules, volaban desenroscándose al dirigirse al blanco, y se entretejían en aérea red, suspensas de los balcones, enganchadas en las ramas desnudas de los árboles, desgarrándose en los picos de latón de los faroles. Del fondo del cesto no lograba salir la serpentina rosa.

Por fin... ¡Ah! ¡Gracias a la suerte! Ya rompe la serpentina su cárcel; ya, desenrollado el cabo, se siente disparada en el vacío... Su golpe mate va a dar contra un pecho de mujer. Pero el pecho, ni tiene elasticidad ni color: diríase que es el esternón de madera de alguna efigie olvidada en su camarín, sin cirios ni exvotos, y ya resguardada por la costra dura del olvido. La mujer del pecho insensible, tranquilamente, ha rechazado con la mano la serpentina rosa, y ésta va a hundirse al fango, donde la pisotean primero y se la disputan después cien granujillas de manos sucias y boca maldiciente y procaz. Cubierta de barro, ya nadie podría reconocer a la serpentina rosa: su bonito color se ha convertido en un tono triste, apagado y obscuro, el matiz de la tierra arcillosa, amasada con el agua llovediza que la impregnó; su forma redonda ha desaparecido; vedija informe, de la cual se lleva cada golfo un pedazo en las uñas, en eso ha parado la serpentina hace dos minutos tan flamante y tan llena de ambiciosas ilusiones...



Y ella, la pobre serpentina rosa, no siente ni la caída en el barro, ni las heridas y desgarrones que han lacerado sus entrañas. No. El secreto me ha sido revelado para que yo lo divulgue. Lo que siente la serpentina rosa, al morir, creedlo, vosotros los que pisáis sus restos despedazados y ya incorporados al cieno que se os pega a las suelas de las botas — lo que siente, lo que le duele con dolor incurable, es el golpe que se dió contra aquel pecho sin calor ni elasticidad, cuando pensaba caer sobre un corazón vivo y palpitante, que a su contacto se estremeciese.

EMILIA PARDO BAZÁN.



DE CORDOBA





Inauguración del Mercado Modelo en el pueblo General Paz. — El gobernador, el ministro de Gobierno y el intendente municipal en el acto de la inauguración. — Grupo de distinguidas familias invitadas, que con su presencia dieron gran brillantez al acto.

DE JUNIN



Alumnas del Conservatorio Musical Soderini, que rindieron examen de fin de curso.



Alumnas del mismo conservatorio que recibieron el título de profesoras elementales de piano.

Fots. Arena y Cuenín.

TINTA DE IMPRENTA

Meis, por **Enrique G. Ruiz**. — Tomo de poesías recientemente editado por la casa Maucci Hnos., de esta capital.

Azul, por **Rubén Darío**. — El cuarto volumen de las obras completas de Darío, que viene editando «Mundo Latino», de Madrid, lo constituye «Azul», esa filigrana del poeta genial, que contiene algunas de sus más estudiadas producciones.

El tomo, elegantemente presentado, contiene numerosas ilustraciones de Enrique Ochoa.

Ediciones mínimas. — El cuaderno correspondiente al mes actual de esta interesante publicación, contiene el poema «Santos Vega», de Rafael Obligado, y un apéndice conteniendo cartas alusivas a una polémica literaria del autor, el señor Calixto Oyuela y Guido y Spano.

Cristitia rerum, por Francisco Villaespesa. — «Tristia rerum» (La tristeza de las cosas) es el título del décimo volumen de las obras completas del insigne poeta español, que acaba de llegar, publicado por la Editorial Mundo Latino, de Madrid.

El comentario huelga, tratándose de la pluma de Villaespesa.

El origen del derecho y el derecho griego, por **Juan Pablo Bonifacio**. — Precedida de un prólogo de Juan Mas y Pi, ha visto la luz esta obra de estudio, interesante por más de un concepto. Está escrita con claridad y respondiendo estrictamente al tema que su título acusa.

Los perros vagabundos, por **Silverio Manco**. — Novela íntima de la vida real, según la llama el autor, editada en forma de cuaderno.

Anuario de «La Razón». — Como esfuerzo periodístico y editorial, merece párrafo aparte el «Anuario de «La Razón» para el año en curso.

Con abundante y bien seleccionado acopio de toda suerte de informaciones y con valiosos datos estadísticos, que abarcan todas las manifestaciones de la actividad nacional, la publicación que nos ocupa ofrece un evidente interés práctico para todo hombre de negocios y para todo amante de los estudios financieros, políticos y artísticos.

La revista quincenal. — El número 23 de esta revista (tercer tomo) contiene interesantísimos trabajos de actualidad, firmados por escritores de primer orden. Júzguese de su importancia por el siguiente sumario: Angel Osorio, La crisis pasada; A. Rovira y Virgili, La cuestión de Polonia; M. Arboleya Martínez (canónigo de Oviedo), Jorge Fonsegrive (III); Federico Climent Terrer, El problema de los exámenes; Ramón Maurell, Ferrocarril hispanocontinental; E. Ramírez Angel, El empleado; José Martí y Folguera, El calor es la vida — Lo eterno; Destrée y Dupierreux, En el frente italiano; Pedro Sangro y Ros de Olano (del Instituto de Reformas Sociales), Crónica general; ***, Boletín Bibliográfico; Hojas suplementarias, Nuestros colaboradores. — Sumarios de revistas.

Lágrimas de cariño, por **Miguel de Tinghitella**. — Opúsculo literario, que el autor dedica a la memoria del autor de sus días.



La Página del Comerciante

COMERCIO—INDUSTRIAS—INVENTOS — PUBLICIDAD — ORGANIZACIÓN DE OFICINAS MODERNAS

INDUSTRIA ARGENTINA

La Dirección General de Comercio e Industrias del Ministerio de Agricultura, que con activa perseverancia viene trabajando en pro de la industria nacional, ha resuelto distribuir con profusión carteles con máximas que inciten al pueblo a proteger las industrias argentinas, puesto que constituyen importantes factores para el progreso nacional.

Dichas máximas son las siguientes:

«Comprar un artículo argentino, prefiriéndolo al extranjero, es proporcionar trabajo a un obrero argentino o extranjero, cuyo hogar es argentino, y alejarlo del vicio y la miseria».

«La naturaleza ha sido pródiga con el suelo patrio, sólida base del futuro desarrollo de la industria nacional. Estudiar los factores de la producción argentina; preferirla, estimularla, es enriquecer al pueblo, asegurando, con su autonomía económica, su independencia política».

«En el suelo patrio abundan riquezas inexplotadas. La industria que las extrae y transforma, para satisfacer las necesidades del hombre, os dará fortuna y gloria. Con el arado o el yunque se sirve a la patria».

«En la industria reside la salud y la grandeza de los pueblos, el amor a la paz y el triunfo en la guerra».

La Dirección de Comercio e Industria del Ministerio de Agricultura, situada en Paseo Colón y Carlos Calvo, invita a las personas que deseen iniciar una nueva industria, le comuniquen su nombre y domicilio, así como los obstáculos que se oponen a su propósito y cualquier otra duda que tengan al respecto.

POR QUÉ LOS HOMBRES FRACASAN EN LOS NEGOCIOS.

(Conclusión)

Trescientos hombres de negocios fueron preguntados por la revista «System»: «¿Qué desatinos observa usted que los hombres de negocios cometen con más frecuencia, y de qué cualidades carecen al parecer?»

He aquí en concreto las contestaciones:

Incapacidad para pensar, analizar o poner en práctica una idea; corta percepción o falta de voluntad para ver más de un lado de los asuntos; pobreza de intelecto; decisiones violentas; discusiones; no ver el quid de un problema; no eliminar lo superfluo; no entender las condiciones fundamentales; no estudiar a fondo los problemas; no echar una amplia ojeada a los asuntos; ver sólo su propia conveniencia; no ver la conveniencia del cliente; incapacidad o falta de deseo para adoptar ideas nuevas.

Saber interpretar los deseos del público y apreciar las circunstancias, son factores primordiales del éxito. Los hombres de negocios a menudo olvidan analizarse a sí mismos y dar su justo valor al modo de pensar de sus clientes; con frecuencia se hace caso omiso de sus derechos y no se tienen en cuenta sus sentimientos. La vacilación, el posponer los asuntos, las evasivas de toda responsabilidad, son comunes también.

Aun cuando esas cualidaes fundamentales que se han mencionado son esenciales para el éxito, ha habido sin embargo hombres que han prosperado, faltándoles una o más de ellas. Esto a menudo se subsana con la elección de empleados que las posean.

Aprender a pensar, a formar planes, a decidir, y luego poner en práctica, son los principales requisitos para el éxito, y el no prosperar se debe en la mayor parte de los casos al modo deficiente de cumplir esos requisitos esenciales.

CORREOS Y TELEGRAFOS

El movimiento postal y telegráfico de los diez primeros meses de 1917 acusa sensible disminución con respecto a igual período de 1916. En 1917 suman: Telegramas recibidos, 1.272.512; telegramas expedidos, 1.167.735; telegramas de tránsito, 1.241.345. En cambio, el año anterior los totales eran, respectivamente: 1.310.703; 1.130.836 y 1.043.568.

Las cartas recibidas y expedidas en esos diez meses de 1917 fueron, respectivamente: 139.447.394 y 153.571.180. Cuando en 1916 esos totales fueron de 140.721.923 y de 153.800.558.

Las encomiendas expedidas en el año que terminó ascendieron a 66.908 las recibidas y 46.987 las expedidas. En 1916 ascendieron a 68.061 y 24.196.

TODOS LOS NEGOCIOS SON AFINES.

Un negociante cabal es una especie de artista. Este puede pintar un retrato, una casa, un caballo, una puesta de sol o una cadena de montañas. Puede dedicarse de un modo especial a una clase de asuntos, como animales o retratos, pero esto no le impide el tratar otros con bastantes probabilidades de salir airoso. Un negociante perfectamente instruído en las nociones fundamentales de su profesión, se halla, de ordinario, en condiciones de intervenir en cualquier linaje de asuntos y manejarlos con provecho.

—¡Hasta qué punto necesita usted del conocimiento de la música en su negocio? — dije al jefe de un gran establecimiento de música.

—Todos me preguntan lo mismo — repuso. — El hecho es que tenemos muy pocos músicos, tanto en la fábrica como en los almacenes. Lo que necesitamos son personas versadas en el comercio y en la venta. Los encargados de afinar y de comprobar los instrumentos necesitan conocimientos músicales; pero son casi los únicos que se hallan en tales condiciones. Para construir una trompa o un bombardino, ningún operario necesita ser músico, así como tampoco necesita ser electricista para fabricar una lámpara de bronce o de latón. El gerente de una fábrica de instrumentos músicos podría de igual modo desempeñar el cargo de inspector de una fábrica de automóviles. Un vendedor de cuadros no necesita ser pintor; ni un librero, literato; ni un camarero especialista en confituras.

Este modo de ver debería servir de aliento al que hallare racional mudar de negocio o agregarle otro nuevo. El abismo que separa dos diferentes clases de negocio no suele ser tan infranqueable como parece.

PEQUEÑOS INVENTOS

Expendedora de periódicos. — Una casa de Barcelona ha implantado un sistema de venta automática de periódicos y revistas.

El aparato, muy parecido a las básculas automáticas, es invento del ingeniero mejicano señor Alfonso Campbell, que ha obtenido patente en España.

Para el funcionamiento de la máquina, basta introducir en una ranura la moneda, hacer girar una manivela, e inmediatamente aparece el periódico, plegado y prensado.

Máquina pagadora. — La nueva máquina pagadora está construída de tal modo, que el que la maneja obtiene la moneda fraccionaria necesaria, golpeando las teclas correspondientes con los dedos de una mano mientras que con la otra sostiene el sobre para que caigan dentro las monedas, sin tocarlas con la mano.

La máquina está provista de gavetas de doble compartimiento para monedas y con otros inventos para facilitar la colocación del dinero en sobres para los pagos. Haciendo un pequeño cambio, las monedas caen dentro de un recipiente en vez de caer en el sobre.

Nueva lámpara de bolsillo. — Un inventor húngaro ha ideado recientemente una lámpara eléctrica de bolsillo, sin pila. La luz se produce mediante la transformación de la fuerza muscular en energía eléctrica. En la forma y en la intensidad de la luz es igual a las demás lámparas. El dedo pulgar mueve una pequeña palanca del exterior del estuche, cuyo movimiento se transmite a un pequeño dínamo, el cual enciende la lámpara.

BIBLIOGRAFIA

El número de enero del «Boletín de la Unión Industrial Argentina» contiene artículos e informaciones de gran utilidad para cuantos dedican sus actividades a la industria nacional.

* Hemos recibido el «Boletín Noé» correspondiente al mes actual. En el sumario figuran, entre otros interesantes títulos: Calendario de febrero, Lo indispensable para el riego de jardines, ¡Si te pudiera hablar!, Los incendios en los trigales, La cosecha, El amor en el reino vegetal, Siluetas, Crónicas rurales, etc., etc.

* Se acaba de distribuir entre los subscriptores el número de diciembre del «Boletín de la Unión Pan Americana». Viene nutrido de interesante material de lectura, hermosos grabados y la acostumbrada información referente a la República Argentina.

* En atenta circular la casa editora «Anuario Kraft» nos comunica que no obstante el incendio ocurrido en sus talleres el 6 de junio de 1917, que destruyó parte del edificio, maquinaria y todos los materiales del Anuario, a costa de grandes gastos ha evitado se demore la publicación de dicho libro. Así, pues, tan útil obra aparecerá en la actual semana, impresa con el esmero de costumbre en los citados talleres.

CORRESPONDENCIA

E. C. de F. — Suponemos habrá recibido el catálogo de labores que deseaba.

E. N. — Creemos se refiere usted a la Unión Industrial Argentina, cuyo domicilio social es en la calle Cangallo, 2461.

N. K. — Le hemos remitido por correo direcciones de varias casas del ramo que interesa a usted conocer.

E. P. — En fecha 20 se le enviaron direcciones de los fabricantes que le interesan.

A. I. — Le hemos escrito con las direcciones pedidas.

A. K. — Se le enviaron por correo las direcciones de casas exportadoras que deseaba.

M. P. — En nuestra carta van las direcciones pedidas.

G. G. — Por correo habrá usted recibido las direcciones solicitadas.

A. B. Lío. — No existe ya la casa a que usted se refiere. Respecto a los artículos de réclame, nos dicen que en el mes próximo pasará por esa el viajante de la casa y hará una visita a usted para presentarle los muestrarios.

Glayk. — Se le remitieron las cotizaciones pedidas.

S. S. S. — No le conocemos.

PEQUEÑOS INVENTOS



Aparato automático para la venta de periódicos, instalado en las principales calles de Barcelona.



La Vida Carece de Atractivos Cuando la Salud Falta

Dolores de cabeza, estreñimiento, dispepsia, malestar después de comer, sueño intranquilo, falta de apetito, biliosidad, hipocondría, etc., son dolencias que tienen por causa el mal estado del hígado o del estómago.

La misión de las **Pildoritas de Reuter** es corregir el funcionamiento de estos órganos y expeler del organismo todas las impurezas.

De suerte que tomando una **Pildorita de Reuter** después de cada comida, no se padecerá ninguna de las dolencias mencionadas.

Millones de personas gozan hoy de perfecta salud, gracias a las extraordinarias propiedades de las

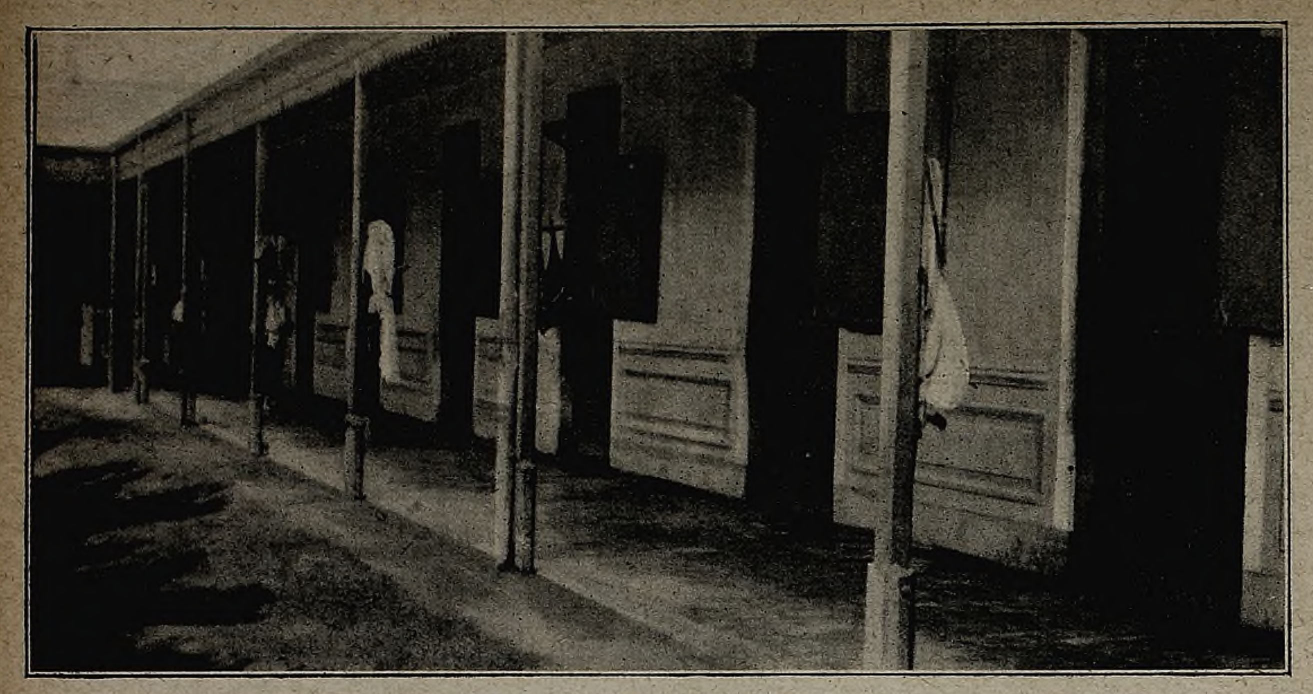
Pildoritas de Reuter

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

ÚNICOS IMPORTADORES:

ILLA & Cía., Venezuela 610-14 — Buenos Aires

PBT TURFISTA — CON EL ENTRAINEUR TOMÁS CONDE



Parte de los boxes del stud Tece.

Eran las 9.30 de la mañana y Tomás Conde, entraineur de varias ecuries y propietario del Stud Tece, más comúnmente denominado en los alrededores de su ubicación «Stud Capitán Hatteras», no había regresado de la cancha todavía. La demora merecía una explicación, porque Tomás Conde, muy regular en sus costumbres, no suele faltar del stud a aquella hora.

— Es un «vichador», — no vayan a decirlo en P B T — observó un anciano chichón, que también lo esperaba, en voz bastante alta para que Conde lo oyera, al verlo llegar de prisa, agitado y encendido como una amapola.—¿Saben por qué llega tan tarde? Porque (pero no vayan a decirlo en P B T, ¿eh?) porque se pasa la mañana «vichando», midiendo tras de una mata o acurrucado en una hondura del suelo, cronómetro en mano, hasta el último de los caballos que se aprontan.



Don Tomás Conde.

— No es cierto — repuso Conde, al mismo tiempo que saludaba—Vengo de la enfermería. Acompañé a un peón herido por una coz de un caballo que le rajó un antebrazo. ¡Pobre muchacho! Hubo que darle ocho puntadas.

Y mientras justificaba así su tardanza, notábamos que su traje de brin, limpio, muy limpio, no presentaba vestigios de rozaduras con el suelo. Y pensábamos: ¿Qué reproche podría hacerse a un entraineur «vichador», siendo, como es, lo más correcto cerciorarse de si un caballo puede o no ganar la carrera antes de presentarlo? ¿No sería, acaso, más reprochable presentar caballos que no pudieran ganar?

Tomás Conde es un entraineur honesto y trabajador. Sus caballos se boletean con fe, porque no hacen feo papel, aunque pierdan, como Safo, Desdémona y Grillón, por citar los últimos que ha presentado.

Es, además, un profesional antiguo que conoce los halagos de los grandes éxitos como entraineur y como jockey.

Se inició en la profesión el año 1892, como cuidador del stud Eclair, perteneciente a don Florencio Michelson, y, durante los dos años que permaneció en aquella ecurie, ganó numerosas carreras entre las que se recuerdan aún los triunfos de Acacia, Devoto II y Gladiador.

Partió después para Inglaterra con don Pío Torterolo, padre del «eximio maestro».

—¿Cómo entraineur o como jockey?

— Ponga, más bien, como empleado.

Estuvo en Inglaterra un año, después del cual, y siempre con el señor Torterolo, vino a Montevideo.

—¿Sus éxitos en los dos países citados?

— Corresponden a don Pío.

Desde Montevideo, regresó a Buenos Aires, hacia el año 1896, como entraineur del stud La Alianza, y alcanzó gran figuración con los caballos Volcán, Fortunio y otros que fueron muy buenos ganadores.

Se hizo cargo, más tarde, del stud Agraciada en el que conquistó gran número de triunfos con Coquimbo, Lord Nelson y Guasunambú.

Estuvieron también a su cuidado los importantes studs Capitán Hatteras e Iceache, Luis Castello y Nautilus y le cupieron en suerte muchos caballos memorables, como Enero, La Fe, Azcuénaga, etc., etc., que acreditaron su competencia profesional por el número y por la importancia de los premios que con ellos ganó.

Tomás Conde fué también un gran jockey y, montando los caballos, lo mismo que entrainándolos, inscribió su nombre como triunfador en un número incalculable de clásicos. Tres veces consecutivas — dos como jockey y una como entraineur — conquistó «La Copa de Oro».

No es Tomás Conde bastante devoto de sus recuerdos. Hay que írselos provocando uno por uno. Parece que no le interesan. Por eso y porque no disponemos de tiempo para revolver archivos demasiado viejos, se escapan algunos que resultan confusos y que habrían de ser interesantes.

En estos últimos tiempos, como propietario de la caballeriza, alberga en sus boxes y viene cuidando, además de los propios, algunos caballos de otros studs, como el A B C, Florida, Zubiaurre B. C., etc., etc., caballos de muy escaso valor, pero siempre bien presentados, como Desengaño, de la Petite Ecurie, con el cual obtuvo frecuentes y hermosas victorias en las carreras de fondo.

Si la suerte, que retira, a veces, sus favores a los profesionales, por razón exclusiva de su volubilidad, ha de rendirse algún día al mérito de la competencia, hemos de ver aún a Tomás Conde acariciando por los éxitos de sus tiempos mejores.

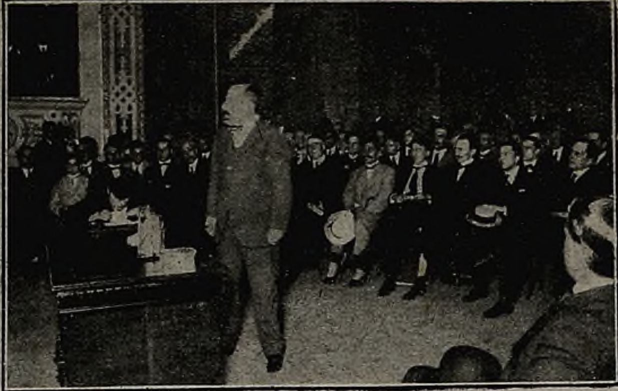
WAMBA.



Picnic efectuado por el club deportivo Nueve de Julio celebrando la entrada del nuevo año.

Fot. Argentina.





PARTIDO DEMOCRATA PROGRESISTA

Aspecto de la sala del teatro de la Opera en la asamblea de proclamación de los diputados provinciales que presenta dicho partido.

El doctor Lisandro de la Torre durante su discurso, en el que hizo revelaciones políticas de importancia para el régimen provincial.



Acto de controlar y anotar las libretas cívicas de los empleados policiales, para inutilizar el voto. Dicho acto lo realizaron los partidos políticos en lucha.



Recepción ofrecida al formalizarse el compromiso matrimonial de la señorita María Nydia Ortiz Clusellas con el señor Ismael Gutiérrez. Fot. Ortiz.

DE TUCUMAN

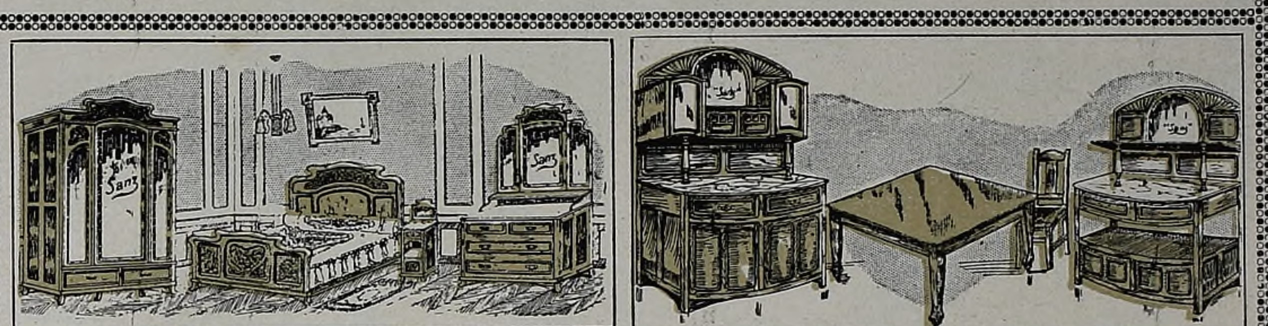


Banquete en demostración de simpatía, ofrecido en el Savoy Hotel al ex gobernador don Juan B. Bascary por elementos de la banca y el comercio tucumanos.

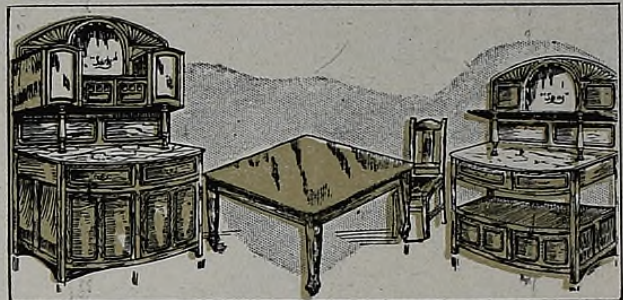
Fot. Martín.

Para Muebleros y Particulares

Con plata en mano -- ésta es la fábrica que vende más barato en Bs. Aires.

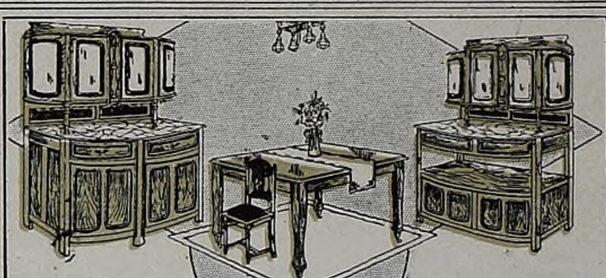


Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 270**

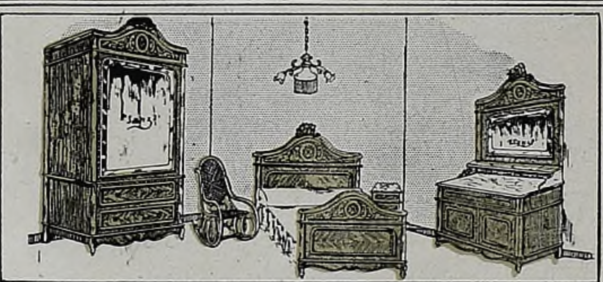


Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas .... **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas, roble.............................. $ 32

Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio............. **$ 220**



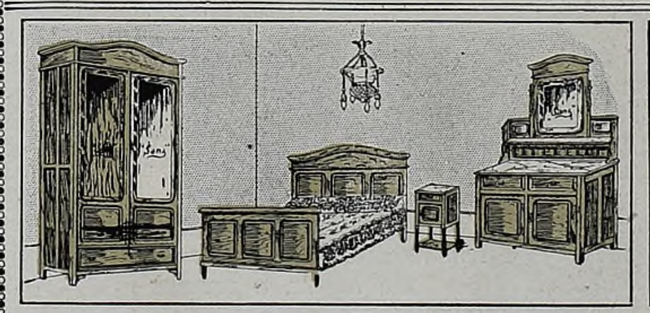
Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces.............................. **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas.............................. $ 32



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio .... **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces .... **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas.............................. $ 32



Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces....... **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 75
Mesa 12 cubiertos.............................. $ 35

CASA SANZ - 826-Sarmiento-844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.

EMPEZÓ EL
28
ENERO

Harrods Liquidación Semestral

VERDADERO
ACONTECIMIENTO
DE ECONOMIA
Y CALIDAD
ESPERADO EN TODOS
LOS HOGARES.

Harrods *en su*

LIQUIDACIÓN SEMESTRAL

que actualmente realiza, presenta todos los artículos de verano, en condiciones extraordinarias, con

PRECIOS REBAJADOS DE VERDAD

La Liquidación comprende todas sus mercaderías de calidad insuperable y de distinción característica.

El éxito franco, unánime y auspicioso de la

LIQUIDACIÓN HARRODS

que siempre ha suscitado especiales comentarios de la prensa, del público y de cuantos saben aprovechar esta

OCASIÓN ÚNICA DE VERDADERA ECONOMIA

se explica porque las

EXTRAORDINARIAS REBAJAS

COMPRENDEN todos sus artículos sin excepción y son realmente positivas.



LA LIQUIDACIÓN HARRODS





presenta las creaciones de moda para Señoras, Señoritas, Caballeros, Niñas y Niños y los artículos prácticos y siempre oportunos para el confort del hogar, a precios que constituyen el ideal de la economía.

Harrods

FLORIDA 877 · PARAGUAY 554